

14 ms.

R-43.570



EL HIJO

DEL

DIABLO

por M. F.

TOMO I.

SEVILLA.

*Imprenta de Gomez calle de las Serpes
núm. 43.—1849.*

THE

REVISED

EDITION

Published by the Government of the State of New York
Albany, 1892

PROLOGO.

LOS TRES HOMBRES

COLORADOS.

CAPITULO I.

La Indengarse.

La casa de posta de Franfort-sur-le-Mein, acaba de abrir sus puertas al público. La Zeil empezaba á llenarse de industriales de todas clases, los corredores de bolsa, tropezaban con los vendedores de novelas: los escribientes forcejeaban con los mozos de las oficinas: los cazadores vestidos de grande librea rechazaban á los criados del pequer para no hacer lugar sino á los mensajeros diplomáticos conocidos por sus blasonadas carteras.

Era un movimiento continuo y bullicioso: algunas mugeres se deslizaban entre los volantes; los viajeros ingleses graznaban en su desacorde algarabía. Las trompetas de los postillones hacian sonar atrevidas tocatas y el chasquido de los látigos de los correos advertia á la multitud que dejáran paso franco al golpe de sus caballos de Me-clembourg.

Eran las 8 de la mañana. Todos tenian cartas que recibir, asientos que tomar ó paradas que hacer.

Los patios interiores del inmenso edificio en que el príncipe de Tour y Taxis ha instalado las oficinas de posta, estaban atestados de coches de todas clases y formas: allí se veia el droschke del norte junto al escéntrico tandem y el imponderable tilburi, lado por lado del pesado y cómodo batarde, importacion inglesa perfeccionada en los estados de la confederacion germánica.

En el mes de octubre del año 1824. En la sala destinada á los viajeros, agradable departamento en que hubiera podido uno creerse trasladado á su casa, á no ser por la barandilla de hierro que separaba á los escribientes de la multitud que se renovaba á cada instante. Entre la agenciosa muchedumbre que se comprimia allí, hablando

todos los idiomas, teniendo todas las costumbres conocidas, vamos á describir al lector dos personajes separados en este momento por toda la estension de la sala.

El primero de estos dos viajeros ocupaba un asiento en el coche público de Hidelberg. Eran raros sus vestidos aun en aquel sitio privilegiado en que tantos tocadores estravagantes se unian y fraternizaban. Llevaba una capa de color de escarlata puesta al estilo de los estudiantes alemanes, y su sombrero de grandes alas, semejante á los tocados de los caballeros de la época de Cromwell, ocultaban del todo su frente y sus ojos. Lo que se entrevia de su cara denotaba muy pocos años y una persona femeníl; casi salian por debajo de su sombrero muchos bucles de cabellos negros y finos que caian sobre sus espaldas.

El otro viajero esperaba su turno en el patio destinado á los caballos que habian de ir á escape, recostado en un larguero de la barandilla. Un pensamiento triste arrugaba su frente ancha y casi desnuda de cabello. Parecia meditar profundamente y su meditacion era cada vez mas dolorosa.

Era hombre de unos 40 años, su fisonomia dulce y leal no participaba de ningun reflejo de alegría. Mechones de cabellos canos,

y ya pocos caian al rededor de sus sienes. Su rostro debió en un tiempo espresar la indiferencia de un hombre feliz y la altanería de un gentil-hombre: pero nada espresa ahora mas que un triste desaliento.

Cerca de él un grueso mercader de Flee-Stret, monómano de locomocion que vendia queso en Lóndres, y se intitulaba milor en el estrangero, entretenia al escribiente hacia ya un cuarto de hora. Discutía enérgicamente el precio de las agugetas, pedia con grandes esfuerzos de gruñidos guturales los decretos de los principes de Cour y Taxis y procuraba ganar en el cambio de sus billetes de banco.

Mientras tanto, nuestro viajero esperaba sumido en su desvarío, los que estaban cerca de él se aprovechaban de su distraccion para escurrirse delante y ocupar su turno: de nada se apercibía. Recogió con una mano que tenia debajo de su vestido un medallon que pendia de su cuello por una cadena de oro, lo estendia contra sí y le contemplaba de sorlayo como si temiese miradas indiscretas ó burlonas

Era el retrato de una muger jóven cuyos azules ojos, tiernos y bondadosos, parecian sonreirle. Al rededor del retrato se enrosca-ba como un marco, un rizo de rubios ca-

bellos de niño.

Humedécense los párpados del viajero en seguida como si despertase de repente, ocultó el medallon en su pecho.

—Quiero ir al castillo de Bluthaupt, dijo al escribiente que estaba desocupado.

—El escribiente consultó una tarifa.

—Entre Obernbourg y Esselbach respondió! no hay coche público y la carretera de posta no llega mas que hasta Obernbourg.

—Cuantas leguas? preguntó el extranjero.

—Ocho millas de Alemania de las que dos son á traves de campos... quereis un guia?

El extranjero se informó del precio, eran algunos florines mas, reflexionó un instante y despues dijo.

—Iré solo.

Seguramente no cuenta con el Perú este caballero, pensó el escribiente al darle su billete.

El extranjero pagó y se dirigió á la puerta; el jóven de la capa escarlata tomaba en este momento el mismo camino; atravesaron el patio á algunos pasos el uno del otro sin verse. Harto preocupados estaban los dos para entretenerse en observar á los que pasaban.

Cuando llegaban á la puerta de salida que da sobre la Zeil un correo á caballo llegaba á todo galope á la casa de postas. Este correo llevaba la librea de los condes de Bluthaupt: rojo sobre negro.

El esfuerzo que hizo para detener á su caballo, cuyo pretal casi rozaba al mas anciano de nuestros viageros, atrajo hacia este último su atencion aun cuando ya habia fijado sus ojos sobre el jóven de la capa escarlata.

Una espresion de sorpresa se retrató en su semblante inflamado por la rapidéz de la carrera.

Era evidente que conocia del mismo modo á los dos viageros, vaciló un instante entre los dos: pero cuando al fin se repuso, el mas jóven dejaba á la izquierda las casas de la Zeil, mientras que el otro subia precipitadamente la calle en direccion opuesta.

—Que no beba jamás un baso de cerbeza, dijo el correo, si este jóven no es uno de los 9 bastardos de Bluthaupt!.., En cuanto al otro sus cabellos eran mas negros que los de este, hace cinco años cuando vino á casarse con la condesa Hélem.... pero es bien el vizconde de Audemer!

Discurriendo de este modo saltó ligeramen-

te sobre el empedrado del patio, entregó la brida á un palafrenero y se lanzó en la Zeil.

Aquí se halló en la misma indecision. El que él llamaba bastardo se habia ido por la izquierda y el vizconde por la derecha. ¿Qué direccion escoger! Despues de estar perplejo un segundo, volvió á subir á la Zeil, corriendo en seguimiento de Mr. Audemer, en la calle principal desembocaban una multitud de anchos y estrechos caminos, sin duda el vizconde habia tomado alguno de ellos.

El correo que se llamaba Fritz desesperó bien pronto de encontrarle. Entonces se volvió por el mismo camino, y buscó al mas jóven de los viajeros, que le fué igualmente imposible hallar.

El correo se enjugó la frente bañado de sudor con su gorro encarnado y negro.

—Mejor hubiera hecho en llamarles en seguida: murmuró entre dientes, pero el verlos á los dos juntos al mismo tiempo me ha cortado la palabra... daban señales de no conocerse... aquel diablo de sombrero tan grande ocultaba el rostro del jóven: despues de todo esto no podia ser uno de los hijos del conde de Utrich.

Estaba parado en medio de la calle para

tomar aliento: los transeuntes le tropezaban por todos lados y él con toda la bondad de un alemán de la antigua raza, saludaba á cuantos le empujaban.

—Por otra parte se decia á si mismo, todavía siguiendo el curso de sus reflexiones, el conde de Gunther y su administrador no gustan mucho de visitas.

—Yo creo que estos serán peor recibidos que los demas en el castillo Bluthaupt..... Maestre Zachaemus me ha encargado un mensaje, lo mejor es cumplirlo...

Dejó la Zeil y se dirigió hácia el nuevo barrio de Wolgraben cuyas pintadas casas hacen alarde del lujo de sus brillantes colores.

Se detuvo delante de la puerta de una preciosa casita, iluminada, coqueta, delicada y semejante á una de aquellas bonitas cajas de carton lustroso que adornan los estantes de nuestros confiteros.

Llamó con un aldabon de metal dorado y preguntó al criado que vino á abrirle.—
Mr. de Regnault?

Le introdujeron en un gabinete perfumado á mas no poder, donde un jóven vestido con una bata de seda con ramos, entregaba su espesa cabellera á las empomadas manos de un peluquero de Francfort.

Este jóven que tendria treinta años, era pequeño de estatura, tenia una fisonomia risueña, y que parecia esforzarse en convertir en graciosa. Sus facciones no carecian de delicadeza. La espresion general de su rostro era una finura dulce á la que se acomodaba bastante bien una máscara de franqueza estudiada. Quería evidentemente que sus maneras fuesen afable y acompañadas al mismo tiempo de una distincion noble. En cuanto á esto no eran del todo infructuosos sus esfuerzos. A los ojos de los que no iban mas allá, Mr. de Regnault podia pasar por uno de aquellos caractéres leales y frívolos, que los estrangeros se obstinan en considerar como los tipos mas selectos del caracter frances.

—Qué quiere ese guapo muchacho, preguntó sin dar la vuelta.

—Vengo del castillo de Bluthaupt respondió Fritz.

—Ah, ah, y traereis una carta de Mr. Zachaemus Nermer?...

No traigo ninguna carta, dijo el correo. Mr. Zachaemus me ha mandado solamente que entrase en vuestra casa y os trasmitiese las palabras que él ha dicho... pero esto, sin testigos.

El caballero se encogió de hombros.

—Estos ademanes son misteriosos como los fantasmas de sus baladas! murmuró. Acercaos amigo mio, y decidme vuestro gran secreto al oido.

El peluquero se separó algunos pasos: Fritz por el contrario se adelantó y aprocsimó su boca á las empomadas megillas del frances.

—Ya ha llegado la hora, balbuceó.

—Nada mas? dijo Regnaull.

—Esto es todo.

El caballero no pudo contener la risa.

—Qué decia yo? esclamó. He aqui un honrado compañero que me convida á cenar con las mismas precauciones que si se tratase de un crimen! Gracias, muchacho. German, que den de beber á este mozo, y que vaya contento!

El caballero volvió á ponerse en manos del peluquero sin que este lacónico mensaje pareciese le habia hecho perder nada de su libertad de espíritu.

Fritz apuró un cantarito de vino del Rhin, y confesó voluntariamente, que los franceses eran muy amables.

De buena gana hubiera doblado la dosis, pero habia acabado su comision. y tuvo que marcharse.

El nuevo barrio de Francfort y los alrededores de la muralla parecian serle bien

conocidos. Bien pronto encontró su camino á lo largo de deliciosos jardines que han reemplazado á las antiguas murallas destruidas. Por todas partes en su camino se elevaban pequeños edificios modernos, hacielados y adornados como la morada del caballero Regnaull. A la vuelta de algunas calles, se enfilaban grandes alamedas, á que servian de límites las dos orillas del Meir. Al otro lado habia espesos bozques, parterres juegos de agua, lagos, puentes, cascadas y todo aquel boato que se llama un jardin inglés.

Encima de la mayor parte de las puertas particulares y en las fachadas de todos los edificios públicos, Fritz leia esta inscripcion uniforme, Frege-Hads (ciudad libre), pero encontraba acá y allá soldados de Austria y caballeros prusianos, cuya presencia desmentia la ambiciosa adulacion de los ciudadanos de la imperial ciudad.

La mision de Fritz le llamaba fuera de este departamento resplandeciente como las decoraciones de nuestra ópera cómica. Se adelantó hácia el centro de la ciudad y bien pronto las bulliciosas confiterias de Wolgraben hicieron lugar á las casas flamencas de las cercanias de Roemer, (casa de ayuntamiento) A algunos pasos de aquel antiguo

edificio cuya mezquina apariencia no concuerda con los grandes recursos que se suscitan allí, Fritz fué á llamar á la puerta de una casa construida al estilo flamenco.

Un criado vestido con una casaca azul adornada de mil botones de plata vino á abrirle.

Quisiera hablar al señor Yanos, Georgyi dijo Fritz.

Adelantóse el criado y Fritz que le seguia entró en una gran sala embaldosada en que dos hombres con corazas y petos se prodigaban amistosamente, atroces sablazos.

A la entrada de Fritz uno de los combatientes se quitó la careta de alambre. Era un hombre de alta estatura y aspecto militar, llevaba pantalon encarnado á lo busar y medias botas con las espuelas de los madayars de Hungría.

No tenia puesto mas que la camisa entreabierta que dejaba ver su pecho musculoso. Habia echado en un divan, su dorman bordado y... forrado de tela de un vivo encarnado. Era hermoso, pero de una hermosura comun y vasta.

Vengo á ver á vuestra señoría, dijo Fritz de parte de Zachaemus Nesmer, conde Gunther de Bluthaups.

El madgyar fijó sobre él su fiera y dura

mirada. Fué á sentarse en un rincon de la sala é hizo una seña al correo para que le siguiese.

—Habla, le dijo.

—No seré pesado, murmuró Fritz; la hora ha llegado ya, añadió en voz alta.

El madgyar esperó durante un segundo; despues, cuando vió que nada mas decia Fritz, volvió á colocarse la careta, y se puso en guardia en medio de la sala.

—Haced que beba ese hombre, dijo al criado.

Fritz, volviendo á bajar la escalera, oyó el choque de los sables que seguian en su ejercicio, como si no hubiera sucedido nada. Bebió otra segunda botella del Rhin, y salió para concluir su encargo.

Cuando se marchó de Ramer, se internó mas y mas en la antigua ciudad. A cada paso las casas estaban menos separadas, y el cenagoso arroyuelo ganaba en ancho lo que perdía la calle.

Fritz se acercaba á la Indengarse y á las calles circunvecinas que componian la ciudad de los israelitas de Francfort-Sur-le-Mein. No sabia muy bien por qué lado se dirigia. Todo se parecia aqui. A los dos lados de la fangosa senda, dos largas líneas de casas de cuatro ó cinco siglos ya inclinaban sus

techos, sin dejar ver mas que una estrecha banda de cielo:

Reinaba en estos oscuros pasages un aire pesado y cargado de vapores melfiteos. En todas partes se oia un ruido semejante el zumbido de las colmenas que llena el antiguo barrio judio desde el amanecer hasta la noche. Era un movimiento continuo; pero discreto, á lo largo de la húmeda calzada, actividad que parecia tener al ruido.

Se hubiera podido decir que aquellas antiguas ruinas hablaban todavia á sus habitantes de las persecuciones de la edad media.

Se hubiera podido decir que todo este pueblo negociante se acordaba de los pasados siglos y de los tormentos que sufrieron sus abuelos.

Fritz iba por entre estas casas de madera, que ladeaba uniformemente por encima de las bizarras irregularidades de sus fachadas. No sabia en qué punto estaba, entre aquellas tiendas indigentes que ostentaban tan raros restos en sus verdes aparadores.

Estaba aturdido por el incesante movimiento que habia á su alrededor. Los pasajeros se mezclaban como las olas, con una actividad silenciosa. Algunos coches se metian en el sucio pavimento, y se detenia de-

lante de los almacenes, cuyo adorno no valia ni un florin. Entraban, salian; en el fondo de algun oscuro gabinete se oia el ruido del oro que circulaba.

Allí habia gente de las cuatro partes del mundo. La ciudad judaica á pesar de su miserable aspecto negociaba con todo el mundo. Hubiérais podido reconocer entre la muchedumbre que se aglomeraba en la calzada, los tipos diversos de todas las razas humanas.

Pero entre todas aquellas extravagantes fisonomias se distinguian fácilmente los ordinarios hosteleros del Chelto de Francfort, y se les reconocia en el carácter uniforme de sus puntiagudas y aguilleñas facciones coronadas con un alto gorro de pieles, bordado de adornos encarnados. Tambien se le reconocia por las escentricidades escatimosas de su tocador que desafiaba á la moda con una impasibilidad intrépida, y parecia querer sostener un asalto de miseria contra las sombrías murallas de sus retiros.

Densas nubes recorrian el cielo impelidas por ráfagas violentas. Se precipitaban interrumpidos turbiones de agua que arrojaban salvas de granizos contra los empalmados bastidores de las ventanas. Luego un rayo de luz se hacia paso de repente por

entre las festoneadas techumbres, entonces quedaban iluminados todos los recodos de la calle. Se divisaban las grandes y rasgadas ventanas con estrechos ojives con ladrillos oscurecidos ya por el polvo. Se podían leer los números de las casas; y las pequeñas señales dejándose ver á través de las tiendas bajas una larga serie de palabras hebreas.

Después una espesa nube venía á oscurecer la pequeña parte del cielo que se descubría: sucedíase la oscuridad, todo se quedaba lóbrego, y se veían aquí y allá, débiles resplandores de lámparas que brillaban á través de los amarillos vidrios en los fondos de las últimas tiendas...

El día estaba por lo tanto bien poco agradable: las diez de la mañana acababan de dar en las numerosas iglesias de la ciudad cristiana.

En uno de aquellos momentos en que las tinieblas se estendían de repente como si la noche se adelantase á la hora acostumbrada, Fritz desembocó en una calle mas oscura y mas fangosa aun que aquellas de que salía.

Miró á su alrededor como un hombre desorientado: lo que veía no despertaba en él ningun recuerdo. Había un arroyo profun-

do cercado de altas y maltratadas casas, cuyos amigos techos se abrazaban estrechamente. Dió todavía algunos pasos, despues se detuvo desalentado y renunciando á encontrar su camino sin un guia.

—La Yndengasse? preguntó al primer transeunte que vino á cruzar por su camino.

—Estais en ella: respondió el transeunte..

—Fritz respiró alegremente.

—Podreis indicarme la casa de Mosses Geeld el paestador? prosiguió...

El paisano le dirigió con el dedo á unos treinta pasos un vacilante paredon rematado en punta, y que se internaba en el arroyo.

—Ahí es, dijo.

Fritz avanzó inmediatamente hácia aquel paredon situado en frente del pequeño café de la Yndengasse. Delante habia una tiendecita abierta en la calle, ninguna señal indicaba el nombre ó profesion de su amo. Solamente se veia en la puerta un par de botas viejas de campana, un morillo de punta de cobre y un telescopio de carton.

Fuera de estos objetos la tienda que estaba guardada por una muger vieja parecia vacia!

El correo entró y preguntó por Moses Geld.

—La vieja se levantó sin decir palabra y fué delante de él á un oscuro pasillo, en cuyo extremo ardía una lámpara.

A los dos lados de este corredor habia puertas cerradas.

Solo una tenia sus hojas entreabiertas al concluir el camino el correo dirigió una mirada escudriñadora, se descubrió á su vista una vasta y bien iluminada habitacion, cuyas paredes estaban cubiertas de ricas tapicerias, el suelo alfombrado de brillantes tapices, los muebles de formas desconocidas, traspasaban en mucho los límites del lujo aleman. Fritz el vasallo del noble conde Gutber de Bluthaypt. no habia visto jamas nada parecido!

En medio de la sala en cojines de seda reian y jugaban tres bellos niños.

Habia dos niñas de las que la mayor tendria diez años y un niño de menor edad, de dos ó tres años.

Una muger hermosa todavia aunque no jóven ya, leia recostada en un divan un gran libro encuadernado en terciopelo, sin interrumpir su lectura mas que para mirar sonriendo los juegos de los tres niños. Era su madre sin duda.

Al ver aquella magnificencia que tan extraño contraste hacia con las apariencias es-

teriores tan miserables de la casa del judío Mosses, Fritz no pudo contener una exclamación de sorpresa.

La vieja le empujó bruscamente por el codo y cerró la puerta gruñendo.

Fritz no vió ya mas que la luz que brillaba en el fondo del corredor.

Esta luz provenia de un candelabro que segun el rito judaico iluminaba la parte del fondo de la tienda de Mosses Geld. Era esta una habitacion bastante grande que no tenia mas muebles que un escritorio de cañafisto y dos sillas de paja. Una multitud de objetos irregulares, uniformemente cubiertos de una espesa capa de polvo, se aglomeraban en todos sentidos. Allí se veian montones de cuadros, sofás volcados, cortinas de seda liadas en paquetes con lienzo, dos harpas sin cuerdas, escopetas, colchones ordinarios, péndulos dorados, pobres soperas de loza y ricos vasos de porcelana.

La cana cabeza de Mosses Geld, dejaba ver su coronilla, detras de los altos costados de su escritorio.

Era hombre de una apariencia mezquina y parecia huir de la vejez: los que le conocian afirmaban que no pasaba de los cincuenta años, pero vosotros le hubiérais dado diez años mas por lo menos. Tenia una

cara flaca y macilenta, salpicada de tintas amarillas que le daban un aspecto enfermizo: la fisonomía estaba completamente inmóvil: no tenía vida más que en sus ojos, casi siempre cerrados, pero que brillaban de repente con un resplandor extraordinario, cuando sus párpados cercados de pestañas grises, se elebaban por casualidad.

Su boca sin labios pronunciaba muy escasas palabras, su frente estaba completamente calva. Delante de él, sobre su mesa, había unos anteojos redondos de hierro forrados de cuero.

A su lado estaba un hombre de pie que volvía la espalda á la puerta, y le presentaba una sortija de oro con blasones en el anillo. No se veía la cara de este hombre que se envolvía en una ancha capa de viage.

—Os he dicho que no doy más que diez y ocho escudos de Bravante, decía el judío con voz seca y fatigada. Aceptad ó salid!

—Veinte escudos, mi buen señor; replicaba el viajero, necesito veinte escudos.

Fritz pasaba en este momento el umbral de la tienda; Mosset oyó sus pasos.

Puso los anteojos sobre su nariz delgada y curva como el pico de pájaro de rapiña.

Su penetrante mirada se dirigió hácia el nuevo personaje con una vivacidad inquieta.

—Qué quereis? preguntó!

—Vengo del castillo de Bluthaut, dijo el paisano. El viagero se estremeció, pero sin volverse. La inmóvil fisonomía de Moses Geld espresó una agitacion súbita.

—Idos, dijo al hombre que estaba todavía con su sortija.

—Veiate escudos: murmuró este, pero no os apresureis: puedo esperar. Se puso su sombrero y se alejó pasando por entre la empolvada coleccion de objetos de que estaba atestado el almacén.

Fritz hizo por descubrir su cara mas no pudo conseguirlo.

El usurero le seguia con inquietas miradas.

—Acercaos dijo á Fritz.

Despues añadió en voz baja.

—Estareis encargado de un message?

—De un message de Zachamus Nesmer administrador de Bluthaut, replicó Fritz.

Los grises ojos de el judío se clavaron ávidamente sobre él.

Maitre Zachaemus me ha enviado aqui (dijo el correo) con el objeto de que os repitiese estas tres palabras: la hora ha llegado ya.

Bien lejos estuvo el judío de oír estas palabras con el estoicismo de Mr. de Regna-

ult y el madgyar, Yanos, temblaba su mano, y procuraba asegurar los anteojos de hierro.

—La hora ha llegado ya! repetia... la hora ha llegado ya!...

Despues añadió mentalmente y bajando los ojos.

—Soy un infeliz y tengo hijos!... Señor tú que me los has dado no me castigarás por querer hacerlos poderosos en la tierra.

Fritz permanecia de pié delante del escritorio.

—Está bien! le dijo Moses, vete.

Tengo sed, replicó el correo que esperaba una tercera botella de vino del Rhin.

—Rebeca; exclamó Moses llamando á la vieja; da agua á ese hombre.

Fritz se encojió de hombros, volvió las espaldas y se salió gruñendo.

Moses Gled se levanta precipitadamente y puso encima de su casaca un hopalanda de tela manchada de cera, cuya antigüedad no se podia determinar; se habia olvidado del extranjero.

Veinte escudos dijo este que se habia aproximado lentamente.

El judio abrió un cajon de su escritorio y contó la suma, el viagero dió su sortija.

Bien podría decirse dijo mirando al usurero cara á cara, que nos hallamos en el castillo de Bluthaurt sigue M. Gled..... hasta luego..

Cuando quedó solo Moses, pasó sus dos manos por su arrugada frente.

Señor; señor! murmuró: este hombre ha oído y adivinado!... Ay! lo que estoy haciendo es solo por mis pobres hijos!...

Después entró en aquella habitación espléndidamente adornada donde á poco penetró la indiscreta mirada del correo Fritz.

—Ruth, dijo á la bella muger que estaba sentada en el sofá, voy á partir; espero á dos de mis consocios que deben acompañarme á casa del cristiano, cuyo patrimonio he comprado... estaré ausente dos dias enteros sin duda... tal vez mas.

—Que el Señor sea con vos, Mosses! respondió la muger, presentando su bella frente, en que puso sus labios marchitos el judío.

Los tres niños fueron á su lado alegres, pidiéndole una caricia. Los abrazó á todos tres contra su pecho, contemplándolos sucesivamente con sus ojos estasiados.

—¡Sarah mía... qué bonita serás!.. ¡Ether, mi dulce esperanza!.. ¡Abel, querido hijo mio!.. ¡es por vosotros... por vosotros!... Luego los

cogió uno á uno, y los estrechó con una ternura apasionada.

—Cerrad bien todas las puertas, Ruth, dijo retirándose; los que van á venir tienen la mirada penetrante, y deben ignorar lo que hay en nuestra morada. ¡Si viesen todo esto, Señor, añadió á media voz, me creerian rico, ó me despojarian!

La puerta se cerró detrás de él, y se dirigió hácia la pieza vacía que daba de frente sobre la Yndengasse.

Al cabo de algunos minutos se dejó oír en la calle ruido de caballos; tres ginetes se detuvieron delante del paderon; eran Mr. de Regnault, el húngaro Yanos Georgy y un criado que conducía un caballo destinado á Mr. Mosses.

—¡En marcha! exclamó Mr. de Regnault, sin echar pié á tierra. Despachémosnos, amigo Geld; pues tenemos que hacer una larga jornada.... y me parece haber visto hace un momento (al extremo de la calle) una figura que no me gustaria encontrar dos veces...

El judío saltó con destreza en su caballo, y la vieja Rebeca corrió las enmohecidas planchas que cerraban la tienda por fuera.

Mas de un habitante de la Indengasses debió preguntar aquella mañana por qué Mosses Geld habia dejado su trabajo tan tem-

prano un día que no era víspera del sábado.

Nuestros tres compañeros se pusieron en marcha: el madgyar iba á la cabeza. Era un ginete admirable; se tenia perfectamente en la silla, y llevaba, como debia, su belicoso traje. Mas de una Rahel y mas de una Judith se volvian para ver su rostro varonil: alguna Salomé demasiado sensible elevaba su corazon hasta los suaves mechones de sus bigotes.

Detrás de él iba Mr. Segnault, vestido á la última moda de Francia, vestido de un color encarnado muy subido, con mangas estravagantes. Con puños y vueltas redondas, con pequeños faldones, cayendo en cola de pescado. pantalon de pliegues, hueco como un globo, y sujeto á la bota por estrechas correas de cuero; corbata negra, formando un enorme lazo; sombrero de 3 por 400; el cabello á lo Carlos X, amoldado sobre la sien, y patillas rizadas con la Guiche.

Se hubiera podido tomar por un figurin del Journal des Tailleurs del año 1824.

Tambien las hijas Israel tenian para él algunas miradas y era poca cosa y no recogía mas que los restos de Mr. Yanos. El judio era el último envuelto en su hopalanda y el rostro oculto bajo los machucados bordes de su sombrero, que en las grandes oca-

siones reemplazaba á su gorro forrado de pieles.

—Mr. de Regnault durante los primeros pasos dirigia con frecuencia é derecha é izquierda miradas de inquietud, pero á medida que caminaba se serenaba su freute y volvía á revestirse de su amable sonrisa. El juicio conservaba su aire triste y pensaba en las palabras del hombre de la sortija.

Atravesaron al trote el barrio israelita, y entraron en la ciudad cristiana. M. de Regnault, volvió á su agradable humor, y su grata conversacion hacia el mas grande honor á la alegría francesa.

Pero de repente se puso mas pálido que la muerte y se heló en sus labios una chanza. Estaban al pie de una calle prócsima á las antiguas murallas.

Un ginete vestido á la francesa y cubierto con una capa de viage acababa de cruzar tan cerca de nuestros tres compañeros, que su montura y la del Madgyar habia estado en poco se tropezáran.

El ginete siguió su camino sin volverse.

Regnault se habia detenido bruscamente, sus facciones se habian descompuesto y su frente estaba bañada en sudor.

—¿Me ha visto? balbuceó sin atreverse á levantar sus caidos párpados.

El magyar le preguntó con ojos asustados: el judío quedó con la boca abierta y se puso á temblar.

—No os ha visto, replicó finalmente Yános.

Mr. de Regnault respiró desahogadamente y levantó los ojos

Su mirada siguió un instante al ginete, que seguía tranquilamente su camino.

Era el extranjero que hemos visto en la casa de postas de Francfort, y que el correo Fritz había llamado el vizconde d'Audemermosses Geld reconoció en él al que acababa de venderle una sortija blasonada...

La fisonomía de M. de Regnault se había transformado del todo. Su boca no ha mucho risueña, tenía ahora una expresión cautelosa y cruel. sus mejillas permanecían lívidas, sus cejas se habían fruncido convulsamente.

Desplegó su capa de viage y se cubrió los ojos.

—Este hecho dos veces! murmuró: si nos encontramos otra tercera vez no jugaré un juego tan desigual como el de ahora.

—Conocéis á ese hombre? preguntó Magyar.

—Marchemos señores, exclamó Regnault en vez de responder; si toma la cartera de pos-

ta nos quedará la travesía.

Detuvo á su caballo, y añadió acabando de cubrirse el rostro con la capa.

Yo hubiera debido contar con esto!.. Tarde ó temprano debía suceder... y pues que ha sucedido, esto es para en adelante un duelo á muerte. Señores, repuso con tono decidido, ese hombre tiene en su poder nuestras fortunas y quizás nuestras vidas.. va al castillo de Pluthaupl. Estoy seguro! es necesario que muera en el camino.

La hermosa cara del Madgyar siguió impávida, el judío palideció, bajo los estropeados bordes de su sombrero.

—Señor, señor es verdad que va hácia el Schloss de Bluthauht.

Acababan de atravesar la línea de jardines que remplaza á las antiguas fortificaciones. A su derecha, en el camino de Heidelberg, pasó en aquel momento á galope el coche público. Sobre la imperial de este coche iba sentado el jóven de la capa escarlata que hemos encontrado ya en las oficinas de las postas.

Pero el bastardo de Cluthauht como le llamaba Fritz, parecia haberse multiplicado. ¡Cerca de él se sentaban otros dos jóvenes con el mismo extraño vestido.

Durante algunos momentos se pudo distin-

guir el vivo color de sus capas, un instante despues se confundian por la distancia.

A la izquierda, el vizconde d'Audemmer cabalgaba completamente solo por el camino de posta de Obernbourg.

Nuestros tres compañeros tomaron la senda estrecha que conducia directamente a la misma ciudad, y fueron sus caballos al galope sin duda para tomar la delantera al solitario viagero.

El vizconde Raymundo d'Audemmer abandonaba la brida a su caballo y dejaba vagar por el camino sus distraidas miradas, su imaginacion estaba bien distante de los objetos que le rodeaban. Pensaba en la Francia donde dos seres bien queridos lloraban su separacion y esperaban su vuelta.

Mr. d'Audemmer venia a Alemania, con el objeto de hallar a un miserable que le habia robado toda su fortuna. Tambien venia para aclarar el misterio que cubria la muerte del conde Ulrich de Pluthaup, su suegro.

Era una historia muy confusa, Ulrich habia sido asesinado y M. d'Audemmer sabia el nombre de los homicidas: pero estos homicidas habian comprometido por medio de crímenes ocultos a grandes personajes, estaban amparados de una proteccion clandestina, y si bien eran aventureros sin fa-

milia y sin crédito, la justicia alemana no se había dado aun por entendida.

Se decía que en aquella ocasion habían sido los instrumentos de una voluntad in-contrastable. Se decía que componian parte de aquella policia misteriosa que sostuvieron los reyes en Alemania, durante mucho tiempo despues de la caída del imperio frances. Hasta se aseguraba que el cesar era su amo.

Eran seis y nosotros ya conocemos tres; el magyar Yanos, el caballero Regnault y el usurero Mosses Geld. Los otros eran Zachamus Mesmer, administrador de Bluthaupt hermano mayor del desdichado conde de Ulrich, Fabricio Vampraiss y el doctor portugues José Mina.

Nadie les había incomodado á pesar de los muchos amigos que tenia el conde de Ulrich. Sus tres hijos de poca edad, aun tal vez se encargarian de vengarle, pero estaban demasiado comprometidos en las conjuraciones de Landsmaanschaften, y sus nombres de proscriptos no podrian elevarse hasta los tribunales de la justicia.

Habian frecuentado sucesivamente las universidades de Jena, de Musnich é Heidelberg. Su padre que había sido uno de los mas ardientes enemigos de los reyes que ha-

bian tenido dignos sucesores. A pesar de sus pocos años se les consideraba como los gefes de la liga universitaria.

Tenian veinte años: eran gemelos y su nacimiento era legítimo, no llevando por lo tanto el nombre de Bluthaupt.

Se hablaba mucho de ellos en el Palatinado y en la Baviera, pero eran pocos los que les conocian.

Cuando vivia su padre, habitaban en el castillo de Rothe, situado á orillas del Rihn y al otro lado de Heidelberg. Despues de la muerte de Ullrich, llevaban una existencia errante atravesando la Alemania en todas direcciones, y refugiándose en Francia cuando veian amenazada la libertad.

Los antiguos vasallos de Rothe tenian por ellos una adhesion fuerte y vehemente. El resto del pais les tributaba un interés novelesco. Les amaban como se ama en Alemania á los héroes de las valadas ó las leyendas, sin que esta adhesion careciese de cierta especie de medio, tenian la sangre de Bluthaupt, la antigua familia cuyo sin número de tradiciones tenian un aire diabólico.

Cuando se trasladaban á Francia, iban á casa de Mr. d'Audemer marido de su hermana Elena.

Hacia ya bastante tiempo que el vizcon-

de Rymundo estaba ligado á la familia de Bluthaupt, su padre y él en la época de la emigracion hallaron un asilo en el castillo de Rothe. El vizconde permaneci6 allí desde su infancia por la caida del imperio.

En aquel tiempo, el conde Ulrich era rosa crois. Trabajaba en la restauracion de la rama primogénita de Borbon y pasaba por uno de los miembros mas activos del Tugandbund. El jóven vizconde d'Audemer se unia á sus esfuerzos y ambos habian combatido juntos entre los enemigos de Napole6n.

Mas tarde, Ulrich, debia sucumbir al puñal de un agente ruso pero lo que no es dificil aclarar es el laberinto politico de una cabeza alemana.

Un germando de buena raza, necesita un tirano que combatir, canciones malas que rimar y cualesquiera sociedad secreta en que le permitan beber misteriosamente cerveza.

Los miembros de la Burschemchi de que era individuo Kalsaud, el asesino de Kotzbue eran los reze crois que habia seguido el emperador Alejandro, y combatido de Blicher.

En 16 años, si los reyes hubiesen caido, las universidades de Alemania hubieran compuesto atroces canciones y hubieran bebido

inconcebibles cantidades de cerbeza en honor de los soberanos destrozados y fuera los tribunales.

Por otra parte es muy extraño que estas conjuraciones lleguen á un extremo trágico. Ulrich de Blawasps era una desgraciada escepcion, y la muerte fué como una represalia por la del agente ruso Kokbue.

Cuando murió, sus dos hijas estaban casadas, ya la mayor la condesa Elena estaba casada con el vizconde d' Audemer la segunda la condesa Margarita, se habia casado por medio de una dispensa del papa con el hermano primogénito de su padre el viejo Guntger de Bluthaups.

Este extraño casamiento no se esplicó suficientemente por la mutua amistad de dos hermanos, Gunther tenia una imaginacion triste é inclinada á la soledad. Ulrich y él no se juntaban mas que muy raras veces.

Pero Gunther no tenia hijos. Era conveniente reunir en una sola persona la mayor parte de los grandes bienes de Bluthaups. Por otra parte se conservaba en la familia hacia ya siglos una supersticiosa tradicion que les aconsejaba hacer esto.

La sangre de Bluthaups, decia una antigua leyenda, se fecundizaba asi misma, y cada vez que su nombre estaba próximo á

perecer. Escritos espuestos en las cercanias de la Debloss presentaba á algun viejo de-crepito casándose con alguna bella prima ó sobrina.

Margarita era una docil criatura incapaz de resistir á la voluntad de su padre. Tal vez habria ya experimentado las primeras emociones de amor que tan vagamente crian los jóvenes: quiza entre los vecinos del bello castillo Bluhaups habria alguna hidalgo, cuya presencia haria sonrojar las mejillas de la virgen, y cubrir sus grandes ojos azules tan puros con el velo de sus párpados, pues no supo pronunciar mas que palabras de obediencia y consiente en ser la muger de un viejo.

Abraza llorando á sus tres afligidos hermanos y despues partió.

El pesado rastrillo de la schloos Bluthaupt se cerró tras de ella y la separó para siempre de los que habia amado tanto.

La suerte de Elena era bien diferente amaba apasionadamente á Mr. d' Audemer y recibia con frecuencia las visitas de sus tres hermanos. Habia entonces en la casa del vizconde en París, reuniones agradables llenas de tiernas caricias. Los tres jóvenes olvidaban por un instante la mision política que les impusiera su padre; hablaban de la fe-

licidad presente y pensaban en un feliz porvenir y se sonreían al contemplar en la cuna á un niño. Era el hijo de Elena.

Si cruzaba alguna nube á través de esta apacible felicidad era suscitada por el recuerdo de la pobre Margarita.

¿Qué hacía en aquel sombrío castillo de Bluthaupt?

El conde de Guthér evitaba la aproximación al castillo de los tres hijos de Ulrich á quienes detestaba y despreciaba porque eran bastardos.

El vizconde casi no tenía fortuna personal: la revolución le había despojado del patrimonio de sus padres, vivía de una pensión que le había cedido el conde Ulrich y que constituía el dote de su mujer.

Antes de su casamiento había conocido en París un tal Mr. de Regnault que pasaba por muy buen sujeto y que no estaba mal recibido en la sociedad; algunas mujeres le encontraban bien, algunas gentes le tenían por retirado del mundo, y tenía la habilidad de buscar desafíos con realistas que no se batían.

No se sabía absolutamente de donde procedía aun cuando hablaban voluntariamente de su noble descendencia, nadie sabía con que recursos contaba: parecía contar con fon-

dos y dispendiaba bastante dinero para que se le considerase como un hombre de buen tono.

Tenia relaciones seguidas con la Alemania por esta circunstancia se relacionó con el vizconde d' Audemer y por él fué por quien el conde Ulrich envió en adelante la pensión de su hija.

Mr. de Regnault desempeñaba estas comisiones con una solicitud admirable y con una exactitud digna del mayor elogio. Por otra parte mostraba al vizconde una adhesión completa, y esto último le cedió bien pronto un lugar muy preferente en su amistad.

No era hombre Mr. de Regnault de permanecer mucho tiempo sin aprovecharse de este estado de cosas, pidió algunas cantidades al vizconde, al fin de algunos meses se hallaba este último con que le había confiado la suma que componía sus recursos personales.

Mientras esto sucedía, tuvo lugar la repentina muerte del conde de Ulrich. Nada sospechó Raymundo D' Audemer. Encargó á Mr. de Regnault, que estaba entonces en Alemania, que vendiese su parte de herencia, y que le enviase la suma que resultára.

Nada mas quería Renault que vender; pero se limitaba á esto su deseo.

Escribió al vizconde que la suma entera estaba colocada en casa de un rico banquero de Francfort, y le aconsejó que la dejase allí hasta nueva orden. Despues volvió á Paris, donde pasó muy buena vida.

No entró en el ánimo d' Audemer la desconfianza: al contrario, la presencia misma de Regnault le daba mayor seguridad. Era rico: su bondadosa y bella muger le profesaba un amor inalterable. El pequeño Julio, su hijo, precioso ángel de rubios cabellos, se desarrollaba y crecía de un modo extraordinario: el vizconde tenia bastante corazon y bastante juicio para apreciar en todo su valor estos goces del himeneo. No habia en el mundo hombre mas dichoso que él.

Una mañana, una pobre muger, cuyos usados vestidos retrataban su miseria, vino á llamar á la puerta de su casa. Estuvo mucho tiempo con él en su gabinete.

Aquel mismo dia, tres viageros que venian de Alemania, tres jóvenes vestidos con capas encarnadas, se apearon á la puerta del vizconde, que los recibió como si fuesen hijos suyos.

La pobre mujer que tanto tiempo habia estado con él por la mañana; habia pronunciado muchas veces el nombre de Regnault. Este nombre se repitió tambien muchas ve-

ces en la entrevista de los jóvenes viajeros.

Cuando se presentó al caballero á hacer la triste historia. Mr. d' Audemer le recibió con semblante frio y severo. Aquella mañana se le habia descubierto el presente y el pasado del audaz aventurero que usufrutuára su confianza.

La noble familia del caballero Regnault, tenia un puestecillo portátil en el mercado del templo en Paris. Jacques Regnault, señalado ya desde la infancia entre los pequeños industriales de aquella feria permanente, se habia emancipado una mañana de la casa paternal, teniendo el cuidado de llevarse las cortas economías que habia en la casa.

Su padre era viejo y murió antes de haberse repuesto de este descalabro; desde entonces su madre, sus hermanos y sus hermanas; continuaban vegetando en la miseria en que él los habia lanzado.

Justo será decir que Mr. de Regnault no sabia nada de esto, tenia demasiadas ocupaciones verdaderamente para ocuparse de su familia.

La mujer que habia estado por la mañana en el gabinete del vizconde, era su madre.

En cuanto á los tres viajeros, se llamaban Otto, Alberto y Goetz; eran hijos de Ulrich de Bluthans y hermanos de Elena.

Habian revelado al vizconde lo que sabian acerca del asesinato de su padre, y le habian dicho los nombres de los asesinos y entre estos nombres figuraba el de Renault.

Este hombre á quien Raymundo habia llamado su amigo, era un ladron, un espia de la policia, un asesino, y hasta casi un parricida!

El vizconde no pudo contener su indignacion, Renault sali6 arrojado vergonzosamente, pero en resumen muy satisfecho, pues tenia alguna cosa peor.

Una hora despues se marchaba de Paris sin dejar huella ninguna. Mr. d'Audemer, se quiso asegurar de su persona, pero era ya tarde.

El pretendido dep6sito hecho en casa del banquero de Francfort, no era sino una mentira. No habian pasado cuarenta y ocho horas cuando Mr. d'Audemer qued6 convencido de que habia sido despojado.

Era un abismo en cuyo fondo se sumia de repente toda su felicidad.

Nada le quedaba ya,.. El radiante porvenir de la vispera, estaba cubierto hoy por 6l con un velo de desolacion.

Elena ignoraba estos acontecimientos d'Audemer sufria solo, pero sufria mucho, 6 cruelmente.

Pasábanse los días en vanas pesquisas, por mas esfuerzos que hacia por saber e. paradero de Regnault, no lo conseguia. Regnault viajaba en Inglaterra ó la Italia, gastando alegremente los últimos ducados de la herencia del conde de Ulrich.

Pero lo mas duro para Mr. d'Audemmer, era el conservar ante su mujer un aspecto tranquilo y sereno. Los ojos se le llenaban de lágrimas, cuando miraba á su pequeño Julio, cuya encantadora sonrisa, hacia brillar un rayo de alegría en los dulces ojos de su madre.

Raymundo tenia desgarrado el corazón, días enteros vagaba solo mirando con avidez los trabajadores de la calle, cuyas manos callosas y rudas sabian adquirir el sustento de toda una familia!...

Un día al recibir el beso matutino, la frente de Elena se sonrojó con un carmin de rubor, sonriendo y con los ojos bajos pronunció algunas timidas palabras. Dos meses antes, cuánta alegría! mas, cuánto dolor hoy á este espresado anuncio!... Elena iba á ser madre otra vez. Raymundo la estrechó contra su corazón, y procuró corresponderle con otra sonrisa.

Al siguiente día recibió noticias de Alemania en que se le denunciaba la presen-

cia de Regnault en las cercanias de Fracfort se le habia visto en el castillo de Bluthaut, en casa del viejo conde de Gusther, Regnault se valió del pretesto de ir á recoger finalmente la herencia del conde de Ulrich y partió sin tardanza.

La misma mañana llegó á Franfort y se apresuraba á llegar á las schloss, contando con que su hermana Margarita á falta del viejo conde le daría toda la asistencia posible.

Elena y Margarita se amaban tanto!

Hallar á Renault y obligarle por todos los medios á una restitucion, tal era su objeto: quizas no habia contado bastante todavia con la fria perversidad de aquel hombre y conservarle alguna vaga esperanza de vencerle por el perdon.

El Madgijar Moses y Regnault llegaron los primeros de Obernbourh, allí cambiaron de caballos; el dia empezó á declinar cuando salieron de la ciudad.

De Obernbourh á Esselbach no hay camino de postas. El castillo de Olbluthaupt se lleva á una legua de la estrecha travesia que une las dos ciudades. Cuando entraron en esta travesia nuestros viajeros volvieron á tomar su interrumpida conversacion.

Regnault acababa de hacerles poco mas ó poco menos el relato que precede, les habia contado su última entrevista con Mr. d' Audemer.

El judío cesaba prolongados ayes y suspiraba cuanto podia. Yanos Georgyi, dominando su inquietud, fruncia sus negros ojos, á consecuencia de una meditacion desusada; haciéndose cada vez mas receloso. Soluel, caballero de Regnault habia recobrado su aspecto risueño y meloso silvaba apaciblemente una cancioncita á la moda y parecia gozarse en la mala posicion en que habia colocado á sus compañeros.

Creo que no mentis, dijo finalmente el madgyar mirando de frente á Regnault.

Este se inclinó silenciosamente.

—Mas quien ha podido instruirle?... repuso Yanos.

—Jamás he visto á los bastardos replicó Regnault: pero apostaria á que estaban en casa de Mr. d' Audemer aquel dia.

—Pero cómo habian podido saberlo ellos mismos?...

—Se dice que saben muchas cosas!... lo cierto es que el vizconde pronunció los nombres de todos nosotros consecutivamente.

—Señor, Señor, murmuró el judío.

El madgyar golpeó con violencia el arzón de su silla.

—Tenemos en nuestro poder al vizconde d' Audemer, dijo en voz baja, por donde podremos hallar á esos bastardos que Dios maldiga!....

Nuestros viajeros abandonaron en este momento la travesía para internarse en un cendero montañoso que conducía directamente á la schlozs del viejo conde de Gunther.

El tempestuoso tiempo que presidia á la mañana no habia cambiado. Cuando llegaron á los alrededores del castillo, la luna andaba á través de las nubes que impelia violentamente la tormenta.

He allí á Bluthaupt señalando con el dedo el pico mas elevado de la pequeña cordillera que atravesaban en aquel momento: el vizconde va á venir... decidámonos!

Estaban en un parage silvestre donde crecian algunos robles enanos y pinos endeblés á unos cincuenta pasos de ellos una doble hilera de espesas malezas que se encumbraban en la montaña, trazaba su línea de un verdor sombrío.

Regnault detuvo su caballo.

—La Haelle está al extremo!.. murmuró señalando á la avenida.

—No os comprendo, dijo el madgyar: un hombre va á venir; su presencia nos es perjudicial, es de noche y estoy armado; qué mas necesitamos

Regnault se encogió de hombros.

—Sus pistolas son amigos que hablan demasiado... os repito que la Haelle está al fin de la avenida!....

—La muerte de un hombre es una cosa terrible! dijo el judío con tono grave, tanto y tan profundo era su terror.

Regnault se aproximó á Madgyar, durante algunos segundos le habló á media voz, y mientras hablaba su mano estendida designaba frecuentemente la parte de la montaña que habia llamado la Haelle.

El judío que estaba algun tanto vigilante, y que temblaba al oír como silvaba el viento entre las grandes malezas, lanzó un grito ahogado.

—Mirad, dijo señalando con el dedo la avenida.

Regnault y Yanos volvieron vivamente la cabeza hacia aquel lado, creyeron distinguir un objeto animado que se escurria entre los pinos. Esto fué asunto de un instante. La luna clara ó vejada por intervalos, hacia desaparecer á cada momento las sombras, y prestaba á la inmóvil naturaleza cierta especie de vida fantástica.

Creyeron haberse engañado.

—Buena chanza, dijo á Regnault el Madgyar con aire de desden. Cada uno tiene su

modo de batirse; el vuestro no me gusta...
Adios!

Hasta luego! respondió el caballero. Solamente os suplico que me guardéis mi sitio en la mesa.

Moses Geld aprovechándose del permiso que se le concedia, dió á su caballo un fuerte barazo en la grupa, partiendo al galope. Yanos se separó tambien pero al paso.

Regnault permaneci6 solo en medio del camino, esperaba inm6vil y fijo sobre la silla. La noche que era oscura en aquel momento, ocultaba su mortal palidéz; y el temblor nervioso que agitaba todo su cuerpo.

Temia: pero hay naturalezas que tienen miedo y no obstante osan.

La noche habia sorprendido al vizconde d' Audemer á media milla de la Sochloss, seguia sin temor el camino comenzado. Demasiados pensamientos se aglomeraban á su imaginacion para que tuviesen cabida vulgares inquietudes.

Apesar de haber estado mucho tiempo durante sus primeros años en Alemania, al lado del hermano del conde de Gimthz jamás habia puesto los pies en el castillo de Bluthaupt, así es que no conocia sus cercanías. Avanzaba al trote sin saber si el ca-

mino que tenia que seguir es al presente corto ó largo.

Media hora despues de haber salido de la travesía de Esselbach, vió delante de si un bulto negro que estaba en medio de la senda. El vizconde prosiguió su camino sin poner la menor atencion en este incidente. El bulto negro era un hombre á caballo, envuelto en una capa cuyo embozo levantado le ocultaba la cara. Mr. d' Audemer le adelantó bien pronto.

Algunos pasos mas hallá el sendero se dividia, conduciendo por un lado á la Scholoss, y por el otro á la Haelle, el vizconde se detuvo en aquel sitio caso previsto ya por Regnault: ninguno de los dos nuevos caminos tenia la misma direccion del principal, el punto de intercesion tenia la fortuna de una Y: por consiguiente el mismo motivo tenia para escoger uno que otro camino.

Mr. d' Audemer permanecia indeciso en tanto que Regnault le seguia detrás paso á paso.

—El camino del castillo de Bluthaut, caballero si teneis la bondad? gritó el vizconde,

—Vengo de ahí, meinherr, replicó Regnault exagerando el acento de las fronteras del Palatinado; tomad á la derecha y seguid

adelante. Regnault era en esta ocasion impassible cómico, pues habia conseguido difrazar su voz completamente.

El vizconde le dió las gracias y entró con confianza en el sendero que conducia á la Haelle.

El camino parecia al principio bastante regular, pero bien pronto le volvió tortuoso y difícil hasta el extremo de verse obligado el vizconde á poner toda su atencion en el caballo.

Regnault que le seguia lentamente, creyó divisar de nuevo hácia la izquierda de la hilera de malezas aquel objeto movible que no ha mucho habia señalado el judío. Las cercanías del antiguo Scholoos pasaban por muy fecundos en apariciones sobrenaturales y se veia, que muchas sombras vagaban al rededor de la boca de la Haelle, sin embargo Regnault no temia mas que á los vivos.

La Haelle (el ufiesen) de Bluthaupt, cuyo nombre de triste aguero hemos pronunciado ya muchas veces, es un enorme hoyo de forma oblonga que le abre en medio de una meseta cuya rampa occidental cortada á pico domina en la travesia de Eszelbach á Hidelberg; la escavacion taladra al sesgo esta rampa y se

vuelve á unir á la travesía que pasa por debajo de la montaña.

El hundimiento de que procede este hoyo ha dejado la entrada de la meseta intacta, creciendo malezas de siglos, ya esto forma como un gran puente colgado sobre el abismo, en cuyo fondo se hallaba la ruta de Heidelberg.

Al partir desde la boca del abismo hasta la travesía, no hay mas que malezas que apenas encubren los agudos picos de la roca, descarnados por el hundimiento. Al nivel de la meseta las largas raíces de las malezas se amarrachan con los vástagos de un sinnúmero de arbustos y espinos que estendian sus ramas horizontalmente, formando á la boca del abismo una ancha vereda.

Los vasayos de Bluthaups saben muchas y muy lúgubres historias acerca de la Haelle, cuyos falaces bordes prolongan en tapiz verde encima del espacio vacío llamando risueños á sus victimas como los abismos sicilianos á los poetas clásicos. Muchos pies tropezaron allí á la dudosa luz del crepúsculo, creyendo pisar siempre el firme terreno de la meseta y precipitándose en la muerte....

Todavía era peor; una vez entrada la noche la doble hilera de árboles que se dirigian á derecha é izquierda de la Haelle parecian colocados espresamente para hacer una

completa ilusion. El viajero proseguia su camino, guiado por estos pérfidos indicios, mas al dia siguiente solo se veia su cadáver en el camino de Heidelberg!

Algunos segundos despues de haber atravesado la cima de la plataforma, el caballo del vizconde se detuvo repentinamente, recogiendo las piernas, y olfateando fuertemente. Si Mr. d' Audemer hubiera ido á pié, todo hubiera concluido en el mismo instante: pero el instinto de los animales va mas allá que la prevision de los hombres.

La luna, oculta bajo densas nubes, dejaba á la montaña sumida en la mas completa oscuridad; Mr. d' Audemer se inclinó hácia adelante mirando con toda atencion para ver si descubria el objeto que le impedia el paso. Creyó ver el césped mas espeso y mas sombrio que en el resto del camino, esto fué todo.

Regnault avanzaba por detrás; sentia el sudor que empapaba sus cabellos, y que se deslizaba frio por sus sienas.

—¿Qué hay, pues? murmuró procurando asegurar su voz.

Mr. d' Audemer aplicó la espuela al caballo que no se movió de su puesto.

Regnault tuvo intencion de huir; pero antes queriendo probar un nuevo esfuerzo,

agarró su corbata por el lado estrecho y dirigió al caballo del vizconde un golpe terrible en la grupa.

El animal espantado saltó hácia adelante.

Las malezas se abrieron, frotándose entre sí las hojas secas de sus ramajes. Un gran grito resonó en la profundidad de la Haelle: despues se oyó caer pesadamente una masa inerte al fondo del precipicio.

Un grito de agonía lanzado por el desdichado vizconde, fué contestado por un grito de horror hácia la izquierda, detrás de los grandes troncos de los espinos.

Regnault no tuvo tiempo para reponerse.

Con el movimiento que hizo para volver la brida, se levantaron los embozos de su capa. La luna salía de nuevo en aquel momento abandonando su prision de nubes: la homicida boca de la Haelle compareció abierta y la pálida figura del asesino se distinguía casi con tanta claridad como á la luz del día.

Regnault picó las espuelas al caballo, y se cubrió precipitadamente con los embozos de su capa; pero detras del tronco de un árbol próximo brillaban dos ojos que habian reconocido.....

En tanto que Regnault se alejaba á gran galope, apareció la librea roja de Fritz, el

correo de Bluthaupt que venia tambien de Franifort, que salia poco á poco de la sombra.

Fritz se adelantó con lentitud hasta la orilla del precipicio, y se reclinó sobre el césped para escuchar.

Ningun sonido salió del abismo.

Fritz se arrodilló y rezó la oracion de difuntos.

CAPITULO II.

La Villa.

MR. de Regnault se trasladó en algunos minutos al sitio en que Raimundo d' Audemer habia titubeado entre las dos vias de la senda. Respiraba con dificultad y baciaba en la silla como un hombre embriagado.

Aquella confusion, aquel estado cruel de su alma, no era producido por el remordimiento; solo el pavor podia conmovérle asi. Oia aun aquel grito, que resonó á algunos pasos suyos y veia aquellos dos ojos que brillaban en la oscuridad, y que se habia abier-

to para presenciar su crimen en el mismo momento en que alumbraba la luna la boca de la Haelle.

Pero Mr. de Regnault era de aquellos hombres que no se dejan abatir por la amenaza de un peligro: para confundirse necesitaba que este fuese eminente.

A medida que reflexionaba, tomaba aliento de nuevo porque en resúmen tenia campo abierto delante de sí, y ningun enemigo le cerraba el paso. Cambió de sendero al gran trote y se dirigió hácia el castillo de Bluthaupt.

El viento se aumentaba por momentos, éimpelia á las nubes con violencia extraordinaria.

La luna bañaba con pálida luz los campos lejanos, precedida continuamente de las tinieblas que hacian lugar por si mismas á la claridad. A traves de las masas de vapores que cruzaban por el firmamento se descubria un cielo azul, fuerte y límpido como en las noches de tempestad. Las estrellas centelleaban resplandecientes, y parecian abivar sus rayos.

Las orillas del camino abierto entre las cimas de pequeñas montañas tenian un aspecto inculto y salvaje. Era una especie de arenal plano, donde se elevaban de uno y otro lado grandes peñascos calizos cuyas formas fantásticas se destacaban blancas y descarcadas sobre el fonde de un oscuro bosque de pino.

Por intérvarlos, un grupo de robles achapados hacinaba sus troncos nudosos y secos ya antes del invierno por los huracanes. Luego hileras de alerces le seguían, esbeltos y derechos como los mástiles de los novios, ostentando á cincuenta pies de altura su eterno verdor. A la derecha y antes de un bosque espeso que ocultaban aun el castillo, se descubría un campo de forma irregular en que se agrupaban imponentes gigantescas masas parduscas.

Un alemán que pasára por la primera vez este sitio, seguramente hubiese encontrado poéticos terrores; en su imaginación hubiera visto blancas fantasmas, las que aumentarían su pavor.

¡Hay siempre tantos espectros en las cabezas germánicas!

Pero Mr. de Regnault no temía nada; hacía mentalmente el estado de sus temores y de sus esperanzas.

Este campo situado en medio de la schloos, y á doscientos pasos de los fosos todo lo mas, era el sitio que ocupaba en otro tiempo la vieja villa de Bluthaupt. Las sombrías moles medio ocultas por los zarzales solo eran ruinas. Había existido allí, una gran villa; tal vez una ciudad en tiempo en que los Bluthaupt eran condes soberanos de la montaña.

Regnault habia recobrado enteramente su libertad de espíritu, cuando se internó en los bosques de arces que escondian por aquel lado al castillo. En algunos segundos se halló en la grande avenida que baja por una cuesta suave á la falda occidental de la montaña y tomó la travesía de Hidelberg á unos trescientos pasos mas allá de la Haelle.

Al fin de la avenida se elevaba una oscura masa cuyos terrados se destacaban en el claro cielo. Era las schloos, de Bluthaupt.

Desde este sitio Regnault dominaba todo el campo cercano que parecia salir de la oscuridad, mostrando á lo lejos sus grandes praderas á lo largo de los valles, sus barbechos ordenados, en los flancos de las montañas y los bosques coronando las altas cimas.

La mitad de todo esto por lo menos pertenece á ese viejo loco de Gunther pensó Regnault—y por consiguiente á nosotros.... si no fuésemos tantos... seria un magnifico negociol.... pero el mejor plato se vuelve pequeño cuando está á la disposicion de seis convidados famosos.

Una gran nube oscura, con los extremos blancos cruzaba para oeste y ocultaba rápidamente, uno tras de otro los claros de azul salpicados de estrellas, algunos copos

de nieve vacilaban indecisos entre las ramas de los árboles.

Regnault se detuvo y arregló con un movimiento que le era natural sus rizados y pomados cabellos.

—¿Seis! repito—cuando hay muchos lobos precipitándose sobre una presa los lobos se comen... en fin asegurémonos de la presa y despues veremos!...

Cubrió con su corbata el cuello del caballo que sentia ya la nieve y espoleándole, se puso á trotar con nuevo ardor.

—Todo es ó ventura ó desdichá para los caballos como para los hombres! repuso Regnault. He aqui un pobre animal que esta noche cenará tambien como su amo, al paso que el del vizconde yace en el fondo de la Hælle, ah, ah, aquel diablo de vizconde sabia mucho!... no daria por cien luises mi ocupacion de esta noche!

—Habeis salido vencedor de vuestro combate Mr. de Regnault? dijo una voz que salia del hondo de la avenida.

El caballero hizo un movimiento sobre su silla pues habia reconocido el rudo acento del Madgyar, que era uno de los seis famosos lobos que rodeaban la presa arto pequeña, y á que hacian alusion sus palabras no ha mucho. Inmediatamente repuso y di-

jo con un tono de afectada alegría:

—Yo sé el medio de no ser vencido nunca, Mr. Yanos.

—Ah, exclamó el Madgyar, y se podrá saber en que consiste vuestro secreto?

--Consiste en atacar siempre á golpe seguro replicó Regnult.

Yanos Georgy atravesó el ancho de la avenida y puso su caballo al lado de aquel.

—En buen hora; dijo con voz baja y en tono pausado, esto me hace pensar, Mr. Regnault, que no me atacareis nunca...

El caballero se inclinó haciendo un gesto gracioso.

Cuando llegaron al pie de los muros de la Schloos la nieve caía en grandes copos.

Era Bluthaupt una enorme masa de piedra sobre la que habian cruzado ya muchos siglos, algunos parajes estaban señalados por el destructor dedo del tiempo y se veian en las anchas piedras de las paredes algunas balas incrustadas, cuyas rojas esferas, permanecian allí mas de treinta años ha, ya cubiertas de rohin. Tan intactos permanecian el conjunto de todas las construcciones si se esceptuan algunas brechas abiertas ya por el tiempo, ya por los hombres en las fuertes murallas.

A lo lejos solo parecia una masa confu-

sa de edificios, cuyos puntiagulos techos formaban una larga série de almenas.

Esta en su circunferencia tenia una forma oblonga interrumpida por numerosos ángulos flanqueados de redondas torres. Cuanto mas se avanzaba mas admirable era el aspecto feudal de la antigua fortaleza. Estaba absolutamente lo mismo que en el tiempo en que los señores condes soberanos de Bluthaup y de Rothe defendian su inespugnable villa de los landgraves vecinos, enviando sus hombres de armas hasta las orillas del Rhin.

En Alemania las antiguas instituciones han subsistido en pie lo mismo que los viejos monumentos. Y no es raro ver á un simple tratar como á su igual al rey de Prusia que están tentados de llamar aun al margrave de Brandebourg. Tantas familias de condes han dado reyes al Imperio!

Los Bluthaupt se habian ido oscureciendo poco á poco. Hacia cerca de un siglo que habian dejado de enarbolar una bandera independiente y se habian considerado como vasallos de los principes obispos de Wurzburg: no obstante aun eran muy grandes señores, tan poderosos por sus riquezas como por lo antiguo de su origen, no que no es alli, como entre nosotros asunto de lujo

inútil: á pesar de las canciones de los estudiantes beodos, á pesar de las protestas de los doctores y á pesar de los dichos de los comunistas en sus orjias, el espíritu alemán se inclina respetuoso ante el recuerdo de las antiguas edades, y si hay algun país en el mundo en que el pensamiento feudal exista con toda su fuerza es sin disputa la Alemania, donde tantos inocentes puñales hacen como que buscan el corazón del despotismo.

Pero aun cuando la tradición y el bien de infinitos privilegios de la villa del viejo Gruther no tuviesen todavía bastantes pruebas de la antigüedad de su raza, bastaría dirigir una mirada al castillo para formarse una alta idea del antiguo poder de los Bluthaupt.

En medio del fuerte circuito de murallas protegidas por anchos fosos se elevaba un edificio de estilo compuesto en que todas las épocas del romano y gótico estaban atrevidamente confundidas. Al rededor de este edificio se agrupaban sin orden una multitud de edificios secundarios construidos en diferentes épocas para satisfacer las necesidades consiguientes á un poder creciente.

Al otro lado de los fosos en que un arco de piedra habia reemplazado al puente

levadizo de la edad media, la grande puerta, rebajada, mostraba aun sus robinosos dientes y dos profundos huecos, en que habia todavia aquellas gruesas cadenas que sirvieran en otro tiempo para levantar el puente levadizo.

A derecha é izquierda dos obesas y macizas torres avanzaban sus mohosas curvas; aun se descubria en ellas un fragmento de escudo sostenido por restos de ángeles. Todo esto era del romano mas puro; debiendo ser su construccion de la época de Carlos Magno.

Inmediatamente, y encima de la puerta, se elevaba una especie de cubo, formado de enormes piedras, denteladas de estrellas y figuras fantásticas, grabadas al cincel sobre el graneto; este cubo de construccion bien posterior, debió en un tiempo servir para puerto de observacion. Las habitaciones alemanas, y tambien las casas y los castillos tenian casi todas en otro tiempo estas pesadas conchas adheridas á sus muros. Antes del puente que habia en el foso se dibujaba el antiguo y toruoso camino fortificado que en otro tiempo era el único de la villa.

Todavia se podía seguir este hondo camino rodeado de paredes de piedra tallada,

sembradas de troneras.

Dos ó tres docenas de ruinas, ocupaban la falda de la montaña á la derecha de este cauce de escombros, formando el nuevo pueblo de Blüethaupt. Este soberbio edificio, que habia desafiado al tiempo, y cuyos fuertes cimientos quedarán en pie por los últimos dias del mundo, se levantaba en la parte mas eminente del monte; y dominaba desde lo alto de sus desiguales torres todo el pais vasallo. Era inaccesible su altura, al nivel de las nubes y desde donde el águila feudal batia su vuelo hácia las terrestres moradas.

Regnault y Yanos se acercaban al castillo por la avenida, donde estaban impedidos de seguir por la fortificacion cuyas almenas estaban en aquel momento á plomo sobre sus cabezas, les fué necesario rodear por el foso medio lleno, para ganar la gran puerta que daba al mediodia y cuyos balcones batientes habian sido remplazados, por una reja de hierro.

La Schloos se presentó á su vista, destacándose sobre el cielo los infinitos festones de su techo ya cubiertos de nieve, sus campanarios, sus paredes y numerosas veletas de figura de monstruo desconocidas, que giraban, rechinando sobre sus enmohecidos ejes.

Regnault miró con desprecio aquel noble y gigantesco despojo.

—Vieja cabaña, murmuró! hay en ella tantas buenas piedras talladas para construir una casa magnífica!....

Yanos llamó con el aldabon y le mostró en seguida con el dedo una torre que dominaba todo el resto del edificio, y cuya almenada plataforma habia servido en otro tiempo de atalaje. En resplandor rojizo y siniestro alumbraba el ojive de la ventana mas elevada de aquella torre.

—El antiguo fuego!... dijo Regnault encogiéndose de hombros. Solo habia dos ó tres ventanas que estuvieran iluminadas en toda la fachada de la Schloss, el inmenso castillo parecia inmóvil y aletargado. El madgyar se vió obligado á volver á llamar muchas veces antes de que pensasen en abrirle. En fin los vatientes de la reja dieron la vuelta rechinando sus goznes y nuestros dos viajeros fueron introducidos en el primer patio: mas no preguntaron por el conde de Bluthaupt y solo si por maitre Zachaes Nesmer su administrador.

Eran las seis y media de la tarde próximamente, en su gran salon débilmente alumbrado por dos lámparas estaban sen-

tados cuatro hombres alrededor de una alta chimenea de mármol negro, en que ardía porción considerable de malezas. A la izquierda de la chimenea, cuyo suelo esculpido tenía por sostenes columnas de ébano, se unia á la pared y desaparecía enteramente bajo los pliegues de sus cortinas.

Al pie de esta cama se habia dispuesto una especie de biombo de tapiceria, que medio lo aislaba y lo convertia en una alcoba. Habia á los dos lados sitios para muchas personas.

Dentro de aquella alcoba una puertecita comunicaba con un oratorio de forma circular, situado en un torreoncillo de la figura de un arrimez con florones por adornos.

Un púlpito para orar trabajado como si fuese una pieza de plata, preciosos misales encuadernados con terciopelo y oro é imágenes de santos es el adorno de aquel recinto religioso.

Entre la cama y la chimenea, habia una mesa baja y estrecha cubierta de redomas de cristal, rosas de cobres y tazas de plata cinceladas. De todo este conjunto médico se exhalaban esos perfumes penetrantes y hostiles y que deleitan el olfato por instinto, pues es seguramente el indicio de los sufrimientos.

Al otro lado de la cama y detrás de las cortinas habia una cuna vacia adornada con gasa blanca y con flores y que parecia estar dispuesta para recibir un nuevo reciennacido.

Al otro extremo de la sala, en el profundo hueco de una ventana, habia un page y una camarera con dos ingenuos y risueños niños sentados en taburetes, el uno al lado del otro y conferenciando entre si en voz baja.

El page tenia 18 años, sus largos cabellos rubios, divididos por la mitad, caian en espesos bucles á los dos lados de su frente blanca y dulce como la de un ángel. Habia sin embargo bajo aquella dulzura una firmeza decidida y á veces un vislumbre varonil iluminaba sus grandes ojos azules que un momento despues se bajaban tímidos. Se llamaba Hans Dorn.

La camarera tenia lo mas 16 años, era una bella muchacha sencilla y franca, cuya crédula mirada no tenia la viveza de nuestras virgenes de Frande. La frescura de su color deslumbraba: su fisonomia estaba en aquel momento como pensativa y recelosa: sin embargo de vez en cuando, una alegre sonrisa venia á entreabrir el ardiente coral de sus labios y unos dientes

mas blancos que la nieve.

Mas esta sonrisa no duraba mucho. La jóven muchacha parecia sentir el reirse; su vista se dirigia hácia el lecho cubierto y su mirada tomaba el aire de una compasion respetuosa.

Se llamaba Gertraude.

Los cuatro individuos colocados delante del fuego guardan su grave silencio interrumpido solo por algunas palabras pronunciadas á media voz.

Uno de ellos, personaje de alta estatura y delgado, de aire pedante y maneras escolásticas, se levantaba por cortos intervalos á introducir su calva cabeza entre las cortinas de la cama, de donde salia entonces un quejido suave y débil.

En seguida mezclaba en una taza de plata el contenido de dos ó tres redomas y pasaba esta bebida por entre las cortinas.

Despues venia á sentarse y cada vez que volvia á tomar su sitio el conde Gunther de Bluthaupt sentado en una poltrona de honor en el rincon de la chimenea, descubria su cabeza y se inclinaba en señal de gracias.

Era el conde de Gunther un viejo gastado y enfermizo, cuyas pálidas facciones expresaban una extrema debilidad de espiri-

ritu, junta á una pueril pertinacia. No carecia del todo su fisonomia de cierta arrogancia, y aun conservaba algun resto de las buenas maneras que les proporcionára su primera educacion, pero formaba un contraste singular: el que mientras erguia su desnuda cabeza, su mirada espresaba un respeto tímido.

Era el amo y el señor, su silla dominaba como su trono las sillas de sus compañeros, así es que fácilmente hubiera adivinado el observador la misteriosa esclavitud que reinaba en aquella casa. Se traslucia en las tímidas miradas que dirigia á sus huéspedes una deferencia que casi tocaba en la sumision.

Detras de su cabeza, en la corniza de la chimenea habia un cubilete de oro, con las armas de Bluthaupt. A sus pies, en un rincón de la chimenea, una hornillita sostenia un vaso en que hervia lentamente un líquido negruzco.

De media en media hora, el hombre alto y seco vertia en el cubilete tres ó cuatro cucharadas del contenido del vaso, que presentaba despues con un grave saludo al anciano conde.

Cuando bebia Gunther de Bluthaupt, una tinta encarnada coloreaba un momento sus

megillas que poco despues se volvian á quedar mas pálidas.

Cerca de él se sentaba un hombre grueso, cuyos apagados ojos parecian cerrados por el sueño: mechones de azafranados cabellos cubrian su ancha y convexa frente. Sus vermejas megillas descansaban hasta el cuello doblado de su camisa, y todo el resto de su persona parecia una bola vestida de negro.

Sus dos manos gruesas, blancas y cortas descansaban en su redondo vientre y añadian al lujo de sus sortijas un manojo de preciosos juguetillos que le caian hasta el muslo.

Este hombre grueso era Meinher Fabricio Van-Praet, médico holandés favorito del conde.

Seguiase un personage alto, delgado y grave, el doctor José Maria, portugúes, y mas instruido que todos los patricios de la confederacion germánica.

Este hábil médico hacia ya tiempo que no se separaba de la schloos, Gunther de Bluthaudt se creia muerto, cuando perdia de vista la gran cara descarnada y la puntiaguda cabeza de su doctor.

Van-Praet era hombre de unos cuarenta años, Mira no habia cumplido aun los 30.

Los que le conocian decian que desde muy jóven estaba como predestinado á la peluca.

Los que le conocian aun mejor, que no eran muchos, pretendian que era una máscara con que se habia penosamente disfrazado, y que el doctor portugues esperaba tener 40 años y hecha su fortuna para volverse jóven.

El cuarto personage se hallaba colocado en frente del viejo conde, y ocupaba el otro lado de la chimenea. Era una de aquellas caras alemanas frias, insignificantes, inalterables, no espresaba ni bondad, ni malicia, ni talento, ni tontería: en fin no decia nada.

Zachaemus Nesmer, el administrador de Bluthaupt, sabia al menos dirigir perfectamente sus negocios, ya que no tambien los de su señor, como veremos mas adelante.

No representaba mas edad que fisonomia: tambien se le podian suponer 30 años como 50: la verdad debia estar entre estos dos extremos. El conde de Gunther tenia en Zachaemus la confianza mas absoluta. Zachaeus era para sus tierras y para sus castillos, lo que Mira para la salud de su cuerpo, y el grueso de Van-Praet, para sus miras para el porvenir.

Pues el conde de Gunther habia tenido en

su vida dos ilusiones, dos sueños, en que se habia engreido durante muchos años, sostenidos con una decision apasionada, conservadas con un celo infatigable.

El primero de estos sueños era una esperanza legítima, y que está en el fondo del corazon de todos los hombres. Solo la avanzada edad de Gunther habia podido dar á este deseo una apariencia quimérica: Gunther queria tener un heredero de su nombre.

Era el último Bluthaupt, pues los tres bastardos del conde de Ulrich, que no habia querido ver jamas, y que odiaba con toda su alma, y no tenian el derecho de llevar el blason de su padre.

Pero al paso que este primer sueño parecia concebible, y capaz de realizar el segundo, era loco y miserable.

Para esplicar esta pasion insensata, es menester recordar que Gunther no se habia mezclado jamas en las cosas de este mundo: habia pasado su vida en la soledad, encerrado en su antiguo castillo, lejos de las conmociones exteriores, lejos de las ideas del siglo: habian bramado á su alrededor las revoluciones sin que las oyera: estaba sordo á los clamores de afuera. su mundo no era otro que el estrecho circulo que se habia

trazado; mas allá no habia nada para él. Ya hacia treinta años que Gunther de Bluthaut no habia traspasado los límites de su parque; no sabia ni lo que era una ciudad.

Seguramente estaba su castillo siempre abierto, conforme con las hospitalarias costumbres de Alemania, pero los viajeros que le pedian su asilo no se sentaban á la mesa del Señor. Los huéspedes olvidaban fácilmente el camino de una morada cuyas puertas no se les habia abierto sino á medias. Crecia por lo tanto la yerba en el camino de Bluthaupt.

Gunther, viendo solo entonces que la edad no habia aun helado el ardor varonil y la necesidad de accion, pensaba en qué ocupar su ociosa fuerza. Encerrado en su cuarto reflexionaba. Dios sabe las fantasmas que puede visitar en hora de soledad á una imaginacion germánica!

Otras veces se confinaba á la antigua biblioteca de la Scholoos! leia durante dias enteros incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso, las quimeras de la realidad, llenaba su cabeza de viejas leyendas y juzgaba que habia motivo para creer toda clase de fábulas.

Sabida es la decision de los sabios alema-

nes, en la edad media para la pretendida ciencia alquimista. Este gusto habia pasado de los doctores á los hidalgos y ningun historiador podrá decir el número Grafis, Palatinos, Lagraves de Rhingraves, Gaugraves de Margraves y de Bugraves que murieron locos, la vista fija en las retortas que debian convertirles el plomo en oro.

La tradicion del pais decia, que muchos Bluthaupts habian dado en semejante locura en otro tiempo, lo que en cierto modo quedaba confirmado por el monton enorme de libretos podridos: y manuscritos ya impresos que habia en la biblioteca y que trataba de los infalibles medios de hallar las sublimidades de la grande obra, ya fuése con la ayuda de Dios ya sin ella.

Gunther de Bluthaupt habia devorado con ardor todos aquellos disparatados desvarios.

Durante años enteros habia leído, releído meditado y comparado las absurdas recetas escritas en grandes páginas latinas ó griegas y algunas veces hasta hebréas, sus autores favoritos.

Habia llegado á creer, y creer firmemente y con ella fé inalterable que que la chasqueada ante el charlantisimo vencedor. Antes le hubieran hecho pedazos que conseguir en hacerle confesar su error. Por es-

ta razon pues, una especie de temor le detuvo largo tiempo, temia pasar el escalon que separa la teórica de la práctica. En la actualidad estaba profundamente versado en los mas recónditos arcanos de la ciencia; sin embargo carecia de esperiencia y el miedo de perder su alma le detenia. Pero en fin, la pasion combatida y aumentada cada vez fué mas poderosa y venció de su preocupacion: sus hornillos enrojecen sus retortas y se convierte en un alquimista completo al siglo 19.

CAPITULO III.

Gutier el heehicero.



U laboratorio estaba colocado en la parte mas elevada de la torre mas retirada del castillo. Aquel terreno por su grande elevacion habria servido en otra época de atalaya y su almenada plataforma conservaba aun tres ó cuatro culebrinas de hierro. Gunther no habia confiado á nadie su secreto y el tiempo que destinaba á su tarea concluyó de aislarle absolutamente.

Bien entendido, no era su propósito hacer el oro: pero nada mas natural en las manias que aferrarse contra lo imposible: el conde trabajaba continuamente: iba sin descanso desde el alambique á los libros y de estos al alambique. No tenia ningun descanso! Sus esfuerzos del dia seguian por la noche: su trabajo duraba siempre... siempre!.....

A falta de oro, los desvelos de Gunther daban otros resultados; en otro tiempo los viejos muros de Bluhtaupt tenian la reputacion de ocultar en su recinto brujerías, y en Alemania es bien difícil que mueran las tradiciones. Se recuerdan historias frecuentemente contadas y en que alguna fantasma habrá de representar algun papel indispensable: reposaba sin terror al lado de sus oscuras murallas, y aquel resplandor rojizo que duraba toda la noche, en el estremo del torreón, parecia el sangriento ojo del demonio sobre el pais.

Los montañeses y las gentes comunes se acostumbraron á mirar la schoos con desconfianza y los espacios intermedios de los grandes árboles de la avenida, estaban siempre llenos de yerba.

Cuando Margarita radiante de juventud y de vida entró la primera vez en el castillo

como esposa suya, todos sentian por la inocente niña que iba á dormir con un esclavo de Satán. Gunther habia pedido al Papa la dispensa; pero seguramente no necesitaba licencia del cielo...

Zachaeus Nesmer era ya administrador de Bluthaupt. Robaba bastante bien á su amo pero tenia la buena voluntad de robarle aun mas con el tiempo. Zachoeus no creia mucho en el diablo. El habia visto como todos las largas y frecuentes visitas que Gunther hacia á su laboratorio. No sabia explicarse el motivo. Solo sí desechaba la idea del sortilegio: tenia demasiado talento.

Se decia á si mismo con frecuencia, que si podia sorprender alguna vez el secreto de su amo, apostaria diez contra uno, á que habia hecho su fortuna, pues un secreto es siempre una misma para el que tiene la habilidad de saber explotarla.

Una noche dejó Sachoeus los zapatos en su cuarto y subió con los pies descalzos la escalera que conducia á la atalaya en todo el pais, una milla en redondo, no habria un solo hombre tal vez que se atreviese á hacer tanto.

Sachoeus miró por la cerradura y vió al viejo conde encorbado sobre sus hornillas y que contemplaba con avidéz el contenido de

na retorta que acababa de destapar. Sachoeus no quiso ver mas: bajó las escaleras frotándose las manos y algunos dias despues fué introducido en el castillo mehiner Fabricio Van-Prael.

Este buen hombre era un adivino aeronauta que estaba ya demasiado grueso para hacer esperimentos. Tenia alguna idea de las ciencias fisieas y no le costò mucho adquirir la nota de hombre profundo á los ojos del viejo conde.

Algun tiempo despues el doctor José Mira fué instalado en el castillo de la misma manera.

Van-Praét tenia el espreso cargo de hacer oro: el grave Jo-é Maria, gracias á su conocimiento de la medicina trascendental debia proporcionar al conde Gunther los medios de perpetuar el noble nombre de Bluthaupt. Por medio de estos dos hombres el administrador entretuvo á su amo, por todos los flacos.

Esto solo era bastante á hácer su propia fortuna y la de sus dos compañeros: pero ne estaba en las manos de Zachoeus el detenerse en aquel punto: tenia por otra parte ademas del doctor y del grueso Holandes otros tres consocios á quienes hacer rico.

Para esto era necesario toda la fortuna de

Gunther de Bluthaupt y Zachoeus obligado á partir, queria al menos que la porcion fuese grande.

Las rentas del conde eran considerables, pero nada cuesta tanto como pode convertir el plomo en oro, sobre todo cuando se tiene por colaborador un mehiner Van-Praet, ex-fisico aeronauta. Zachoeus empezó á anunciar una completa ruina, y declaró que si seguia dispendiando asi sus caudales, bien pronto seria necesario vender los dominios de Bluthaupt: pero al mismo tiempo que señalaba el mal proponia el remedio. Conocia él á un judio de Francfort hombre de probidad escrupulosa y que estaria muy contento de ir al socorro del viejo conde, mediante un beneficio razonable. Mosses Geld tuvo á su turno entrada en el castillo.

Y como en definitiva, estos préstamos á intereses eran muy hermosos, Zachoeus Nesmer siempre ocupado en los negocios de su amo, concluyó por encontrar un excelente medio de sacarle de apuros; él, su fiel servidor le propuso que consintiera en la venta bajo condicion de todos los bienes de Bluthaupt mediante una renta doble de la actual.

Pronto se halló el comprador. Mosses Geld, no podia rehusar nada al noble conde.

Este último, aunque acostumbrado á no ver

nunca mas que por los ojos de Zachoeus estuvo indeciso ante una medida tan extrema. Amaba á su manera á la linda Margarita que le queria con un afecto filial y que acogia todos sus caprichos con una dócil obediencia.

Por otra parte, abrigaba siempre la esperanza de tener un heredero, y se complacia con la idea el que sus largos esfuerzos aprovecharian á su hijo; el mesías prometido, por la infalible ciencia del doctor Mira...

Pero el administrador no hubiera avanzado tanto á no estar bien provisto de argumentos. Podia ademas como veremos mas adelante, hacer toda clase de concesiones sin arriesgar su parte.

No quiera Dios, decia, que yo proponga á mi buen señor un contrato que pueda perjudicar á los intereses de la condesa Margarita ni el futuro heredero de Bluthaupt!... La renta redundará á favor de la condesa en el caso.. Dios aleje todo lo posible tamaña desgracia!... de que quedará viuda... En cuanto á la segunda hipótesis bien se comprende que formaria una condicion resolutoria... El nacimiento del niño que todos esperamos anularia la venta de pleno derecho.

—Pero y los adelantos hechos hasta hoy por Mosés? objetó el conde, á quien solo

faltaba una cuarta parte de convencimiento.

—En cuanto á esto la ley es positiva, respondió Zachoeus: todo contrato aleatorio, espone al comprador á la pérdida de las sumas dadas en semejante caso.

Gunther hubiera cedido á razones menos perentorias. Para él la primera cosa era proseguir su obra, y una vez conseguida esta, qué importaba los bienes de Bluthaupt?

No le bastaria con un alambique y con una retorta para hacer á su hijo mas rico que todos los reyes del universo!

Aceptó y puso su firma al pie de una acta sabiamente preparada por Zachoeus Nesmér.

Desde aquel dia el conde Gunther fué el señor mas feliz de los Estados Germánicos.

Zachoeus tenia siempre ora á su disposicion, la grande obra marchada á su fin, en el sentir de Fabricio Van-Praet, que era la verdad personificada, y el doctor portugues aseguraba bajo juramento que los indicios que el conocia, anunciaban de una manera positiva la regeneracion de la sangre de Bluthaupt.

El mismo precioso doctor enterado confidencialmente de la venta bajo condicion, habia compuesto una bebida que debia contrarrestar todos los cálculos del comprador Moses Geld y prolongar la vida del conde

mucho mas de un siglo.

Todo iba bien á mas no poder, y el conde Gunther estaba rodeado de amigos incomparables.

Como si la casualidad hubiera querido dar la razon á los pronósticos del doctor, Margarita quedó en cinta. Todos se admiraron pero nadie como el doctor.

Gunther pasó todo el tiempo de embarazo de su muger fundiendo plomo, destilando drogas y bebiendo el famoso brevaje de la vida.

Aquellos nueve meses fueron para él una época de alegría pero que le envejeció diez años.

Sin embargo, los seis asociados, de que Moses Geld no era mas que el prestador conocian el peligro que les hacia correr el estado de la jóven condesa Margarita. Tenian nueve meses para avisar y prepararse á cualquier acontecimiento.

El término habia llegado, y á esta circunstancia hacia alusion el mensaje que el correo Fritz llevó á Francfort.

—La hora ha llegado ya....

En la cama, que hemos descrito en otro lugar, la condesa Margarita sufría los primeros dolores del deseado suceso.

Por una coincidencia que no era por cierto efecto de la casualidad, Van-Praet movido

por los esfuerzos cada vez mas ardientes del viejo conde, cuya debilidad fisica influia no poco en su credulidad, le habia prometido para aquella misma noche la realizacion definitiva de la grande obra.

Ardian las hornillas del laboratorio, y el metal fundido herbia en el fondo de una retorta...

Ei mas profundo silencio reinaba al rededor de la chimenea. Se oia el cuchicheo de Hans y de Gertraud, que se entretenia en un alfeyzar distante. De vez en cuando se oian los débiles quejidos que exalaba la condesa.

Una música estraña y que parecia bajar de las nubes, se solia oír: era el reloj de música de Bluthaupt. Cuando cesó la música, el antiguo péndulo dió las siete. Las broncas vibraciones de la campana se prolongaron algunos segundos en el mayor silencio.

El doctor miró la esfera esmaltada del reloj cuya campana iba tambien á hacer sonar la hora.

—Antes de que la mano haya dado la vuelta de ese cuadrante, dijo, el noble conde habrá ya visto á su heredero.

—En el mismo espacio de tiempo, añadió

Van-Praet, habrá oro en el fondo de nuestra retorta.

La cara de Gunther, tomó una espresion de natural alegría.

—Esta debe de ser una noche de felicidad para la casa de Bluthaup, dijo Zachoeus, cuya voz tenia acentos estraños segun le acomodaba.

—Oh! bien feliz! bien feliz! exclamó Gunther; pero qué largas me van á parecer las horas.

El doctor se levantó, y puso en el cubilete de oro una dosis del breverage caliente.

Cunther llevó el cubilete á sus lábios.

—Me parece que bebo la vida, dirigiendo al portugués una mirada de reconocimiento.

Sus mejillas enjutas y lívidas, se reanimaron por un momento: un brillo fugitivo animó su triste pupila. Mas luego volvió á palidecer su rostro y desapareció aquel brillante destello de sus ojos.

Respiró trabajosamente, y puso sus arrugadas manos en su pecho.

—Quisiera beber siempre! prosiguió; cuando no bebo se detiene mi respiracion y siento cerca del corazon un peso ardiente...

Vaciló sobre sus hombros su cabeza, y cayó agoviada....

Van-Praet, Zachoeus y Mira, cambiaron una mirada furtiva...

CAPITULO IV.

La mancha de sangre.

CADA vez que el conde bebia una dosis del elizir compuesto por José Mira, era mayor su debilidad. Despues de un momento de bien estar, y en que parecia galvanizada su decrepitud, caia en un estupor terrible: su mente y su cuerpo se doblegaban al mismo tiempo á impulso de un abatimiento profundo.

Aquella noche experimentaba mas vivamente que de costumbre el doble efecto del breva en cuya confeccion habia tenido sin duda el doctor mayor cuidado.

Un minuto despues de tocar con los lábios el cubilete de oro quedó sumido en una especie de letargo que le dejaba sin embargo bastante conocimiento para comprender lo que pasaba á su lado.

Su cabeza, inclinada sobre el pecho y que parecia ceder á un peso invisible, se alzaba de vez en cuando con esfuerzo. Su mirada triste

y casi estinguida, recorría lentamente las fisonomías de sus compañeros una por una: despues sus cargados parpados volvianá cerrarse y su cabeza se inclinaba de nuevo.

José Mira seguía sus movimientos con una curiosidad extrema: el grueso Fabricio Van Praet, arrellanado en su butaca miraba como ardian los troncos de la chimenea sin cuidarse mucho del gran milagro que estaba próximo á verificarse en la soledad del laboratorio situado en la atalaya. El administrador Zachoeus miraba, con la mano resguardando la vista de la luz, á su amo, pero con una frialdad impasible.

En un momento en que la cabeza del conde permanecía inclinada mas tiempo que de costumbre, Van Praet señaló el péndulo diciendo en voz baja:

—Cuánto tardan en llegar!

—Chut! dijo el doctor prolongando un imperceptible sonido; lo oye todo!

El conde se incorporó, como si hubiera querido confirmar aquella palabra.

—Es verdad, dijo con ahogada voz, esto tarda... los minutos son largos! muy largos!

Volvió á tomar aliento como un hombre que acaba de desempeñar un cargo superior á sus fuerzas.

—Margarita no se quejal... prosiguió. Da-

ría cien piezas de oro por oír su primer grito... y la retorta! Oh! que no pueda yo ver el oro amarillo y brillante hervir en el fondo del vaso... despues enfriarse y convertirse en una masa sólida... los minutos son largos!...

Apoyó la cabeza sobre su temblorosa mano: sus tres compañeros guardaron silencio.

—Todo mi cuerpo está helado, repuso: no hay mas que un punto en mi pecho que arde como un carbon encendido.. quiero beber... me ahogo!

—Es menester no abusar de mi breverage, replicó el doctor con tono domático y grave. Las dosis están reguladas por el arte: bebéis mi buen señor, cuando sea tiempo.

—Es que sufro mucho! murmuró el pobre viejo. ¿i supiéseis como sufro!

—Señor conde, le dijo con osadía, nunca habeis estado mejor.

Gunther quiso sonreirse.

—Puede ser cierto, balbuceó. Soy un enfermo imaginario... pero esta esperanza me asesina!... Muchas horas se han de transcurrir antes de saber!...

Pareció que se reanimaba de repente, y fijó su vista ardiente de desco en la ancha cara del Holandés.

—Meiber Van-Praet, dijo dando á su voz

aquel tono amable que saben tomar los niños, no pensais que podemos subir al laboratorio y descubrir la retorta en este momento para ver si la obra avanza?

—Esto seria retardar la transformacion un mes, dijo el Holandes con un tono grave, quizas un año... Pero sin embargo ahora como siempre estoy á las órdenes de mi buen señor...

Hizo ademán de levantarse: Gunther exhaló un gemido.

Otro gemido respondió: desde el sitio de la cama y una dulce voz de muger pronunció el nombre de Dios con un acento de dolor inesplicable.

La sureada frente del anciano se animó de repente y volvió la cabeza para oír un segundo grito que desgraciadamente no oyó.

El doctor entreabrió las cortinas; la luz de las lámparas atravesando oblicuamente entre el cortinaje iluminó una cara angelical mas blanca que la muselina de la almohada en que descansaba. Era una cabeza dulce y noble en que brillaba el bello candor de la infancia. Algunos rizos de cabellos rubios y sedosos caian al rededor de sus pálidas mejillas; sus ojos estaban medio cerrados y su boca descolorida parecia abrirse para exhalar una queja.

El doctor la tomó el pulso sin decir nada, unió las cortinas y volvió á sentarse.

El viejo Gunther habia vuelto á caer en su triste apatía.

Haeus y Gertraude á quienes nadie hacia caso habian dejado su entretenimiento al grito lanzado por la condesa dirigiendo hácia el lecho miradas llenas de lástima.

Reinaba un profundo silencio en el gran salon. Solo se oia el ruido regular del compensador del péndulo y el triste silvido del viento que bramaba fuera.

La corta luz de las lámparas, no alumbraba mas que una parte de la sala dejando las paredes en una media oscuridad. Apenas se distinguian los personajes de las grandes tapicerías, las molduras doradas de grandes vigas y los frisos caprichosamente cortados, en los tableros de las puertas se veian diferentes trofeos.

Habia cuatro ó cinco grandes cuadros con marcos dorados colgados en la movable tapicería, en que se destacaban austeros retratos medio borrados de los señores de Bluthaupt, que habian estado en Jerusalem, en el santo tiempo de las cruzadas. Entre aquellas fisonomías á pesar del mal estado de las pinturas, habia una relacion admirable. Bluthaupt decia una leyenda de la montaña

guardada de generacion en generacion las mismas facciones el mismo corazon.

En frente de la chimenea dos armaduras de acero despedían sombríos reflejos: en los escudos colgados delante de las varias corazas, se podían ver los esmaltes de Bluthaupt, cuyas armas (en falso) eran «en fondo negro tres hombres con bustos de gules.» (1)

Todos estos objetos tenían un aspecto lúgubre y obligaban á la imaginacion á que retrocediese á las tinieblas del pasado. Aquellas sombrías cortinas que ahogaban los gritos de dolor, aquellas paredes colgadas de negro, las ventanas con vidrios de color y donde por intervalos un rayo de luna prestaba cierta apariencia de movimiento y de vida, todo, hasta el inmóvil grupo de aquellos cuatro hombres, sobre los que caía á plomo la luz de las lámparas sugerían á la imaginacion vagos terrores,

(1.) *Tres hombres en fondo negro con busto de gules: estos blasones que giran sobre el significado del nombre (Bluthaupt quiere decir cabeza sangrienta) forma una escepcion en las reglas comunes del blason. Estas son las armas de las grandes familias de Alemania.*

Cuando el viento gemia con mas violencia en las hendiduras de las altas ventanas, arrancando un sonido extraño á las arpas heolianas colocadas en las chimeneas de la schloss, ó cuando los mónstruos que adornaban las veletas lanzaban agudos chillidos, Hans y Gertraud temblaban como á la voz de un ser humano en la agonía.

Gertraud habia sido criada en la schloss. Hans era súbdito del conde de Ulrich y procedia del otro lado de Heidelberg.

Tenian los dos un lugar diferente entre la numerosa servidumbre de Gunther y sus servicios estaban reducidos solamente al cuidado de la condesa Margarita.

Despues de algunos minutos de silencio, volvieron á seguir su conversacion

—Yo era muy niña, cuando la bella condesa llegó al castillo, decia Gertraud. No estaba alegre como dicen que están las jóvenes desposadas... sus ojos tan dulces, estaban tristes y cuando pisó el suelo de este salon en que la vemos sufrir ahora, me pareció que corria por sus mejillas una lágrima.

—Pobre noble señora! dijo Hans Dorn con emocion.—Allí abajo en el castillo de Mothe cuán feliz era! su padre la amaba: sus tres hermanos la adoraban... y todos los hidal-

gos vecinos suspiraban por su amor.... pero se dice que este casamiento era indispensable para la prosperidad de la descendencia de Bluthaupt... bien se yo lo que hubiera sido necesario para la gloria de la casa; añadió mas bajo.

—Los tres jóvenes que llaman los bastardos hubieran sostenido como era necesario el nombre de su padre á quienes habia reconocido en su testamento como herederos legitimos; pero todo esto se ha compuesto de otro modo y muchos afirman que tambien ellos lo han querido asi... Ay! soy muy joven y sin embargo he visto el tiempo en que todo era felicidad en el hermoso castillo de Rothe: el noble Ulrich estaba en la fuerza de su edad, los tres señores mancebos no tenian igual entre todos los caballeros del pais, las dos jóvenes condesas Elena y Margarita tan buenas como bellas, parecian atraer sobre cuanto las rodeaba las bendiciones del cielo.

Ahora Ulrich ha muerto, el mismo hombre lleno de salud un dia antes era un cadáver al siguiente; dicen que tenia por enemigos gentes muy poderosas, cuyas injusticias combatia. Hacia parte de una grande asociacion cuyos miembros todos son hermanos; pero qué mano se ha levantado para vengarle?

Sus tres hijos no llevan ni el nombre de Bluthaupt, ni el nombre de Rothe. Son bastardos. He oído decir que también ellos están empeñados en una lucha desesperada... Quién sabe si tendrán algún asilo?...

Margarita es la mujer de un viejo, rodeado de ávidos aventureros!

«Solo la condesa Elena es feliz. Dios la libre de cualquier desgracia! Es la mujer de un noble francés á quien amaba desde su infancia. Aquel fué un enlace bien alegre y que en nada se pareció á el de que acañas de hablarme .. también yo era niño cuando presencié aquellas fiestas; pero aun se alegra mi corazón al recordarlo!»

—«Qué bellos eran los dos, y cuánto se amaban!»

Hans se detuvo bruscamente: acababan de llamar á la reja.

El viejo conde entreabrió los ojos y pronunció algunas palabras confusas.

—Heles ahí, dijo Van-Praet.

Zachoeus Nesmer, se levantó dirigiéndose á una de las ventanas para mirar afuera.

Hans y Gertraud ya habían mirado por entre las vidrieras.

La reja se abrió y dió paso á un ginete envuelto en una hopalanda; este caballero venia solo.

Zachoeus esperó á que se cerrára la reja y se volvió de nuevo con sus compañeros que le interrogaron con la vista.

—No es mas que Moses, dijo volviendo á sentarse.

Mira y el grueso holandés hicieron su gesto de disgusto.

—Siempre nuevas figuras de aventureros ó de traficantes! murmuró el page aproximando el taburete de la bella camarera al suyo. Semejantes gentes deberian rodear al gefe de la casa de Bluthaupt... Tan verdad como que os amo Gertraud, es que en este castillo pasa alguna cosa extraordinaria y terrible.

La pobre jóven padeció.

—Me dais miedo, Hans, dijo ella, y sin embargo estoy conforme con lo que decis.. No sé que mortal presentimiento me oprime el corazón: apenas ha empezado la noche y ya quisiera ver el dia!

—Si esta noche ha de ser la última para alguno de nosotros, replicó el page haciendo el signo de la cruz, que Dios le perdone.

Gertraud temblorosa y agitada se abrazó á él.

Hans rodeó con sus brazos el redondo talle de la jóven, y la estrechó contra su corazón.

—Dejadme, dijo ella: estos juegos cerca de un lecho de dolor son un pecado; mejor haríamos en rezar como buenos cristianos.

Ningun otro ruido sonó en el patio. El caballo del judío estaba en la cuadra, y Moses Geld fué introducido en el departamento de Zachoeus que era donde tenían sus reuniones los asociados.

Hans movido por el terror de la pobre Gertraud trataba de inspirarla confianza.

—Somos niños, dijo tratando de sonreirse, y nos dejamos dominar de terrores tontos, porque todo lo que nos rodea es triste, y que el viento de octubre gime fuera.. Mañana habrá en la cuna un bello niño, mi Trudchen, y el vino del Rhin se derrama en nuestras vasos para celebrar la bienvenida del heredero de Bluthaupt.

—Que el cielo os oiga! murmuró Gertraud.

—Esos hombres tienen malas curas, replicó Hans que señalaba con el dedo los tres compañeros de Gunther; pero no siempre es la cara el espejo del corazón y pueden ser muy buenas gentes... Estábais contándome lo que se dice en el país acerca del inesperado embarazo de la condesa. No quereis concluirme esta historia Trudchen?

Gertraud estuvo algunos momentos indecisa antes de responder; pero era mujer, y

el deseo de contar una historia misteriosa á quince años, es mas fuerte aun que el terror.

—Se han dicho muchas cosas, respondió ella, de las que no pocas no puedo comprender: pero escuchad Hans; voy á repetiros lo que he oido.

«Nuestro amo ha estado casado ya dos veces en su juventud. Sus dos mugeres han muerto sin darle hijos.

«Hace treinta años que la última yace en la tumba de mármol que hay antes del coro de la capilla de Bluthaupt.

En el castillo no hay mas que dos ó tres ancianos que se acuerden de haberla visto cuando eran jóvenes.

Durante treinta años el conde de Gunther no pensó en casarse de nuevo: vivia encerrado en su solitario scholss cuyo suelo no pisaba nunca ningun hidalgo vecino.

Su mismo hermano no venia á visitarle.

«Lo que voy á deciros es muy extraño; pero lo he oido decir tantas veces, que es menester creerlo.

—Hace tres años que Gunther no sabia nada de la familia de su hermano.

«En aquella época fué solamente cuando pareció despertarse de su olvido. Se informó y supo que la familia de Ulrich se componia de dos hijas legitimas y de tres gеме-

los que apenas habian salido de la infancia y que no tenian por madre una condesa de Bluthaupt.

«Sin duda habreis oido hablar del fuego que arde incesantemente en lo mas alto de la torre de la atalaya, en el ala derecha de castillo. Entonces, asi como ahora, era el retiro favorito del conde que se encerraba allí durante horas enteras. Nadie ha sabida nunca cual es su ocupacion en aquel sitio y Dios me perdone si cometo un pecado! pero las gentes del pais dicen que allí ha maleficios, y se tributan cultos infames á Satanás.

Hace ya mucho tiempo que ni una sola noche ha dejado de brillar esa luz en la parte superior del torreón: pero las noticias que acababa de saber el conde acerca de su familia le preocuparon de tal modo, que muchos dias se pasaron sin ir á visitar su retiro.

Se le oia jurar por Dios y por el diablo que el nombre de Bluthaupt no seria llevado jamás por unos bastardos. Envió un mensaje al conde de Ulrich y partió un espreso para la corte de Roma á fin de solicitar su dispensa. Poco tiempo despues vino al castillo la condesa Margarita.

La mayor parte de las gentes de Bluthaupt

dicen que es una locura esperar tener hijos en edad ya avanzada cuando no se han podido tener en la juventud.

Nada anunció durante dos meses que la joven condesa debiera ser madre.

«Gunther volvió á su misteriosa vida sin mas diferencia que la de no estar ya solo: los tres hombres que veis ahí se habian instalado en el castillo.

«Pronto se espereció la voz de que uno de ellos estaba en inteligencia con el espíritu maligno; llegaron hasta decir que el viejo conde de Gunther habia vendido su alma á Satanás por la promesa de un heredero varon de su nombre... ¿Lo creéis, Hans?

—No, respondió el page cuya fisonomía franca y resuelta espresaba una extrema curiosidad, creo en Dios, pero me parece que el diablo no tiene facultad de firmar contratos con los pecadores.

No era tan fuerte la imaginacion de Gertraud como todo esto: meneó su linda cabeza y dijo con tono solemne.

—Ótros mas viejos que nosotros lo creen y lo dicen. Ya sospecho que eso no sea así. ¿Pero qué pensais de los tres hombres colorados, Hans?...

—Los tres hombres colorados? replicó el page.

Gertraud estendió su torneada mano á una de las armaduras de hierro y señaló los tres bustos sangrientos figurados en el campo negro del escudo de Bluthaupt.

—Los tres hombres colorados que nuestros señores llevan en sus armaduras, después de millares de años, dijo con énfasis, los tres demonios que velan sobre los destinos de Bluthaupt... Hans, es posible que jamás hayais oído hablar de esto?

En efecto, respondió el page sonriéndose, creo acordarme... Se les ve llegar como un presagio: cuando se prepara un suceso importante... Llegan á los casamientos, á los nacimientos, á las muertes...

Hans le interrumpió para hacer un gesto de incredulidad.

—Veis, Trudehen, repuso, hay tantas leyendas sobre la casa de Bluthaupt... y tantas tradiciones supersticiosas... tantas mentiras!..

—Esto no es mentira, dijo Gertraud.

—Como! creéis en la existencia de hombres colorados?

—Es bien justo que lo crea, Hans..

—Por qué?

—Los he visto!

Gertraud pronunció estas palabras en voz baja, pero con una seguridad extraordinaria.

Hans vaciló entre un momento de risa y un movimiento de pavor.

Era del país, y si su decidida naturaleza se hallaba siempre propensa á luchar contra la supersticion, esta solia apoderarse de su ánimo y tomaba rudamente su revancha.

Aquella noche, despues de algunos momentos de lucha, la credulidad fué la que le inspiró aquel miedo: participaba á pesar suyo de la influencia de aquella atmósfera de lúgubre tristeza que presidia á las semitiieblas del antiguo salon. Un frio intenso se apoderó de sus miembros.

Su cara alegre é infantil, que habia estado á punto de sonreirse, se convirtió en seria é inquieta.

—Los habeis visto Gertraud? dijo bajando la voz él mismo involuntariamente.

—Yo los he visto, repitió la jóven.

—Cuando?

—Precisamente hoy hace nueve meses... era una noche parecida á esta.... Solo que hacia mas frio, porque estábamos en lo mas rigoroso del invierno y el viento del norte arrojaba contra las vidrieras grandes copos de nieve... La condesa Margarita estaba como hoy acostada en su cama... las bebidas del doctor Mira la habian indispuesto... co-

mo ahora, un golpe se hizo sonar en la reja.

“Un viagero entró; nadie le conocia entre las gentes del castillo; estaba cubierto con una capa negra. Su fisonomia era noble y fiera, y su rostro estaba casi cubierto por los largos bucles de su cabello.

“Cuando entró, Margarita lanzó un grito.. no pude comprender si era de dolor ó de alegría...

“El estrangero se sentó á cenar á la mesa de Gunther retirándose despues al departamento que le designó Zachoeus Nesmer.

“Hans, yo no he dicho jamas esto á nadie y no os lo diria á vos si no me hubiérais jurado ser mi marido; es el secreto de mi querida señóra por quien yo daria la vida y hasta quizas nuestro amor...”

Hans tomó sus manos y se las besó tiernamente.

—Soy feliz cuando leo en el fondo de vuestro corazon, Trudchen, respondió: amad á la condesa Margarita... amadla mas que á mi y antes que á mi!... es la hija del noble conde Ulrich mi buen señor; es la hermana de los tres desheredados que quisiera yo ver poderosos y ricos á costa de toda mi sangre!

—Ya los amo yo, dijo la jóven sonriendo solo porque vos lo amais; escuchad abo-

ra, amigo mio, pñs en lo que voy á decir: hay cosas que yo no comprendo y que vos comprendereis tal vez.

“Era cerca de media noche: yo dormia en el gabinete, cuya puerta está allí, detras de mi; el ruido de la tempestad me desvelaba.

“Muchas veces me habia parecido oir un ruido confuso en la alcoba de mi señora; creí que seria ella misma que se agitaba en su sueño y se revolvia en la cama.

“A la izquierda del cortinaje, puesto para impedir la entrada del aire; donde está Nuestra Señora, veis aquella puertecilla Hans?

Hans hizo una señal afirmativa.

Gertraud le señalaba con el dedo la puerta del oratorio: estaba pálida y su voz era temblorosa.

—Fué aquella una escena terrible, murmuró como hablando consigo mismo: aun cuando viviese cien años lo tendré todo tan presente...

—Aquella puerta, siguió, da al oratorio de la condesa que comunica por medio de una escalera desusada á un patio interior: aquel patio no era conocido de nadie.

Antes de aquel dia, ni la escalera ni el patio me eran conocidos.

«A pesar de aquellos ruidos confusos que yo oia en la alcoba de mi señora, empeza-

ba á dormirme, cuando un choque súbito me sacó de mi adormecimiento.

“El ruido no era lejos; y se parecía al de una puerta que se abre con violencia. Me lancé fuera de mi cama, y de un salto entré en el salón en que estamos ahora débilmente iluminado por una lámpara nocturna.

“Oid lo que vi.

“La condesa Margarita, pálida todavía á consecuencia de los sufrimientos del día, tenía vuelta su bella cabeza en la almohada, rodeada de sus rubios cabellos esparcidos: experimentaba el efecto de una bebida que yo la había dado la víspera, por orden del facultativo Mira: parecía dormir profundamente. Entre nosotras dos estaba el extranjero que había llegado al castillo por la noche. Nada tenía en la cabeza. Su capa negra estaba por el suelo cerca de él. Se apoyaba con su rodilla en el lecho de la condesa... Permanecía inmóvil como si le hubiera herido un rayo en aquella posición.

“Sus miradas se fijaban con una especie de estupor en la puertecilla del oratorio.

Mis ojos se clavaron en los suyos. Por mi vida, Hans, os aseguro que cuanto digo es verdad. Los tres hombres colorados estaban allí.

El page dirigió una mirada hácia aquella puerta misteriosa. Sus facciones que habían vuelto á tomar su aire ingénuo é inocente participaban de cierta desconfianza mezclada de un grande interés.

—“No era el estrangero el que me había despertado, sino la puerta que con tanta violencia abrieron los tres hombres colorados.

—Podriais reconocerles? qué señas recordais de ellos.

—Yo los veia entonces, como os veo á vos en este momento, respondió la jóven; no se turbó mi vista sino despues... á menos que la emocion de aquella hora terrible; me hubiera cegado sin saberlo yo, puedo asegurar ante Dios que habia allí tres hombres con largas capas encarnadas, y cuyas caras estaban ocultas por caretas encarnadas como el fuego del infierno.

—Esto es muy estraño, murmuró el page.

Gertraud prosiguió.

—Cada uno tenia en la mano una larga espada cuya hoja reflejaba los débiles resplandores de la lámpara.

“Todos tres tenian la misma altura y el mismo aspecto.

“Su inmovilidad duró unos segundos, pe-

ro segundos que me parecieron largos como una hora; yo permanecía en este mismo sitio como petrificada y sin poder moverme: la poca luz que daba la lámpara apenas se podía llegar hasta aquí: yo creo que no fui vista.

«Dos de los hombres colorados se movieron al mismo tiempo con dirección al interior de la alcoba, pero el tercero les detuvo con un gesto imperioso, tomó la espada de uno de ellos y dió algunos pasos hácia donde estaba el extranjero.

«Este abandonó por fin la postura en que le sorprendieron los tres hombres colorados, se rodeó la capa al brazo izquierdo y vino á colocarse en medio de la sala.

«El hombre colorado arrojó la capa detrás. ¡Mas como puede ser que Dios permita á los demonios que tomen las facciones de los ángeles!... era un hermoso jóven, cuya frente lancha y pensativa estaba rodeada de cabellos negros como el ébano. una sonrisa amarga vagaba en sus lábios, y sus ojos ardian de furor.

«Dió una espada al extranjero, y pronto se chocaron los aceros interrumpiendo el silencio que ni aun por palabras habia sido turbado.

«La condesa Margarita dormia siempre.

«Ví las curvas centelleantes que describían las espadas, y oía su choque que fué seguido de un agudo rechinar de dientes: el extranjero cayó de espaldas lanzando un gran grito.

«La condesa Margarita se despertó sobresaltada, y yo perdí el sentido.»

—Y no visteis nada más? preguntó Hans.

—No se cuánto tiempo duraría mi desmayo, continuó la joven: cuando volví en mí dos de los hombres colorados estaban sentados cerca de la cama de la condesa, que me pareció se sonreía con ellos.

«Pero todo esto era como un sueño: Tenía todavía una especie de velo que me cubría los ojos.

«El tercer hombre colorado estaba de rodillas en el sitio en que había sucedido el combate: frotaba el suelo con un extremo de su manto, y yo creo que limpiaba las manchas de sangre.

«Entre él y la condesa estaban las cortinas que la impedían ver lo que hacía.

«El cuerpo del extranjero había desaparecido. Cuando concluyó su tarea el tercer hombre colorado, fué á sentarse también en la parte superior de la cama de la condesa. Yo oía vagamente que hablaban entre sí los cuatro y en baja voz, con mucha dulzura y co-

mo personas que se aman...»

Hans hizo un gesto, como si un pensamiento repentino hubiese iluminado en el momento su imaginación.

Gertraud no lo advirtió.

«Ignoro lo que se decían, siguió: toda esta parte de mis recuerdos está confusa.. Solamente me acuerdo de aquel que había tomado la espada para dársela al extranjero, y que conservaba desnuda su cabeza todavía, sacó de su pecho un pergamino que rompió en mil pedazos después de haber besado la frente de Margarita.»

«Margarita lloraba..»

«Todo esto lo veía yo misma, y sin embargo solo me parecía una visión: yo me decía que aquello era un sueño lleno de terrores.»

«Mis desvelados párpados se cerraban de nuevo: cuando me desperté, la luz del día que empezaba ya, inundaba la sala. La condesa dormía con esa sonrisa y esa tranquilidad que la hacen asemejarse á los ángeles.»

«La alcoba tenía el mismo aspecto que la noche anterior; ya no había ni hombres colorados, ni estaba el viagero de la capa negra. Todas las puertas estaban cerradas.»

«Animada por la luz que había, é incapaz de resistir á mi inquieta curiosidad,

Abrió la puertecita por la que se debieron introducir los tres hombres colorados. Mi corazón latía con violencia, pues esperaba hallar tendido en el suelo el cadáver del extranjero.

«Pero nada había en el oratorio mas que el lindo misal de Margarita, abierto sobre su reclinatorio. Bajé la oscura escalera, y procuré hallar algún indicio en el patio que estaba cubierto de nieve.

«Pero nada no había ninguna huella.

«La jóven se detuvo, puso su mano contra su pecho como para contener los latidos.

—Pero el paso de los demonios, repuso en voz baja, ¿dejan huella alguna á su paso en este mundo?

«En aquel momento no razonaba así: me esforzaba en creer que era un sueño, y que mi turbación y mi debilidad eran efecto de una noche de fiebre.

«Volví á subir: en vano paseé mis miradas por toda la sala, examinando los objetos con mas atención.

«Nada; todas las sillas estaban en su lugar: y á pesar de mi cuidado en hallar uno solo de los mil pedazos en que el asesino había roto delante de mí aquel pergamino... nada.

«Es un sueño, es un sueño me decía todavía:

«Pero no; no era un sueño... Mirad!

La jóven señaló con el dedo el pavimento.

—«Mirad! repitió con voz temblorosa: el hombre colorado había tenido el cuidado de frotar con su capa el sitio en que cayó el asesinado... pero las señales de sangre humana no se borran jamás!»

Hans, que seguía con la vista el dedo de la jóven, vió en efecto en el entarimado una mancha negruzca que aun parecía húmeda....

CAPITULO V.

Hans y Gertraud.

EL conde Gunther concluyó por dormirse completamente. Su cabeza descansaba sobre su descarnada mano. Era triste ver las enjutas facciones del desgraciado anciano y oír su respirar anheloso.

Fácilmente se conocía la escasa vida de aquel cuerpo débil y gastado. Parecía que la muerte estaba suspendida sobre su frente amarillenta y desfallecida: sus enjutas megi-

llas bañadas con una tinta azulada, tenían el aspecto de un cadáver.

Zachoeus Nesmer, Van-Praet y el doctor, se aprovechaban de su sueño para dirigirse recíprocamente algunas palabras á media voz.

—Las siete y media! decía el administrador: bien pronto hará media hora que llegó el judío... Vendrán á hacernos compañía Yanos y Regnault?

—Si quisieren ir una vez donde yo les dijera, murmuró el grueso Van-Praet, yo les quitaría toda clase de cuidados!

El doctor Mira se contentó con aprobar lo que decía su compañero.

—Regnault es perro viejo, repuso Nesmer.

Apostaría algo á que le vemos llegar cuando ya no hay nada que hacer.

—Y el buen madgyar, añadió Van-Praet, no gusta mucho de empresas en que no se necesita la pistola ó el sable... además va á espirar el 31 de octubre, y esta es la noche de todos los Santos... Quien sabe si se habrán encontrado algunas almas detras de la Haelle?

Mira se encogió de espaldas y Zachoeus procuró disimular su espanto.

—En cuanto al honrado Mosés, dijo el doctor, está en su puesto, como siempre, el primero... pero...

Miró consecutivamente al holandés y al administrador y...

—Eh! eh! dijo con una especie de sonrisa que en otra ca a hubiera pasado por un gesto demasiado lúgubre.

—Eh! eh! repitió Zachoeus,

—Pench-cuch! silvó el grueso Van-Praet.

—Sin duda, sin duda, repuso el administrador que formuló finalmente su pensamiento; hace mucho tiempo que en aquel sitio nuestro espíritu está verdaderamente edificado. Los tres haríamos perfectamente nuestro negocio, y duplicaríamos las utilidades.

—Ventaja sobre ventaja, añadió el doctor: en vez de un sétimo, tendríamos un tercio.

—Justamente, replicó Nesmer.

—Justamente, apoyó Van-Praet.

Y los tres juntos exhalaban un profundo suspiro.

—Es el peligro de las malas compañías, dijo Zachoeus Nesmer, con un tono cándido y grave, que le daba el carácter del más honrado mercader alemán.

—Esta es la consecuencia de un primer mal paso, dijo Van-Praet.

—No estaríamos en ese caso, repuso Zachoeus muy seriamente, si nuestros padres nos hubiesen dejado á cada uno, mil ó dos mil florines de renta.

El doctor aprobaba aquellas filosóficas reflexiones: despues todos volvian sus cabezas hácia el péndulo y renegaban de la tardanza de sus asociados.

—Doctor, id á ver si el negocio avanza, dijo Van-Praet.

José Mira introdujo su cabeza pelada y disforme entre las cortinas de la alcoba.

Esta vez no se oyó ninguna que a.

El doctor volvió al cabo de algunos segundos.

—Nadie puede formar idea exacta, pronunció con aire de profesor, de los recursos que la naturaleza encuentra en si misma en estos momentos de crisis... dudo que tenga fuerza suficiente para soportar los dolores del parto.. su estado de postracion me parece satisfactorio, pero en último resultado, como he tenido el honor de deciroslo antes... no se puede saber precisamente...

—Hay medicamentos.. insinuó Zachoeus.

—E- necesario caminar en todo con pasos prudentes, replicó el doctor.

Tal dosis podria zanjar el asunto decoroso, al paso que otra podria dejar huellas deplorables!

—Pero en todo caso ¿cuando sucederá?

El doctor puso sus dos grandes pies en los morillos de la chimenea.

—Podria muy bien tardar muchos dias, y verificarse dentro de una hora... La ciencia no tiene respuestas exactas á cierta clase de preguntas.

—Y per otra parte añadió Van-Praet riéndose: quien sabe si los hijos del diablo estarán once meses en el seno de su madre?...

Hans y Gertraud estaban demasiado distante para oír una sola palabra de aquella conversacion.

Sumido Hans en una meditacion profunda hubiera podido decirse que su imaginacion iba mas allá de lo que habia dicho Gertraud, y encontraba en sus palabras un sentido misterioso, superior á las fuerzas de la inteligencia de la jóven.

—¿Habeis visto las caras de aquellos três hombres, Trudchen? preguntó al cabo de unos momentos de silencio

—No he visto mas que la de uno, respondió: las hermosas facciones de un jóven pensativo y dulce.

Hans reflexionó aun algunos segundos:

—¿Y al dia siguiente, qué sucedió en la Schloss? repuso vivamente.

Gertraud se detuvo como para recordar algo, y despues oyó:

—«Al dia siguiente se buscó por todas partes al huésped de Bluthaupt. todas las puer-

tas del castillo estaban cuidadosamente cerradas, y por lo tanto el extranjero había desaparecido.

«¿Por dónde había podido salir?

«Todo el mundo ignoraba los sucesos de aquella noche singular. La misma condesa, cuyo pesado sueño escitado por las bebidas del doctor, no fué interrumpido hasta la muerte del extranjero, preguntó muchas veces que era lo que había sucedido.

«Nadie acertó á describir aquella súbita é inesplicable desaparicion.

«Los servidores y vasallos de Bluthaupt empezaron á decir que era el diablo atraido al castillo por los conjuros del holandés Van-Pret.

«Un solo rumor se esparció en el país. Todos quedaron convencidos de que la Schloss era visitada por Sátanas.

«Y cuando se supo el embarazo de la condesa se contaron los dias, se calculó y se dijo que su hijo era hijo del diablo.

Habia en medio de todo un viejo halconero de Bluthaupt, que ya ha muerto, y que pretendia haber reconocido al extranjero la noche de su llegada. Decia que era un buen bidalgo de las cercanias del castillo de Rothe. El baron Stephan de Rodach, que habia pedido en otra ocasion la mano de Margarita, y abandonando las cercanias de Hesselberg,

despues del casamiento de nuestra jóven señora.....

—En efecto, dijo el page frunciendo las cejas he visto frecuentemente á ese baron de Rodach en el castillo de Ulrich... y hace mucho tiempo que pasa por muerto en el pais...

—Pero nadie quiso creer al viejo halconero, repuso Gertraud. Hace nueve meses que las gentes de Bluthaupt no hablan de otra cosa; y si se han guardado de vos, Hans, es porque habeis venido del castillo de Rothe, y han adivinado vuestra adhesion hácia la hija de vuestro antiguo señor.

—Luego no la quieren? preguntó el page.

—Como no quererla? preguntó Gertraud. Es tan buena y caritativa! Tiene tanta gracia su dulce sonrisa, y sabe con sus palabras consolar tambien los corazones que sufren!.. Todos la aman, todos lloran su juventud sacrificada... pero desde aquella noche hay á su alrededor un círculo misterioso... sus mismos beneficios llevan el terror á las pobres cabañas; no se atreven á tocar sus dádivas, y el oro de sus limosnas no impide que el desgraciado muera de hambre...

«Se sabe que es inocente, piadosa y pura,

pero hay un lazo fatal entre ella y el enfermo...

«Hace poco que hablábais de las antiguas leyendas y de las numerosas predicciones que hay sobre la casa de nuestros señores. Una segun dice, anuncia en los mismos términos la venida del hijo del Diablo, y que la ruina de la raza de Bluthaupt, está ligada al nacimiento de ese niño.

¡Cuántas aterradoras palabras no han pronunciado delante de mi, los ancianos de la montaña, con este motivo! Dicen que al primer grito de ese hijo del demonio, todo habrá concluido.

«La luz de la atalaya se extinguirá en el momento en que la condesa sea madre, y esto para no reaparecer jamás.

«Nadie ignora desde las murallas de la Schloos hasta el fondo del valle, que esa luz es el alma del viejo conde de Gunther, quien hace mucho tiempo vendió su alma al demonio...

Las cortinas de la cama se agitaron en aquel momento á las convulsiones de la enferma que se despertaba en medio de los mas atroces dolores.

Su quejido inarticulado fué sustituido por gritos desgarradores.

Gunther levantó la cabeza y abrió sus

ojos atontados. Qué es eso? murmuró.

—La noble condesa Margarita... empezó el doctor.

—Ha gritado! dijo el anciano, cuya triste fisonomía se alegró de repente, oh! oh! escuchad como grita!... Dicen que solo los hijos varones hacen su fin de ese modo!

El doctor se inclinó en señal de afirmación.

—Grita, Margarita, grita, ¡querida mía! repuso el viejo con una sonrisa idiota: te daré vestidos de gasa bordados de oro: quiero ver en tu hermosa frente una diadema de perlas, y en tu pecho un aderezo de diamantes mas rico que el de las reinas. No voy á ser mas rico que un rey!...

Van-Praet fué el que se inclinó esta vez Gunther miró el péndulo.

—Una hora ha pasado! dijo con alegría. El martillo del reloj va á sonar: el niño se agita en el seno de su madre. Oh! noche feliz, noche feliz para la casa de Bluthaupt!

Margarita padecía angustias convulsivas, sus gritos eran cada vez mas lastimosos... El viejo escucha con estrema atención, y los saboreaba como si fuese una música deliciosa.

Los tres compañeros permanecían inmóviles y frios.

El page y la jóven callaban: cada una de las quejas de Margarita penetraba en sus corazones.

—Gertraud! dijo en aquel momento Margarita que creía morirse. Socorrerme! socórreme.

A estas voces Gertraud dió un salto y se lanzó hácia la cama.

Pero el doctor la previno y se interpuso entre la jóven y la enferma.

Gertraud; decia la pobre Margarita, tambien tú me abandonas?

A pesar del portugues, la pobre niña hizo un esfuerzo para pasar. Sus ojos se llenaron de lágrimas, de compasion y de cólera.

—Retiraos hija mia, dijo el grave José Mira, con el tono mas solemne que pudo emplear.

—Pero mi señora me llama, quiso replicar Gertraud.

El doctor la rechazó y se dirigió hácia el conde.

Esa niña, por su tonta perstinacia, dijo, aumenta los peligros en este momento de crisis.

Tan furioso se puso el anciano, que sus pálidas megillas se sonrosaron.

—Retiraos miserable muchacha, exclamó amenazándole con el puño: osais resistiros á

mi doctor! mi doctor es el amo, ois, y todo el mundo tiene que obedecerle aquí.

—Gertraud, Gertraud murmuró Margarita cuya voz se debilitaba por momentos.

—Gertraud sollozando ocultó su rostro entre las manos.

—No llameis mas á Gertrud, señora, dijo el conde con un aire entre imperioso y tierno; sed razonable! yo os lo ruego, habeis oido al doctor.. mi mejor amigo!...

El nombre de Gertraud salió otra vez de la alcoba como un eco espirante.

—Todavía! exclamó Gunther dando una patada; perdonadla doctor, es muy jóven.. Vamos, Grethchen, descansad querida mia, y obedeced á vuestro buen esposo. Esa Gertraud se ha marchado.. se ha muerto.., qué se yo? Si quisiéseis no volver á llamarla os daria una sortija de rubies de diez mil florines, señora condesa.

La crisis habia pasado, las cortinas del lecho no se agitaban ya, y Margarita guardaba silencio.

El anciano se frotaba las manos con una sonrisa inocente!

—Estais contento, doctor? dijo.

—Una palabra de nuestro buen señor, respondió el portugués, calma hasta el dolor mismo.

—Hago de Grethchen todo lo que quiero, repuso el viejo.. me ama tanto! pero en recompensa doctor, es menester darme unas gotas de la bebida.

Mira, consultó el péndulo.

—Es una satisfaccion para mi poder complacer al señor conde: ya ha pasado la media hora.

Puso en el cubilete de oro la cantidad acostumbrada, que el conde bebió con avidéz.

—Gracias, dijo, Dios os recompensará.

—Gertraud triste y desesperada acababa de volver á tomar asiento al lado del page, que habia seguido mudo de asombro los movimientos del doctor.

La cara de Hans espresaba una dudosa inquietud.

—Es la primera vez que se os impide acercaros á vuestra señora? preguntó.

—Es la segunda. Hacia el anochecer la condesa pronunció mi nombre y cuando fuí á ver que queria, ese hombre se puso tambien delante de mí.

—Sabeis cuál motivo?

—Si, respondió Gertraud: esta mañana vió que la condesa me daba una carta y una llave.. en el momento en que salia de la alcoba quiso perseguirme.. pero yo corro mejor que él.

—Qué encargo era ese? preguntó de nuevo Hans.

—No sé leer mas que en mi devocionario, replicó Gertraud sonrojándose. La condesa me ha dado la llave con la carta y me ha encargado que se lo diera todo á Klaus el cazador, quien como sabeis es un antiguo vasallo de Ulrich: klaus montó en el acto á caballo y todavía no ha vuelto.

Hans apoyó la cabeza en la mano con aire pensativo.

—Una carta!..murmuró..y una llave!

—He hecho mal en deciros esto Hans, porque la condesa me encomendó el secreto.

—Los secretos de nuestra señora están seguros en el fondo de mi corazon, replicó el page, cuya juvenil y leal fisonomía tomó por un momento la espresion del entusiasmo: sus enemigos, si los tiene, podrian matarme..pero arrancar-me una palabra jamás!

Gertraud tomó una mano y la estrechó entre las suyas.

—Sois bueno, dijo, y os amo.

Los dos jóvenes permanecieron callados durante algunos minutos, mutuamente estrechados entre sus brazos.

Gertraud estaba entregada al temor que aun no se habia disipado del todo, Hans reflexionaba. Nadie hablaba en el salon. En vez

de aquellos fulgores repentinos de la luna que se introducían á veces por cristales, había una luz blanquecina y uniforme.

Hans miró á los tres hombres sentados cerca del conde, que en aquel momento estaba adormecido.

—Cuando mas reflexionó, decia, mas terribles me parecen estos misterios.

Gertraud que le escuchaba, se ponía pálida.

—Qué es lo que teneis, Hans? dijo.

—No sé: replicó el page: mirad como el conde de Gunther se asemeja, á un hombre que va á morir.

Gertraud le miró y no pudo menos de temblar.

—Es verdad, dijo entre dientes.

El conde en la agonía, repuso Hans; la condesa en manos de ese maldito médico!.. Hay hombres tan malos como los demonios Gertraud, y tal vez se realice lo que temen los vasallos de Bluthaupt, sin que en ello tenga parte el infierno.

—Qué quereis decir? balbuceó la jóven atemorizada.

Hans meneó la cabeza sin responder nada.

Al cabo de algunos segundos de silencio; se serenó la jóven: una idea consoladora acababa de cruzar por su imaginación.

—Hans, dijo con la mayor sencillez é ingenuidad; espero que os equivoqueis.

—Dios lo quiera murmuró el page.

Si hubiera de suceder alguna desgracia, repuso Gertraud, bajando los ojos, habrían venido los tres hombres colorados.

A pesar de su dolor, Hans se sonrió al oír aquellas palabras.

—Quien sabe si no podrán venir.

Al mismo tiempo se levantó como si hubiera querido sacudir el peso de la inquietud que le atormentaba, y acercándose á la ventana, dirigió por los cristales una roja mirada.

Lanzó un pequeño grito de sorpresa que hizo á Gertraud aproximarse.

El inmenso patio del castillo estaba cubierto de nieve.

Gertraud cogió con violencia el brazo de Hans.

Así estaba el patio, murmuró con voz apagada, la noche en que ví á los hombres colorados.

—Tontilla! dijo Hans, que queria sonreirse todavia.

Pero en aquel momento, se estremeció á su pesar, al mismo tiempo que Gertraud temblaba de miedo.

Acababan de llamar violentamente reja.

CAPITULO VI.

La cena.



XANS y Gertraud se habian atemorizado demasiado y habian considerado la noche de Todos los Santos con harto terror. Los que acababan de llamar á la reja del castillo de Bluthaupt no eran los tres hombres colorados. Eran el caballero de Regnault y Yanos Georgy el madgyar.

Mientras un palafrenero conducia sus caballos á la cuadra, subieron las anchas gradas ya desunidas, por entre las que salian infinidad de yerbas. Entraron en el vestibulo, y despues en la sala de armas, antiguo cuerpo de guardia abovedado y sostenido por pilares macizos, cuyos capiteles cuadrados tenian en sus cuatro esquinas caras amenazadoras: eran horribles genios agachados, con sus grandes orejas levantadas, y cuyos horribles ojos sin pupila parecian mirar á los que pasaban.

Nadie habia en aquella sala.
La que seguia, y cuyas esculturas proba-

ban que habia servido de tribunal, estaba llena de criados de todos sexos y edades, agrupados al rededor de una enorme estufa.

Bluthaupt tenia casas tan grandes como una ciudad, pero el tiempo habia hecho muchos estragos en aquellas dependencias, que sin duda eran de menos fuerte construccion que el edificio principal. La apatía del conde de Gunther, que prestaba toda su atencion á quimeras imposibles, habia dejado á los criados que invadiesen el castillo; y en verdad era este tal, que podian muy bien los criados encontrar un sitio, sin que lo advirtiesen los señores que estaban confinados en una de sus salas.

El administrador Zachoeus no habia creído conveniente poner coto á aquella audaz invasion de hombres asalariados; esceso de que la Alemania entera no podria presentar un ejemplo desde la época del gran Barbe-rousse, hasta nuestros dias.

Alemania es en efecto la tierra clásica de la etiqueta. Cada individuo, cada objeto tiene su lugar destinado y de que no puede cambiar.

Pero Zachoeus tenia interés en contemplar á todos: si los servidores de Bluthaupt no le querian mucho, al menos no podian acusarle de tirano; pues desde que entraban en

el castillo se mostraba con ellos amable y complaciente hasta el extremo.

La antigua sala de justicia destinada ahora á los criados, no estaba tan mal como parecia á primer golpe de vista: no habia muchos hidalgos al servicio de Bluthaupt, pero aun habia personajes de mucha importancia. Blasius, el hostelero recibia cien florines mensuales por sus recomendables conocimientos. Mad. Desideria, ama de llaves, tampoco le cedia; ambos tenian poltronas forradas de cuero que les hacian asemejarse á soberanos rodeados de su corte.

A su lado se sentaban las directoras de la costura y del lavado; despues estaba el halconero Gottlieb que era en toda la estension de la palabra un hombre desocupado, el sillero Arnold, Leo el armero, los palafreneros y los que cuidaban de los perros en último término; los cazadores limpiaban sus armas hablando familiarmente con la linda turba de criadas que no habian todavia llegado á la altura de Mad. Desideria.

Regnault y el madgyar atravesaron por aquella imponente asamblea para llegar al departamento de Zachoeus Nesmer, donde ya les esperaba el judio Moses Geld.

Pasaron por una larga continuacion de salas que parecian abandonadas y cuyas ven-

tanos estaban sin vidriera alguna. Por estas ventanas se podia medir la vasta estension de las casas y fortalezas adyacentes: hasta se podia admirar la elegante capilla, resto precioso del siglo XII, obra de aquella edad paciente que vió á Erwin de Esteinbach levantar la catedral de Strasbourg y que demasiado modesto, ó demasiado indolente, no dejó mas que una gloria anónima á los maravillosos arquitectos de Colonia.

Zachoeus Nesmer habia establecido su habitacion en la parte mas oriental del castillo: un largo espacio de salas arregladas para su uso esclusivo y restauradas á su modo, separaban su morada de la parte habitada de la schloss.

Los antiguos cerrojos de las puertas y las enmohecidas cerraduras fueron reemplazadas por otras nuevas.

Maitre Zachoeus habia hecho de su departamento una especie de pequeña fortaleza.

Van-Praet y José Mira el doctor, habitaban al contrario la otra estremidad del castillo: sujetos tan útiles no podian menos de estar cerca de su señor.

El paso de Regnault y del madgyar produjo un momento de rumor en la antigua

sala de justicia: mayordomos, coperos, escuderos y cazadores les siguieron con una mirada de curiosidad, mientras que las criadas se dirigían mutuamente á media voz sus observaciones.

—Es un gracioso caballero ese hidalgo frances, dijo Mad. Desideria.

—Creo que no se le puede comparar con el noble húngaro que le acompaña, replicó Ludchen, muger del correo Fritz.

Lieschen, Luischen, Franzchen, Lottchen Katchen y Roschen se pusieron de una ú otra parte de estas opiniones.

—Sean hermosos ó feos, dijo el escudero Johann. no me gusta verlos venir.

—Son como las aves de rapiña añadió Herman el labrador: cada vez que vienen es para mí como el anuncio de una calamidad próxima.

Las mugeres se encogieron de hombros.

—Siempre se han observado en el noble castillo de Bluthaupt las leyes de la hospitalidad, dijo gravemente el hostelero. Herman, habla de los huéspedes de nuestro señor con mas respeto.

—No son los huéspedes del conde de Garther, murmuró entre dientes el labrador; sino los del administrador Zachoerus y de ese maldito holandés que concluirá por alojar aquí hasta al demonio!

Mad. Desideria hizo la señal de la cruz, acción que fué imitada por todas las muchachas ..

Todos se entregaron á pensamientos supersticiosos, sustituyendo al ruido que habia antes en la sala de justicia el silencio mas profundo.

Efectivamente; allí lo mismo que en la alcoba de la condesa, los terrores de aquella noche fatal, en que se debiera cumplir el destino de la casa de Bluthaupt, habian sido el objeto á la caída de la tarde de todas las conversaciones.

—Si hay luz todavía en la atalaya, dijo uno de los palafreneros que acababa de cumplir su tarea fuera, no podrá salir de su apuro nuestra señora.

El correo Fritz de vuelta de su viaje á Francfort abrió en aquel momento la puerta de la sala: á pesar de venir calado de agua no quiso acercarse á la estufa. Su cara estaba mas pálida que la nieve de que venia cubierta su librea.

Fué á sentarse en un rincon de la sala sin querer responder á las preguntas de su muger que se colgaba de su cuello.

Su mirada era fija y no parecia sino que una vision se le aparecia.

—Si la luz que brilla allá arriba es el

alma de Bluthaupt dijo en baja voz Mad, Desideria, no permita Dios que se apague.

—Dios no interviene en nada de eso! dijo el labrador.

—Ah! fué la exclamacion de todas las jóvenes: percitimos muy buenos sueldos y no hacemos nada: pero mejor quisiéramos comer pan negro que estar siempre temiendo á Satanás.

—Paciencia, amigas mias, repuso Johann el escudero: no teneis que temblar mucho tiempo: cuando haya nacido el hijo del diablo no habreis de que temer, pues el castillo se desplomará sobre nosotros, y las piedras no son pequeñas.

Todos se quedaron frios y los pálidos lábios de maitre Blassius no pudieron decir una sola palabra contra el escudero.

Aun duraba el silencio que produjo aquella amenaza cuando entró en la sala Zachoeus seguido de Van-fraet.

La presencia del holandés, cuya ancha cara nunca dejaba de sonreír, causaba siempre á las gentes de Bluthaupt un sentimiento incomparable de terror. El era el que entretenia el fuego en la cornisa del torreón diabólico, él era quien servia de mediador entre el viejo conde y el infierno.

Su aparición en aquel momento llevó al es-

tremo el terror de aquella reunion: aun cuando nada tenia de infernal su aspecto, todas las mujeres se tapaban el rostro por no verle, y Mad. Desideria volvió á empezar á hacer sus señales de la cruz.

Los hombres se contentaron con dirigir sombrías miradas, tan llenas de ódio como de miedo.

—Maitre Blassius, dijo Zachoeus al principal criado de Bluthaupt: vais á servir la cena de nuestro buen señor en la alcoba de la condesa... en cuanto á la mia, llevadla cuanto antes á mi departamento.

Blassius se inclinó.

—Vamos, hijos míos, dijo Zachoeus, procurando revestir su impasible fisonomía con la espresion de un cordial contento. He aqui una buena noche.

—Una buena noche, hijos míos, añadió Van-Praet.

Todos seguian silenciosos y tristes.

Fritz permanecia en su rincon: tenia delante de su vista la escena de la Haelle: aun resonaba en su oido aquel grito de agonía.

—Una buena noche!... decia tiritando á causa de la calentura fria que se habia apoderado de él.

—Nuestro señor, prosiguió Zachoeus, quie-

ra que os regocijeis como buenos servidores por la venida de su noble heredero.... poned la mesa, hijos míos, y que cada uno tenga á su lado un cantarito de nuestro mejor vino del Bluñ.

El hostelero hizo una señal: dos ó tres criados se levantaron para ponerle la mesa; el copero, seguido de sus compañeros, bajó á la bodega; unos minutos despues los servidores de Bluthaupt estaban colocados al rededor de una gran mesa, cada uno con un cantarito de vino cubierto de espuma.

Mientras tanto, los pinches iban conduciendo la cena del viejo conde y de su administrador.

La cena de Gunther era lo mas frugal posible, y se hubiera podido decir que era la comida de un anacoreta.

La cena de Zachoeus era abundante y hasta suntuosa: el humo que despedia las viandas dejaba olores agradables: el grueso Van-Pract aspiraba cuanto podia para gozar ya de antemano.

=A la hora feliz, hijos míos! exclamó el administrador; ahora llenad vuestras copas, y bebed á nombre de vuestro futuro señor.

Llenáronse las copas, pero ninguno hizo mas que el ademan de beber.

—Por la hora feliz, por la hora feliz! repitió Zachoeus.

—Ahora nada nos impide ya que vayamos á cenar, dijo Van-Praet cogiéndole por el brazo.

Zachoeus le siguió despues de haber saludado á los criados con la cabeza, pero con toda la apariencia de un afecto paternal.

Apenas habia salido, cuando abrieron una ventana, por la que arrojaron al patio todo el vino.

Nadie, incluso el grave hostelero, quiso beber á la salud del hijo del diablo.

Cuando los súbditos y los criados de Bluthaupt volvieron á ocupar sus asientos, todos guardaron el silencio mas triste, aunque habia sobre la mesa vino para hacer cantar y veir á un batallon de Getmanos. Gottlieb, el alegre halconero Arnold, Leo y los mas jóvenes habian llenado sus platos: pero bien pronto participaron de la tristeza general, y abandonaron las viandas como si estuviesen envenenadas...

Los pinches volvian con las manos vacias cuando salian del cuarto de la condesa y de Zachoeus.

—Qué hacen allá arriba? preguntó Johann.

—El conde duerme, dijo uno de los muchachos la condesa Margarita se queja.

—En el cuarto del administrador, dijo otro, los estraños cantan y rien á mas no poder.

—Cuando los cristianos están amenazados de alguna desgracia, murmuró el labrador Hermann, los condenados se alegran.

Solo faltaba en esta fiesta el doctor José Mira; que por su cargo debia permanecer al lado de la condesa.

Los otro cinco asociados estaban sentados al rededor de una mesa espléndidamente servida, en cada uno de cuyos extremos habia altas columnas de platos: en el suelo se veia una coleccion de cántaros y botellas llenos de vino; era evidente que querian pasar la noche del mejor modo posible. Zachoeus Nesmer se levantó y cerró todas las puertas de los cuartos inmediatos

—Aqui tenemos una completa libertad, dijo sonriéndose; haced lo mismo que si estuviéseis á cien leguas de Bluthaupt.

—Pues bebamos, dijo Regnault.

Tanto lisongeo al holandés esta invitacion, que no pudo menos de darle la mano.

El anfitrión Nesmer se hallaba sentado entre Moses Geld y Regnault; al otro lado de la mesa estaba tambien Van-Praet, que era de la casa, y el madgyar Yanos.

—Queridos míos, dijo Regnault despues de la sopa, todo me parece que marcha ad-

mirablemente... sin el inesperado embarazo de la condesa que tanto nos ha dado que temer, hubiéramos podido esperar muchos años... mientras que ahora, estamos en el caso de concluir.

—Caballero, replicó Van-Praet *hablais de oro*, y sois el joven mas amable que conozco; pero temiamos que faltárais hoy.

—Vamos pues, dijo Regnault, acariciando sus cabellos... vuestros mercaderes de Francfort Sur-le-Mein, no tienen tantos atractivos que puedan impedir á un hombre galante la asistencia á sus negocios: me he detenido en el camino, añadió con aquel acento de triunfante fatuidad que le era natural, por una pequeña aventura bastante desagradable... un pobre diablo que ha buscado camorra... ya sabeis que está uno espuesto á eso

Sin embargo de hallarse Regnault un poco pálido, se sonreia.

—Le habreis muerto: ¿y Mr. Yanos seria vuestro testigo? preguntó Van-Praet.

—No, respondió secamente el *mádyar*.

—No, repitió Regnault; Mr. Yanos no tenia nada que ver con esto... pienso contaros el lance entre nosotros... ¿pero en dónde estamos? dadnos esplicaciones si quereis, *maese Zachoeus*.

—El señor conde está bien distante, repuso el administrador, bebiendo un vaso de vino del Rhin: poco á poco... preguntad á meinher Van-Praet... el doctor le ha sabido conducir perfectamente estos dias... creo que el famoso breverage de la vida ha surtido un efecto magnifico.

—Si, añadió Van-Praet sonriéndose: pero entretanto la retorta sigue en el fuego en la atalaya..., la grande obra va á consumarse... y mucho será que el diablo de Gunther no pueda cambiar antes de morir en buen oro todo el plomo de los terrados de Bluthaupt.

El judío Mosés miró timidamente á Van-Praet como si dudára tomar sus palabras como una chanza.

—Por tanto yo soy, mis queridos amigos dijo el grueso holandés con cierto aire de orgullo, ¡quien os ha proporcionado los medios de concluir este excelente negocio!

—¿Y yo? exclamó Zachoeus.

—¿Y yo? dijo en tono mas bajo el humilde Zachoeus que bebia grandes vasos de vino.

—No quiero quitaros á ninguno vuestro mérito, prosiguió el ho'andés; pero quien nos ha abierto las puertas del castillo habeis, sido vos Zachoeus: propongo que se beba á vuestra salud.

En efecto: todos bebieron á la salud del administrador.

Van-Praet continuó.

—Vos habeis sido, digno Mosés Geld quien nos ha suministrado los diez ó doce mil florines, necesarios para la conclusion de la venta... bebo pues un vaso á vuestra salud.

Tam-tien se bebió á la salud del judío.

—Pero yo soy, repuso Van-Praet, quien ha inventado esas ingeniosas compensaciones, por cuyo medio los diez ó doce mil florines de Geld han bastado para pagar millares de francos: hubiérais tenido que vaciar los cajones de vuestra arca, maese Zachoeus; hubiéseis tenido que prestar á doscientos por ciento de interés, digno Mosés; jamás se hubiera podido pagar puntualmente; para eso han sido necesarios mis alambiques, mis retortas mis sábias formulas, y todo el aparato de la grande obra.

Sois un escamoteador muy notable, Van-Praet interrumpió Regnaut; ¿Quien pretende lo contrario?

—Los ducados de Mosés, continuó el holandés, los ahorros de Zachoeus y los adelantos de Bluthaupt todo esto pasaba por mis manos, y pagaba lo restante de la renta...

—Propongo beber dos veces á mi salud!
Todos lo aceptaron unánimemente.

—En suma, dijo el magdyar, ¿cuanto nos tocará á cada uno?

—En un bolsillo tengo, dijo el administrador, el estado detallado de los bienes de Bluthaupt y de Rothe, que ha servido de base para el contrato de la venta. He hecho diez porciones tan iguales como me ha sido posible... las sacaremos por suerte.

Enseñadnos ese estado, dijo Regnault.

Zachoeus sacó de su bolsillo un pergamino, y lo estendió sobre la mesa. Los cinco covidados se levantaron al mismo tiempo y miraron con avidéz aquel escrito cuyos renglones, estrechos y de una letra muy medida, era difícil descifrar al primer golpe de vista.

El magdyar fué el que se sentó primero.

—Nada comprendo de ese galimatías exclamó: pero pobre del que quisiera mejorar su parte á costa de la mia!

El doctor Mira y Van-Praet, á pesar de su apariencia bondadosa, eran los únicos de los miembros de la sociedad que se atrevían algunas veces á sostenerse contra el terrible magdyar.

—Se procurará, caballero Georgy poner las cosas al alcance de vuestra ignorancia. Doblad vuestro pergamino, maese Zachoeus, y bebamos como honrados compañeros.

Regnault no habia tomado parte alguna en aquel debate: desde que empezó la cena bebía con una sed inestinguible, y comía con excelente apetito.

La sangrienta escena en que le hemos visto poco antes, y en que tan execrable papel habia desempeñado, parecia no haber influido nada en su humor.

Era una de aquellas almas que solo dan cabida al miedo sin conocer nunca los remordimientos: no tenia ni el mas leve átomo de sensibilidad: su corazon era invulnerable, por casualidad unia á aquella naturaleza odiosamente corrompida, una imaginacion capaz de cálculo; pero venátil en la apariencia, escéptica, comun, ordinaria, se presentaba siempre con la alegría burlesca que constituye el tipo de los dandus del mal tono.

Se le hubiera podido tomar por un cualquiera, capaz, cuando mas de algunas farsa grosera ó de alguna sedicion apócrifa.

Su apariencia pérfida era menos peligrosa quizás que una máscara de bondad, pues esos jóvenes adocenados que están reducidos á contar sus mismas hazañas, son las gentes menos temibles del mundo.

En la escala social ocupan el mismo rango que los estudiantillos fanfarrones de vicios, que se desgañitan por parecer malos; y los

infelices provincianos condenados á la teneduría de libros por partida doble para toda su vida, por haber querido entretener bailarinas, con sus mil quinientas libras de renta.

Todos se reían de esas gentes sin temerlas: sería elevarlas demasiado suponerlas capaces de un crimen.

Regnault habia usado ya muchas veces su máscara y aun debia usarla.

Ocupaba entre sus consocios un lugar equívoco: nadie contaba con él: pero sabia entremeterse sin que lo llamarán.

¿Y nuestra querida condesita? ¿No ha podido el doctor saber algo de su interesante enfermedad? dijo Regnault.

—No se destruyen tan fácilmente las obras de Satanás, Mr. de Regnault, repuso Van-Praet con énfasis, el doctor ha perdido allí su latin, el niño vendrá; yo salgo garante.

—Y que se ha lecidido sobre esto?

—Nuestro parecer, respondió Zachoeus, hablo por meiner Van-Praet el doctor y por mí, es que si la condesa Margarita da á luz una niña, dejemos que las cosas sigan su curso natural. La venida de un niño del sexo femenino no anula la venta: segun los términos del contrato será dilacion de algunos dias ó cuando mas de algunas semanas: de todos modos, el conde de Gunther y su noble es-

posa no pueden ir mucho mas allá por ahora.

El madgyar dejó su tenedor y seguia las palabras del administrador con singular interés.

Los otros convidados habian aprobado aquel parecer con un gesto, menos Mosés Geld que guardaba siempre el mismo silencio y ponía todo su cuidado en los manjares de su plato.

—¿Y si es varon? preguntó aun Regnault?

Zachaeus reflexionó algunos momentos antes de responder como si rebuscase las palabras.

—No somos colegiales, dijo por fin: y si nos hemos asociado debe ser sin duda con algun objeto.

—Seguramente, opinó Van-Praet.

—La venida de un baron, dijo Zachaeus, no tan solo nos pondria fuera del derecho que nos asiste como compradores, sino que ademas nos haria perder todas las sumas rendidas hasta hoy.

Lo que nos reduciria á mendigar, repuso Mosés Geld á mí y á mis pobres hijos!

—Es manifiesto, dijo Regnault con el tono mas serio de que pudo revestir sus palabras, que no podemos dejar que pese esta terrible eventualidad sobre la jóven familia de nuestro amigo Mosés.

—En su consecuencia, repuso Van-Praet, Zachocus, el doctor y yo, somos de parecer de que es necesario emplear grandes recursos.

—Me adhiero á ese parecer, dijo Regnault.

—En cuanto á mí, murmuró el judío, los ojos bajos y poco firme la voz. Dios es testigo de que soy hombre pacífico: sois mas sabios que yo; así es que no creo oportunos mis consejos.

Aun no habia dicho nada el madgyar.

—Meiner Van-Praet, á qué llamais vos grandes recursos? preguntó.

—Mr. Georgy, respondió el holandés, estas esplicaciones son impertinentes, y hasta creo que ociosas: os repito otra vez que no somos colegiales.

Yanos dudó un momento y dijo brusca-mente frunciendo sus espesas cejas.

—En pocas palabras, señores, ¿á quien vais á matar esta noche?

El judío juntó sus dos manos; separó su plato vacío, y elevó sus ojillos grises diciendo:

—Señor! señor!

—Mr. Yanos, dijo Regnault, se espresa de cierto modo que da á sus frases un aspecto feroz. Ved ya al buen Moses que no tiene ga-

na, y nuestra cena va á concluir melancólicamente. Qué diablo! Todos nos comprendemos, y las esplicaciones de meiner Van-Praet me parecen muy satisfactorias.

—Pues á mí no me satisfacen, replicó el magyar, y preguntó por la segunda vez ¿á quién se va á matar esta noche? Zachoeus y Van-Praet guardaron silencio.

—Por Dios! exclamó Regnault con violencia: esto salta á los ojos...á Gunther de Bluthaupt su muger y su hijo.

Yanos hizo un gesto de disgusto.

—Un viejo, dijo una muger y un niño!..

Bebió un vaso de vino como si no hubiera querido hablar mas; Zachoeus y Van-Praet se encogieron de hombros.

—Caballero Yanos, quien quiere el fin ha de querer los medios! repuso el administrador.

El magyar volvió á llenar su vaso y bebió otra vez: subíasele el color al rostro, y sus ojos brillaban con un fuego extraordinario.

—Una muger! repuso, conteniendo su voz próesima á estallar; una muger jóven, bella y santa, cuyo amor no podría pagarse con todo el oro del mundo!... una muger que duerme en un lecho de dolor y á quien no defenderá nadie en el terrible momento del asesinato!...

—Es bien fastidioso! dijo Regnault á media voz: pero esto pasa así... comunmente cuando empieza á surtir en él sus efectos el licor se vuelve dramático... pero felizmente cuando está completamente ébrio es un pillastre sin vergüenza.

—Por el nombre de mi padre! repuso el madgyar acalorándose: yo no sé asesinar ni las mugeres, ni los niños... es verdad que quiero ser rico porque soy jóven, noble y buen mozo.. y porque solo me falta oro para parecer un principe.

—Pues bien, Mr. Yanos, dijo Van-Praet tendreis oro...

—La imágen de una muger en la agonía, al lado de su hijo asesinado en la cuna, debe de ser una imágen aterradora, repuso el madgyar, cuyo vaso se llenaba y quedaba vacío, alternativamente, y sin descanso..... Ah! ah! si delante de la cámara hubiera hombres armados, seria diferente. cuando las espadas se cruzan, la sangre se vierte, el corazón late y la cabeza se pierde... Yo he matado á Ulrich de Bluthaupt, bien lo sabeis!

El judio ocultó su rostro entre las manos.

—Yo le he muerto, siguió Yanos, con voz atronadora: era de noche; vosotros estábais colocados al lado de la puerta de la alcoba en que se habia retirado: y ninguno de vo-

sotros se atrevia á entrar, porque Ulrich era un valiente y desde su cuarto oia su voz que os decia: el primero que dé un paso morirá!

—Ya sabemos que sois muy valiente Mr. Georgy, dijo Regnault con tono cariñoso. Señores, bebamos á la salud de Mr. Yanos!

Chocaron los vasos el del madgyar quedó vacío dos veces consecutivamente.

Ya empezaba á dominarle la embriaguéz: se levantó vacilando y golpeándose con el paño su robusto pecho.

—Si, si; soy valiente, dadme hombres que combatir; pero no me digais que asesine á una muger: ¿os acordais de cuán oscura estaba aquella habitacion? no se veian mas que tinieblas, desde cuyo fondo habiamos oido el ruido de dos pistolas que se montaban..

El judío empezó á temblar con aquel recuerdo: los otros cenvidados estaban pálidos, y el mismo Regnault perdía su irónica sonrisa.

—Avancé solo, continuó el madgyar sacudiendo su larga cabellera: aquella habitacion donde habia un peligro, parecia tener para mi cierta atraccion... Ah! si los pueblos combatiesen todavia, estoy seguro de que yo seria un héroe...

Su hermosa cabeza brillaba con un entu-

siasmo salvaje, y descollaba un pié sobre las de sus demas compañeros.

—Entré; las tinieblas resplandecieron una vez y despues otra á la luz de dos pistoletazos, con cuyo resplandor reconocí en medio de la sala á un hombre en pié, y con el sable en la mano. No vacilé: los aceros se cruzaron chispeando; Ulrich cayó, y despues vinísteis vosotros, compañeros míos, añadió Yanos con amargo desprecio, despues vinísteis los cinco... y creo que le acabásteis!....

El madgyar se dejó caer sobre su silla, poniendo sobre la mesa un vaso vacío, que Zachoeus se encargó de llenar.

—No seria de todo punto imposible, murmuró Van-Praet, que Mr. Yanos tuviese todavía una espada con que cruzar la suya.

El madgyar se levantó al momento: Regnault hizo una señal de inteligencia, persuadido de que Van-Praet hablaba así por engreir la mania de Yanos.

Los otros convidados le preguntaban con la vista.

El espíritu de la compañía era pacífico en general, y la idea de un combate posible no aguardaba á ninguno.

Qué habláis de espadas? dijo el madgyar,

—El conde Ulrich ha dejado amigos, respondió el holandés.

—¿Nada mas que eso? exclamó el administrador Zachoens; hay mucha distancia desde aquí á Heidelberg!

Regnault le hizo una señal para que callase; creyendo siempre que Van-Praet representaba una farsa.

—Hay mucha distancia desde aquí á Heidelberg, repitió aquel, meneando su enorme cabeza, pero tambien hace mucho tiempo que klaus el correo ha montado á caballo.

La fisonomía del administrador demostró grande inquietud.

—No he sabido yo eso! murmuró con embarazo.

Regnault le dió una palmadita, ahogando un momento de risa.

—Dejadle, le dijo al oido: no veis que todo eso es por el húngaro?..

La mirada de este último, velada ya por la embriaguéz, estaba fija sobre Van-Praet: sin embargo no cesaba de reir.

Ese klaus, preguntó con voz ya balbuciente ¿ha ido á buscar hombres para que se baten conmigo?

—Sí, respondió Regnault.

Yanos hizo ademán de tomar el sable.

¡Ah! ah! ah! dijo riéndose, si hay hombres y espadas al lado del lecho de la muger y de la cama del niño..

La muger es muy hermosa...pero las espadas...ah! será necesario matar..

Se encajonó en su poltrona, dejando caer los párpados pesados ya.

—Se me habia olvidado contaros una cosa, prosiguió Van-Praet esta mañana mientras estábais fuera, Gertraud se aproximó á la cama de la condesa, que la dió en secreto una carta y una llave.

Este Van-Praet hubiera hecho un actor admirable, dijo Regnault; pero la ficcion es inútil: el salvaje duerme ya.

Aun no! aun no! murmuró Mosés Geld que le espiaba siempre con espanto. Ah! señor! señor! qué hombre tan violento y tan terrible!

—Le ha sido imposible al doctor el alcanzar á tiempo á la jóven, y ha visto á klaus que partia á golpe por el camino de Bluthaup.

—Y es eso todo? esclamó Regnault; Aplaudamos, señores: bien hallado está el conde!

—No se trata de un conde, repuso el holandés con seriedad. Yanos duerme ya, y como vos deciais, la ficcion ahora sería inútil.

Oscurecióse la fisonomía de Regnault: el administrador hizo un gesto de pena y Mosés volvió á temblar de nuevo.

—José klaus ha marchado esta mañana dijo Zachoeus Nesmer.

—Y aun no ha venido? dijo Regnault.

—Y es un antiguo vasallo de Rothe! repuso el holandés.

Siguióse un profundo y largo silencio: los convidados se miraban, y cuando Regnault hubo pronunciado en voz muy baja los nombres de los bastardos de Bluthaupt, un frio eléctrico se comunicó á todos ellos.

—Sin embargo, la reja es fuerte! dijo Van-Praet.

—Y las puertas son buenas! añadió el caballero de Regnault.

—Sí, respondió lentamente Zachoeus, sacudiendo de alto á bajo su cabeza pálida é inmóvil; pero precisamente esta misma noche hace nueve meses que vió un estrangero al castillo de Bluthaupt. Entró por la reja; pero por donde salió, nadie lo sabe.

—Luego creéis que hay una entrada secreta? repuso Regnault aterrizado.

—Hace pocos años que estoy en el castillo, dijo Zachoeus; pero he oido decir con mucha frecuencia á los antiguos servidores de Bluthaupt, que los tres hombres colorados no necesitan la llave de la reja para entrar en él.

CAPITULO VII.

El árbol verdeante.

LA taberna del árbol verdeante en Heidelberg no era muy bien reputada por la policia; con todo era bonita, y por distintivo tenia un rob'e cuyas hojas brillaban como otras tantas esmeraldas, y que no hacia mucho habia sido pintado de nuevo.

Bebíase allí mucho vino del Rhin, y no poca cerveza fuerte. Su propietario y señor, Elias Kopp, habia seguido en otro tiempo los estudios de la Universidad con grande distincion; y á su avanzada edad tenia por recompensa la asídua asistencia de los estudiantes y el envidiable titulo de arbiter elegantiarum.

Todos los dias la principal habitacion de su establecimiento se convertia en sala de baile, donde puede decirse que presidia verdaderamente el gran tono, y á donde los señores doctores no se desdeñaban de llevar á sus jóvenes herederas.

Una ambiente esencialmente escolástico se respiraba en aquellas fiestas de familias: las conversaciones eran en latin: los dichos agudos eran de Plauto ó de Aristófanes: allí no habia mas que enamorados estudiantes y formales profesores locos por la ciencia filosófica: algunas veces se solia sorprender á alguna *jung-fran* hablando griego.

—Y la política! mientras que el gracioso wals dominaba en la sala, los doctores disertaban incansables sobre los derechos del hombre, sobre el libre alvedrío y sobre las ventajas que reportaria que el gobierno del imperio se compusiese de un senado de profesores: una multitud de jóvenes de fisonomia estúpida ó imbécil les escuchaba con la boca abierta.

Otros, cuyas ridiculas cabezas descansaban sobre los cuellos de la camisa completamente doblados traducian en germano inocentes retazos de las tragedias de Voltaire, y contaban los soberanos que debian perecer á impulso de sus puñales.

Los bai'es de maese Elias Kopp, propietario del Arbol Verdeante, tenian una grande y merecida reputacion. Los doctores afirmaban de *motu proprio* que aquellas decorosas fiestas templaban la rudeza de las antiguas costumbres universitarias. Las hijas

de los doctores cuidaban mucho de no contradecir aquella asercion, y rebosaban de placer con la idea solamente de los walses solemnemente prometidos para el martes siguiente.

Los buenos efectos de los bailes del Arbol Verdeante no se podian poner en duda por los secuaces de la Santa Alianza, y el doctor Laquedem, innovador terrible, y que habia desafiado al cadalso veinte veces, hubiera sostenido sin contradiccion, una thesis sobre la influencia civilizadora del walds, á no ser por el miedo que tenia al rey de Prusia, y el tirano moscovista.

Los otros dias de la semana el Arbol verdeante perdia un poco su buen aspecto.

Desde la mañana del miércoles la sala de baile recobraba su aire de taberna. El *arbiter elegantiarum* presidia perfectamente la colocacion de las mesas, que bien pronto se cubrian de botellas de cerveza y cantaritos de vino blanco.

A la noche la pura atmósfera embalsamada la víspera por el aliento de las hijas del doctorado, se convertia en una espesa niebla.

El tabaco reemplazaba á la ambrosía, y los galantes caballeros de la noche anterior se trasformaban en estudiantes beodos que bebían por beber y fumaban por engordar.

El Arbol Verdeante era el punto principal y hasta oficial de reunion de todas estas gentes. La *Laudsmannschafs* se reunia allí de fijo, y cuando los diputados de algunas de las treinta y seis universidades de Alemania tenian que hacer alguna comunicacion á la *Decana*, (este es el titulo de la universidad de Heidelberg.) eran recibidos en el Arbol Verdeante con toda la pompa conveniente.

Justo es decir que el Arbol Verdeante no habia trastornado todavía á ningun trono, ni ninguno de los concurrentes habia muerto aun á ningun tirano, pero nada perdia la Santa Alianza en esperar, La *Laudsmannschafs* del Arbol Verdeante fumaba tanto y en tan grandes pipas, declamaba tales arengas romanas, cantaba tan dilatadas canciones y bebia tanta cerveza, que las testas coronadas la temian en extremos, y se desesperaban desde sus doseses de terciopelo al solo nombre de Elias Kopp, *arbiter elegantiarum*...

Era la misma noche en que Regnault Moisés y el madgyar cabalgaban juntos hácia los schloss de Bluthaupt; poco mas ó menos á la hora en que el caballero separado de sus dos acólitos se detenia en el sendero de la montaña para esperar al vizconde de Audemer.

Acababa de anoecer: ya estaba bastante llena la sala del *Arbol Verdeante*, y á cada

instante se aumentaban el número de los concurrentes.

Los que entraban no tocaban á la puerta que estaba cerrada: solo tocaban con el pié á un pedazo de madera, colocado al nivel del terreno, á cuyo empuge las pesadas hojas de la puerta giraban sobre sus goznes sin otro esfuerzo.

Esta daba cierto agradable aspecto misterioso á aquella reunion, y en realidad uno que no hubiese estado en antecedentes por mas que trabajára para abrir la maciza puerta, no lo hubiera conseguido.

Era necesario pues poseer el secreto.

El tiempo estaba frio: se habian cerrado todas las ventanas para preservar á la reunion no tan solo del viento de fuera sino tambien de la vigilancia de la policia: pues el terror que la liga de los *camaradas* inspiraba á los soberanos tenia algo de real y daba un carácter formal á los conciliábulo tragi-cómicos de la Alemania.

Los *Laudsmanschs* moririan de pena el dia en que se les diera la mortificacion de no temerles.

Todas las mesas estaban cerradas por un cordón de *camaradas* (1) muellemente recos-

(1) *Designacion sacramental de los miembros de la Laudsmanschs.*

tados en bancos de madera, apoyando los codos, y á manera de turcos echados en sus cojines. Cada uno tenia una enorme pipa, bien arreglada y provista de tabaco; de todos aquellos braseretes salia un humo intenso pesado, opaco, y que materialmente impedía el verse.

La sala estaba iluminada por algunas lámparas, astros rojizos y velados, que apenas brillaban en aquella pesada atmósfera ..

Los que llegaban de fuera empujando el boton de madera, encontraban su camino en las tinieblas solo por su costumbre y sin otro auxilio. Todo era confuso y de color gris: cualquiera hubiera dicho que se asemejaba aquello á las espesas tinieblas de las orillas del Támesis que hacen arder el gas á medio dia en la ciudad de Londres.

Sin embargo, al cabo de algun tiempo, la vista se acostumbraba á aquel sitio extraño. Se distinguian vagamente aqui y allá, cuerpos que se movian, formando un sordo murmullo que llenaba frecuentemente la sala.

Algunas veces la puerta se abria brusca-mente y daba lugar á una columna de aire libre; entonces el viento desalojaba las masas de humo y deseaba ver de repente los grupos de *camaradas*, consumiendo tranquilamente vino, cerveza y tabaco.

Había allí muchas caras germánicas gravemente dormidas y cuya embriaguéz se asemejaba á un sueño pesado. Había también bocas entreciertas con indolente sonrisa y frentes marcadas con el sello de la caviliosidad, ajadas por los sueños imposibles de la fantasía alemana.

También había algunas cabezas enérgicas y determinadas que hubieran podido servir muy bien en un drama de Schiller. El pintoresco trage de las universidades daba á aquellas duras fisonomías un aspecto de valor salvaje. Eran en cierto modo el pensamiento de un caprichoso cuadro popular.

Pero estos eran los menos. La mayoría de los *camaradas* estaban cantando canciones absurdas contra esa Francia que al mismo tiempo que los compadece los ama: no porque todos ellos tuviesen muchos conocimientos ni fuertes y generosos instintos de libertad, sino porque el sano juicio había sufrido en la mayor parte de ellos un desvío á causa de las ridículas sutilezas de la dialéctica á la moda de las universidades alemanas: solo pensaban en disputar, y la parte dramática parecía para ellos lo principal, considerando en cierto modo el liberalismo como cosa secundaria.

Su valor se reducía á locuaces diserta-

ciones; se habian acostumbrado mas que á obrar á prodigar oraciones enfáticas: eran en efecto valientes, enérgicos, y se sacrificaban á su creencia; pero con todo se dormian.

Y cada año que pasaba entorpecía mas aquel sueño...

En resúmen, maese Kopp habia quitado las colgaduras blancas que daban á su tabernáculo cierto aire de superficial elegancia: sus paredes estaban hoy ennegrecidas y dejaban ver una hilera de cuadros ahumados: ademas de este equivoco adorno se veia gran número de sábias inscripciones trazadas con lapiz, y el retrato de Mr. Mëtternich con una cuerda del cuello y orejas de asno. En uno de los ángulos de la sala, cerca del pequeño cuartito donde se ostentava el mote de *arbitrarius elegantiarum*, habia un trozo de pared de algunos pies de ancho, cubierto con una cortina parduza.

En aquella cortina se veia la siguiente inscripcion en aleman: *Almacen del honor*.

Era el arsenal de los hombres libres que componian el *Laudsmannschafs* de Heidelberg. Tambien habia allí una docena de largas espadas de hoja triangular y con empuñadura, conocidas con el nombre de *sehlaeger*.

Estas armas no estaban destinadas, como

podría creerse, á derrocar los tronos ni á asesinar á los reyes. Solo servían para aquellos combates singulares de que tanto gustaban todos los estudiantes de las universidades de Alemania; singulares combates, raras veces funestos, y en que los dos campeones armados de corazas de alambre, saboreaban el inocente placer de golpearse hasta que perdían el aliento: tenían en ellos derecho de herirse pero nunca de matarse. Una regla soberana y respetada les prohibía herirse de otro modo: además, sus corazas eran á prueba de sable: en aquellos duelos recibían contusiones atroces; pero las luchas de los obreros parisienses son mucho mas peligrosas.

Dícese que un estudiante de Viena murió en un dia que hacia buen tiempo á consecuencia de una de aquellas indefinibles luchas; en efecto murió: pero fué de calor..

En un combate que no presidieran sus reglas convencionales, el *schloeger* seria un arma terrible apesar de su antigua forma, es manuable y su tamaño desusado, no es un obstáculo en manos diestras y robustas.

Maese Elias kopp, estaba encargado especialmente del *Almacen del honor*.

Los grupos se hallaban acertadamente repartidos.

En algunas mesas reinaba un sueño profundo; se bebía y se fumaba, pero siempre había el mismo silencio.

Mas allá un grupo de cartas amarillas por el uso, servía de oráculo á la fortuna y daba á aquellas pálidas fisonomías cierto aspecto apasionado.

Allí había capas nuevas en medio de otras que no conservaban ya ni el color ni la forma, y que se hubieran podido llamar muy bien andrajos, si no respetásemos profundamente las universidades germánicas.

Mas allá todavía, reyes, torres y caballos de boj, maniobraban en un tablero de ajedrez, puestos en movimientos por las manos de dos diestros y veteranos escolares.

Un círculo de curiosos se sentaban al rededor siguiendo con atención las sabias evoluciones de los dos ejércitos rivales.

Después había un juego mas elemental, en que seis pececitas de hueso se movían siguiendo la dirección de las líneas trazadas en una mala mesa. Otros desdeñaban aquellas ocupaciones fútiles, disputando sobre filosofía ó sobre historia: se repasaba la última lección del profesor de mas nota: se discutía en alta voz comentaban á Leibnitz; pulverizaban á Locke y á Bacon sin exceptuar á Reid Steward y demás corifeos de la escuela escocesa: arrastra-

ban en el tapete á Descartes; el mismo sistema ecléctico, merecería allí un sarcasmo ó un encogimiento de hombros.

A dos pasos era otra cosa, hablábase de amor, de labios sonrosados, de ojos negros y risueños: los calaveras contaban sus aventuras; los tímidos suspiraban; los poetas disparataban; y los fanfarrones mentían.

En fin había grupos que se engolfaban en política hasta el cuello; y Dios sabe lo que la Europa restaurada sería en manos de aquellos publicolas!

No lejos del pequeño mostrador de maese Elías Kopp, prócsimo al «Almacén del honor,» cinco ó seis jóvenes que estaban al lado de una mesa cercaban á un compañero suyo cubierto con un manto de color de escarlata: este chocante color no hizo ninguna impresion en aquella asamblea en que la uniformidad de los trajes no escluía alguna tentativa escéntrica: el estudiante vestido de aquel modo, tenía en vez de la gorrita universitaria un ancho gorro de viage: infinidad de cabellos negros y brillantes caían por sus mejillas descarnadas y pálidas. Debía tener veinte años: sus facciones varoniles expresaban en su conjunto un ardor juvenil templado por los precoces consejos de una experiencia mayor que la que permitía su corta edad.

Su mirada era imperiosa y fiera, su voz parecía destinada al mando; cuando estaba sentado ó recostado en la pared, los anchos pliegues de su manto dibujaban un airoso y noble talle.

Cuando durante algunos intervalos, se disipaban las nubes de humo, dejando paso franco á las miradas, distinguíanse vagamente otros dos estudiantes vestidos con capas coloradas, y que á través de la niebla se asemejaban al primero.

Si se hubiera podido pensar razonablemente que hubiera en el austero establecimiento de maese Elias Kop un espejo, no habria inconveniente en creer que la hermosa imágen del estudiante, dos veces repetida, aparecía entre las sombras...

Las pipas se volvian á encender, la atmósfera se espesaba... ya no se veía...

Después, cuando de nuevo volvía á haber otra bocanada de aire, las dos copias aparecían de nuevo.

Uno de ellos, se sentaba en la mesa de juego y manejaba las cartas con una superioridad evidente: el otro estaba en el grupo en que se hablaba de galantes aventuras.

Esta segunda copia tenía además de la belleza del estudiante, una alegre sonrisa en

los lábios y en la mirada cierto fanfarron aturdimiento: el otro se diferenciaba del original, pero no en el mismo sentido. Sus facciones iguales tenían una especie de indiferente apatía: las emociones del juego no alteraban su fisonomía, y vaciaba sin intermision su ancho vaso sin encontrar en el fondo la apetecida embriaguéz.

El estudiante hermoso se llamaba Otto; el jugador Goetz, y el que contaba las aventuras amorosas, se dominaba Albert.

Todos tres eran hermanos y no llevaban mas que los nombres de pila.

CAPITULO VIII.

El árbitro de la elegancia.

EL grupo que rodeaba al hermoso estudiante de la capa colorada, Otto, en la sala del Arbol Verdante, se componia de lo mas selecto de la reunion, las personas que lo formaban, todavia no entregadas al entontecimiento, entonces en moda, conservaban en sus frentes una espresion enérgica é inteligente, que revelaba pensamientos atrevidos,

Sin embargo, bebían y fumaban como los demás.

Aun cuando la mayor parte eran mas jóvenes que Otto, reconocían en él cierta superioridad tácita.

—A fé mía, decía en aquel momento uno de ellos, Miguel el filósofo: si viniera ahora alguno de la policía á buscaros, Otto creo que mas de uno de nosotros quedaría aquí!

—Y por qué habían de venir? replicó el joven: esta misma tarde hemos llegado de Francfort, y entre vosotros me parece que no habrá hermanos falsos.

—Peligroso oficio sería ese, dijo el poeta Dietrich, joven robusto y de estatura atlética y si aquí hubiera alguno, con el permiso del *arbiter elegantiarum*, le rompería la cabeza de una puñada por evitarnos el desenvainar vuestras espadas.

—Y pensáis permanecer algun tiempo entre nosotros? replicó Miguel.

—Solo hasta mañana temprano... no es de buen agüero para nosotros la ciudad de Heidelberg... aqui estamos demasiado cerca del castillo de Rothe, y los que mataron á nuestro padre tienen demasiado interés en que vayamos á unirnos con él.

¡El conde de Ulrich era un digno y valiente alemán! dijo el poeta, levantando so-

lemnemente su vaso; algun dia dedicaré versos á su memoria, esperando que Dios haya perdonado su alma.

Todos los estudiantes que estaban sentados al rededor de Otto se descubrieron la cabeza en señal de respeto. Los grupos inmediatos se redujeron de pronto al silencio, con la esperanza de coger alguna palabra al vuelo.

—No tengo mas que un ducado, decia en aquel momento Goetz; ¿por qué diantre me habrá confiado Otto el dinero de la familia?... con un ducado no pueden tres hacer el viaje de aqui á Francia. Vamos, Rodolfo, amigo mio, envido el re-to.

—Largos y rubios cabellos, suaves y sedosos, decia Alberto que seguia contando la historia de una garganta blanca...¿Vosotros no habeis nunca amado á una marquesa?

El lovelace mas atrevido de toda la universidad de Heidelberg habia llevado sus temerarios deseos hasta la muger de un regidor.

—¡Las grisetas! no me hableis, amigos mios de grisetas, repuso Alberto con aire desdeñoso. La seda, el terciopelo, los brillantes.

He perdido mi último ducado, dijo Goetz con voz lastimera.

El auditorio de Alberto soltó en coro una estrepitoso carcajada.

—Se ha empezado un proceso contra vos repuso en aquel momento Miguel dirigiéndose á Otto.... los doctores han intentado oponerse á esta infamia, pero no son muy fuertes y Dios sabe lo que se ha hecho de nuestros antiguos privilegios... estais acusados los tres de conspiracion contra el primer gefe, y si os viérais una vez en las prisiones de Baviera ó del Austria, vuestro negocio no seria dudoso... Siempre hay espacio en los calabozos de Sjelberg.

—Por esa razon no nos quedaremos mucho tiempo en Alemania, repuso Otto, somos proscritos y débiles... no tenemos ningun medio por ahora de vengar á nuestro padre... esperaremos.

Tenian los ojos del jóven un aspecto sombrío y amenazador: en el fondo de su corazon circulaba un pensamiento de venganza paciente, que no debia extinguir el tiempo.

—Ademas qué haríamos nosotros en Alemania? prosiguió con un acento lleno de amargura. Venimos de correr la mayor parte de las ciudades donde hay universidades á fin de continuar la obra de nuestro padre... en todas partes se nos ha festejado, en todas partes hemos bebido pipas mayo-

res que las de Heidelberg, y vasos mas hondos... hemos oido canciones... hemos asistido á duelos .. hélo aqui todo.... los hombres libres nos esperan.

—¿Luego está bien muerta la *Burschenschaft*? preguntó Miguel.

—Muerta para siempre, repuso Otto; mis hermanos y yo vamos á pasar al Rhin tenemos en Francia un buen amigo... casi un padre... el marido de nuestra hermana Elena; hoy como otras veces nos ayudará, y gracias á él, creo que no nos faltará pan.

El poeta, el filósofo, y los demas se sonrieron.

Amigo Otto, dijo Miguel, ved allí lo que es llevar los pensamientos sombríos mas allá de lo que es devido.

El testamento del conde de Ulrich ha hecho de su fortuna cinco partes iguales: no serán pues sus hijos los que carezcan de pan!

Otto calló un momento, y despues sacudió sus largos cabellos como si hubiera querido desechar un pensamiento importuno.

—El testamento del conde de Ulrich respondió, está hecho mil pedazos... al presente no tenemos mas derecho á su fortuna que á su nombre, y si aun llevamos los colores de Bluthaupt, es porque no tene-

mos con que reemplazar el usado paño de nuestros mantos, en seguida miró con tristeza su vestido colorado.

Ya no existe el nombre de Bluthaupt, añadió con voz baja y temblorosa; nosotros nos llamamos Otto Alberto y Goetz: ya no existe el acta que nos daba derechos de familia... hemos vuelto á ser bastardos.....

—¿Pero quién ha destruido ese testamento? exclamó el poeta con cólera. Y como el joven tardase en responder á aquella pregunta, todos los demás la repitieron.

—Nuestra hermana Margarita, respondió finalmente Otto, es la mujer del conde de Gunther que nos desprecia y nos odia... esta sola y sin defensa en aquel antiguo schloss de Bluthaupt, donde se halla encerrada como en una tumba. Si supiéscis cuánto nos amaba y qué alegría habia en el castillo de Rothe, cuando todos cinco Elena Margarita y nosotros, estábamos sentados á la mesa con nuestro padre!... no sé lo que me está reservado para el porvenir, pero si he de consagrar algun día toda mi alma á una mujer... lo que puedo asegurar es que en aquel momento nada en el mundo me será tan querido como mi hermana Margarita... Elena es feliz y Margarita sufre: tiene esta por lo tanto mas derecho á mayor cariño, pobre miña á quien el

orgullo de nuestra raza ha condenado al martirio! mis hermanos y yo bien sabeis que hemos sido desechados del castillo de Bluthaupt... no hemos visto á nuestra hermana, despues de su casamiento, mas que una sola vez y en secreto... aquellos fueron unos instantes de alegría mezclados de lágrimas. Volvimos á encontrar á Margarita pura y dulce como un ángel, pero Dios la dejó de su mano un momento, y al lado de su santo lecho velaba el demonio.

Otto calló: una arruga cruzó por su pálida frente, y sus párpalos no podían levantarse.

Miguel, Dietrich y les demas camaradas sentados al rededor de la mesa, le interrogaban con la vista, pero mas bien por afecto que por curiosidad. Habian oído hablar muchas veces, aunque vagamente, de misterio que rodeaba la vida del último conde de Bluthaupt; pero en confusos rumores que pasaban desapercibidos en aquella tierra clásica de las leyendas, en que los narradores tienen cuidado siempre de dar á todas las cosas una apariencia fantástica.

Otto, Alberto y Goetz, habian pasado un año en la universidad de Heidelberg en vida de su padre, al lado de aquella juventud a-

mante de la alegría, de la franqueza y de la audacia. Queríanles, imitaban sus modales, y hasta puede decirse que obedecian como un precepto gustoso sus mas sencillas indicaciones.

En vida desde aquella época habia sido errante. Nadie conocia á punto fijo el objeto de sus largos viajes. Lo único que sabian todos era la nota de proseripcion, procedente de los tribunales de Viena, Berlin y Munih, que estaba próxima á caer sobre sus cabezas.

Aquella persecucion se dirigia sin duda á los tres jóvenes atrevidos que se habian puesto á la cabeza de todas las universidades, pero á quien perseguian aun mas era á los tres hijos del conde de Ulrich, ardiente enemigo del poder, y cuyos esfuerzos habian hecho temblar mas de una vez á poderosos personajes.

Los tres hermanos volvian con aquella aureola de proseripcion que ecsalta tan espontáneamente las fibras alemanas. La comunidad de Heidelberg, les acogia como amigos queridos, y como á mártires de la causa general.

Ahora eran desgraciados, habiéndose visto tan llenos de alegría y esperanzas.

Alberto conservaba su fanfarrona alegría, y Goetz su indolencia, pero los sufrimientos

habian dejado grandes huellas en la juvenil frente de Otto, el mayor de los tres.

Y los camaradas que le habian querido cuando niño contemplaban con una especie de respeto aquella vejez anticipada.

Otto levantó los ojos, sin ver mas que el espacio ahumado de la sala.

Pobre hermana, murmuró; queria reirse y á su pesar se deslizaban abundantes lágrimas por sus mejillas; fué necesario arrancarle el secreto de su pena... El viejo Gunther habia tenido noticias del testamento que nos hacia á los tres condes de Bluthaupt y ricos... Su abaricio se habia escitado tanto como su ciego orgullo... y habia amenazado..

«La pobre Margarita temblaba... aquel antiguo scholoss era tan sombrio... en la fria atmósfera de sus salones habia tantos lúgubres pensamientos... temblaba, y sus palabras salian entrecortadas de sus pálidos labios... mis hermanos y yo nos comprendiamos con la vista; tratándose de Margarita nuestro parecer no podia menos de ser unánime... saqué del pecho el testamento del conde de Ulrich, lo rasgué...»

Dietrich y Miguel, dieron al mismo tiempo la mano al bastardo.

—Teneis un gran corazon, Otto! tarde ó temprano Dios os hará felices!

Otto movió imperceptiblemente la cabeza.

—Mis hermanos y yo somos fuertes y sabemos sufrir... si puede haber todavía en el mundo felicidad alguna para la sangre de Bluthaupt, que Dios se la reserve entera á Margarita y á Elena!... pero bebamos, añadió cambiando de tono de repente: no creo justo que nos presentemos á buenos amigos despues de una larga ausencia con caras tristes y con palabras de desconsuelo... á la salud de los hombres libres de Alemania!

Goetz levantó desde donde estaba el vaso y repitió el brindis.

—Mucho tiempo hacia ya, dijo Alberto á media voz, que nuestro hermano Otto no habia pronunciado una palabra tan sabia.

—Vamos, repuso Goetz, dirigiéndose á sus compañeros de viaje, juguemos sobre nuestra palabra, ya que no me queda nada... y á propósito, ¿quien de vosotros nos hospedará por esta noche?

Mil voces se elevaron desde todos los ángulos de la sala para reclamar aquel honor. El *arbiter elegantiarum* declaró igualmente que pondría á disposicion de los tres hermanos su mejor habitacion.

—Qué diantre! di o en voz baja Alberto; ninguna necesidad tenia yo de la hospitalidad de nadie... conozco una linda griseta

mas allá de Oberthor...

La voz de Otto le interrumpió.

—Es necesario que nos retiremos pronto; mañana nos debemos poner en camino muy temprano, para ir á abrazar á nuestra hermana Margarita, y hay mucha distancia de Heidelberg á Bluthaup!

—Y sobre todo á pié! dijo el desgraciado Goetz, que acababa de perder todo el dinero de los caballos de posta.

Otto se levantó y dió la mano á todos sus compañeros: en el momento en que iba á hablar, un golpe ligero sonó en la puerta exterior de la taberna.

Todas las conversaciones cesaron, reinando un completo silencio en la sala.

—Es alguno que no conoce el secreto, exclamó el poeta, cuya fisonomía revelaba una estrema inquietud.

Los tres bastardos se levantaron y calaron sus gorros de viage hasta los ojos.

Maese Elias Kopp que seguia detras de su mostrador, no hacia mas que temblar.

Segunda vez llamaron á la puerta.

Los grupos se agitaron alrededor de las mesas, y entre el murmullo se oyeron las palabras:

—La policia! La policia!...

Nadie volvió á hablar mas, pero diez ó

doce estudiantes se lanzaron al mismo tiempo hácia el «Almacén del honor,» y descorrieron las cortinas parduzcas, dejando ver las espadas de desafío.

CAPITULO IX.

La limosna

EL dueño del Arbol Verdeante no esperó á que llamasen otra vez para dejar su taburete de cedro viejo y su mostrador.

—Señores, dijo, antes de todo los privilegios de la universidad: esto es evidente; pero ¿y si la policía á la tercera vez hecha la puerta abajo? creo que será mejor abrir y capitularmos.

Abrid y capitulad, maese Kopp, respondió el poeta Dietrich, y no olvidéis decirles que hay aquí elementos para desgarrar sus vestidos y romperles las cabezas.

Dietrich, blandía un largo Schløeger que habia tomado detrás de la cortina.

Otto y sus dos hermanos estaban desarmados.

El *arbiter elegantiarum* aprovechándose

del permiso que se le habia dado, se adelantó hácia la puerta, meditando una arenga conciliadora.

Gran grupo de estudiantes marchaban detrás de él, prontos á poner la fuerza á la fuerza. Dietrich y Miguel eran los gefes de aquel resuelto ejército, que debia guardar su valor para mejor ocasion.

Cuando se abrió la puerta, nada vieron que pudiera escitar el furor universitario: no habia ni uniformes austriacos, ni las avinagradas fisonomias de los agentes prusianos y bábaros: era un jóven, vestido con una librea encarnada, blanqueada por la nieve que le cubria de pies á cabeza.

A su vista, maese Elias Kopp, recuperó repentinamente su olvidada fiereza.

=Qué queréis? dijo rudamente.

—Busco á los tres hijos del conde Ulrich de Bluthaupt respondió el recién venido, atando su caballo á unas de las barras de la reja. Ya hace tiempo que se han marchado de Heidelberg, esc amó maese Kopp, y si no paran desde que se les ha visto desde el *Arbol verdante*, trabajo os pido para encontrarlos, amigo mio!

Otto, que permanecia en el otro extremo de la sala, en pié é inmóvil, no oia nada de esta conversacion.

—¿Qué diablo de espíal dijo en baja voz Dietrich.

—Cerrad la puerta, Elias, añadió Miguel.

Mæse Kopr, estaba en el caso de obedecer pero el criado que era fuerte, rechazó con facilidad el «arbitr elegantiarum,» y dió uno ó dos pasos dentro de la taberna.

—No necesitais espadas contra mi, mis buenos señores, estoy sin armas y el conde de Ulrich pagaria bien caro el message de que soy portador.

—Yo conozco esta voz! dijo Goetz que era el que estaba mas próximo de los tres hermanos.

El recién venido volvió la cabeza hácia aquel lado y distinguió el manto colorado al través de la espesa nube de humo.

—Están aquí! exclamó: Dios sea loado!..... Señores, dejadme que me aproxime al hijo de mi amo... soy portador de un message de vida ó de muerte!

El poeta y sus compañeros aun dudaban: tanta era la desconfianza que les inspiraba la sagacidad de la policía; pero los tres hermanos que habian reconocido la voz del cazador de Bluthaupt, klaus, se lanzaron á la vez hácia él.

—Vienes de la Schloss? preguntó Otto.

El cazador en vez de responder sacó de su

pecho una carta y se la entregó.

Otto la abrió precipitadamente: temblaban sus manos, y parecía ofuscárseles la vista.

Los camaradas, obedeciendo á un sentimiento de discrecion; tan natural en los alemanes, se habian retirado, ocupando la mayor parte sus respectivos asientos al rededor de las mesas. Los tres hermanos permanecian solos, cerca de la puerta, con el cazador klaus.

—Es de nuestra hermana, dijo Otto, á media voz, abriendo la carta, y klaus dice que es asunto de vida ó muerte...

Alberto y Goetz, se agrupaban á su lado para ver al mismo tiempo.

La carta no contenia mas que tres ó cuatro renglones.

«Queridos hermanos míos, decia la pobre Margarita, si Dios quiere que recibais á tierpo este mensaje, os ruego que vengais en mi socorro. Las gentes que me rodean y que en un tiempo me inspiraban temor y hoy me aterrorizan... Han hablado creyéndome dormida: son los asesinos de nuestro padre, y creo que quieren hacer lo mismo conmigo!...»

Alberto y Goetz lanzaron un grito de horror. Otto parecia herido del rayo.

—¡Quieren matarla! repetia sin saber lo que hablaba; ¡quieren matarla... como mataron á nuestro padre!

—Mucho ha cambiado ya, dijo klaus; y si no la habeis visto desde que se sonreía siempre tan feliz, tan hermosa.... cuando estaba en el castillo del conde de Ulrich... apenas podriais conocerla pero en nombre de Dios, apresuraos, porque el camino es largo, y el tiempo vuela...

Otto vacitaba sobre sus plantas como un hombre que acaba de despertarse.

—Goetz, dijo, pedid caballos.

Goetz permanecia i móvil.

—Caballos, caballos, repetia Otto; cada minuto vale una hora.

La fisonomia de Goetz, poco há tan indolente, espresaba ahora una angustia profunda.

—¡Soy un miserable, indigno de que me perdoneis! murmuró con desesperacion; ¿no me habeis comprendido aun?... sin embargo, os lo he dicho. . he perdido nuestra última moneda de oro...

Otto le miraba como atontado: parecia que no le comprendia: registró sus bolsillos: Alberto hizo otro tanto.

—Nada dijeron á la vez!

Goetz estaba como aterrado y agobiado bajo el peso de la desgracia de que él mismo era la causa.

Otto tenia inclinada la cabeza y frunció sus cejas violentamente.

De repente se levantó: sus ojos se reanimaron y sus mejillas se cubrieron de rubor.

—Escojed espadas hermanos: dijo: tomad las mas afiladas y que tengan mejor punta, pues vamos al castillo de Bluthaupt.

—Teneis dinero? esclamó Goetz.

Otto no respondió, se quitó su gran gorro de viage, y se dirigió con la cabeza descubierta hacia la mesa mas prócsima, en que los camaradas habian vuelto á sus interrumpidas libaciones.

Se paró, erguido y grave delante de la primera mesa.

—Nuestra hermana está amenazada de muerte, dijo alargando su sombrero, y no tenemos dinero para ir en su defensa...

Goetz ocultó su rostro entre las manos; Alberto lloraba.

Los camaradas conmovidos y llenos de sorpresa vaciaron sus pobres bolsillos en el sombrero noble del mendigante.

Despues le estendieron sus manos, que él estrechó entre las suyas diciendo: gracias!

A medida que recorría la sala cumpliendo con su obra de piedad fraternal, su sonrojada frente se iba quedando pálida: sufría mucho: pero si su alma generosa y fuerte adolecia de alguna falta era sin duda un exceso de altivez.

Los momentos de prueba duraban mucho: todos daban: pero todas las dádivas de los indigentes camaradas no eran bastantes para completar la suma necesaria. Cuando concluyó Otto, se dejó caer desfallecido en un taburete, dando sus últimas gracias con voz tan ahogada que nadie pudo oirla...

Sin embargo, algunos minutos despues, los tres hermanos corrian á todo galope por el camino de Bluthaupt.

La nieve blanqueaba sus tres mantos colorados; cada uno se habia ceñido una de las largas espadas, colgadas antes en el Almacén del honor.

Iban con el corazón oprimido y la cabeza ardiendo: hundian sus espuelas en los hijares de los caballos, pero ninguno hablaba una sola palabra.

La nieve ahogaba el ruido de su galope: los caballos saltaban hostigados por el dolor.

Iban precipitando su furiosa carrera deslizándose en medio de la noche como un violento torbellino.

Desde Heidelberg al castillo de Bluthaupt hay 16 ó 18 leguas francesas por la travesía que va á Esselbach y a Carstadt: en toda la ruta no hay mas que la casa de postas de Mitemberg.

Pronto la luz del día iba á reemplazar las tinieblas de la noche, cuando los tres hermanos, rendidos de cansancio, aguijoneado sus cansados caballos, entraron en el pais montuoso y salvaje que formaba como el centro del antiguo dominio de Bluthaupt.

Ya no nevaba, pero todo el campo que alcanzaba la vista, parecia cubierto con una sábana blanca y resplandeciente. El cielo habia rasgado el velo de densas nubes que antes le cubrieran, y dejaba ver en el occidente la luna que se ocultaba entre vapores rojizos.

Otto iba delante: aguijoneaba á su fatigado corcel, ya con la mano, ya con las espuelas: hasta entonces su caballo habia conservado un trote convulsivo que no habian podido seguir los de Goetz y Alberto.

Entre los tres hermanos habia una distancia bastante regular, pero el caballo de Otto se detuvo de repente encabritándose.

Ni el látigo ni las espuelas pudieron vencer aquella repentina obstinacion.

Otto miró delante de si, solo vió al pié del caballo un pequeño monton de nieve.

Miró á todos lados para orientarse, y ver qué distancia le separaba en aquel momento de la schloss.

El camino pasaba al pie de una montaña, cuya falda estaba abierta en aquel sitio, conservando las huellas de un ancho hundimiento. A la derecha el valle cultivado extendía á lo lejos su blanca superficie. A la izquierda la rampa se elevaba como cortada á pico, y presentaba en su cima inmediatamente á nivel del hundimiento, una especie de puente colgado cubierto de una hilera de grandes malezas.

Entre aquel puente y la montaña se entreveía el cielo.

El aspecto de aquel lugar era demasiado terrible para que se pudiese desconocerle habiéndole visto una vez. Otto reconoció la Hoelle de Bluthaupt...

En el acto bajó del caballo creyendo que éste se había deteriorado por un hundimiento reciente. Sus hermanos que llegaron en aquel momento le imitaron.

Los tres se aproximaron al sitio en que la nieve perdía su natural nivel, y formaba como un montecillo á través del camino.

Otto se inclinó y metió la mano en la nieve. Después se levantó de repente.

—Aquí hay un hombre muerto! dijo.

—Dios le perdone, repuso Goetz: saquemos los caballos por la brida y prosigamos nuestro camino.

Bien conocia Otto que no era ocasion de detenerse: pero una fuerza desconocida le retenia alli.

—Idos, dijo: mi caballo es mas fuerte que los vuestros: asi es que pronto podré salvar la delantera que me lleveis.

—Nuestra hermana nos espera! murmuró Alberto.

Otto se arrodilló sin responder, y separó la nieve con las manos.

Los otros dos hermanos, volvieron á montar á caballo y prosiguieron la marcha.

La nieve cubria en efecto el cadáver de un hombre cubierto con una capa de viage: estaba atravesado en el camino, y su cabeza torcida descansaba en los flancos de un caballo muerto igualmente.

Otto levantó su capa y tocó su pecho, pero estaba frio: sin duda hacia ya muchas horas que habia dejado de existir.

El viajero hizo entonces un movimiento para levantarse y reunirse á sus hermanos: pero aun se oia el paso de los caballos que iban muy despacio, y Otto quiso ver el rostro del desconocido.

La luna enviaba oblicuamente sus últimos rayos, que reflejados por la nieve producian una luz bastante intensa. Otto se inclinó sobre el rostro del muerto, y sin duda re-

conoció sus ficciones, porque se quedó como petrificado.

Al cabo de algunos minutos, y cuando ya había dejado de oírse el ruido de los caballos, puso sus dos manos sobre su frente mas pálida aun que la del cadáver, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas!

El desconocido estrechaba entre sus encogidos dedos un medallón con pelo de niño, colocados al rededor de un retrato de muger.

Oto puso la cadena en su cuello.

Después miró el bolsillo del cadáver, que tenía una cartera con varios papeles: todo lo colgó en su pecho.

Al cabo juntó sus manos y besó la frente del cadáver, con el cariño de un hijo respetuoso.

—Elena! Elena!.. murmuró montando á caballo... Elena y Margarita... pobres hermanas mías!...

Puso de nuevo su caballo al trote, volviendo la cabeza muchas veces hácia el fondo de la Hølle, donde los restos del vizconde de Audemer, se confundieron bien pronto con la nieve removida...

CAPITULO X.

El alma de Bluthaupt.



Tto, se reunió á Alberto y á Goetz cuando estos tocaban ya al término del camino de Bluthaupt: en vez de seguir la ancha senda que conducia por una cuesta suave y regular al castillo, rodearon por la izquierda, atravesando la antigua ciudad, cuyas diseminadas ruinas se confundian ahora con el césped cubierto completamente de nieve.

Bien pronto distinguieron la *schloos*, con su cerco de pesadas murallas, que superaban las cúspides confusamente agrupadas de sus torreones. Iban por detrás y por un sitio que no presentaba ningun acceso practicable: para ganar aquella antigua puerta por donde habian entrado la noche anterior Mosés Regnaut y el madyar, era necesario rodear todos los fosos.

Aquella parte de las murallas era baja y apenas se ocultaba la primera parte del primer órden de construcciones interiores. Los

muros contruidos en piedra viva, y que dominaban un precipicio profundo, no daban mayor fuerza á la antigua ciudadela: la naturaleza se habia encargado de defenderla por la mano del hombre: eran un juguete al lado de la gigantesca muralla que se elevaba á doscientos pies, desafiando á la escala lo mismo que á la zapa.

Sin embargo allí fué donde sin vacilar se dirigieron los hijos del conde de Ulrich, internándose entre las malezas que se cruzaban en el barranco.

Cuando llegaron al pié de la roca, ataron sus caballos á los robles que crecian en el fondo de aquella hondonada, levantando sus ramas, y principiaron á trepar por el derumbadero con los pies y las manos.

Nadie espiaba su noturno escalamiento, y si algun pasajero hubiese contemplado desde los bordes del precipicio á aquellos tres hombres suspendidos encima del abismo, sin duda los tubiera por locos, ó bien hubiera recordado con terror las leyendas que se conservaban respecto á la causa de *Bbluthaupt*...

Despues de un cuarto de hora de esfuerzos, llegaron los tres hermanos á un sitio en que la roca perdia su perpendicular: sin alas, era imposible subir mas.

Detuviéronse al mismo tiempo pero no volvieron á bajar: Otto desapareció de repente sin que se pudiese ver por donde: despues Alberto y luego Goetz.

La rampa y el abismo volvieron á quedar solitarios

En el interior del castillo de Bluthaupt en la alcoba de la condesa la noche habia pasado lúgubre y triste.

Solo Hans y Gertraud eran los que oian los gritos de dolor de Margarita: el conde de Gunther dormia encajonado en su gran butaca.

El doctor José Mira, los pies casi dentro de la chimenea y la frente entre las manos, parecia embebido en una trabajosa meditacion. No se cuidaba de responder á los gemidos de la enferma que llamaba á Dios con voz desfallecida, y como si nada pudiera esperar en adelante de la compañía de los hombres.

El viento apiacado por la nieve, habia enmudecido hacia ya mucho tiempo las colosales cuerdas de las arpas colianas: todo era silencio fuera: á intérvalos regulares, se dejaba oir la música del péndulo las horas pasaban con lentitud, y al sonar conmobian el aire con sus largas vibraciones.

Ya habia concluido la alegre cena del ad-

ministrador Zachæus: hácia las tres de la madrugada abandonó á sus convidados entrando acompañado de Van-Praet en la alcoba de la condesa.

Hans Dorn, amigo mio, dijo al page que velaba siempre en compañía de Gertraud: id á descansar.

Hans quiso resistirse, porque veia á Gertraud pálida y tembando ante la idea de quedarse sola: pero un gesto imperioso del administrador que le señalaba la puerta, le obligó á obedecer.

Los gritos de la condesa eran en aquel momento mas frecuentes y mas agudos: se acerca el momento.

El doctor que aun no habia abandonado su puesto al lado de la chimenea miró á Gertraud con indiferencia.

—Y esa muchacha? dijo dirigiéndose á Nesmer.

El administrador miró á Gertraud sacudiendo la cabeza y frundiendo las cejas.

—Su encargo la detiene: y no se la puede enviar de aqui porque esto solo seria bastante para poner en movimiento á toda la servidumbre de Bluthaupt.

—Corriente, opinó Van-Praet... ahora no nos incomoda, y si tal sucediera...

No concluyó, pero sus compañeros esta-

ban acostumbrados á interpretar su sonrisa.

Ambos hicieron una señal de asentimiento.

La jóven se acurrucaba en el hueco de la ventana, y procuraba comprender lo que decían por el movimiento de sus labios, su corazón desmayaba, presentaba vagamente alguna horrible desgracia.

José Mira se aproximó al lecho de la condesa, creyendo oportuno por fin el desempeñar su cargo de médico.

Sin duda era tiempo, pues así que examinó á la enferma, se dirigió con precipitación hácia donde estaban sus camaradas.

—Despertáos, señor conde, dijo.

Vau-Praet movió con dulzura al anciano y este entreabrió los ojos.

—Tengo frío ¡murmuró! ah! sois vos, Fabricio.... hemos hecho cro?

El holandés, significando un gesto con los ojos, y como lleno de alegría.

—El oro va adelante, replicó, y si no le veis dentro de dos horas, estoy por juraros que no le veris nunca!

Volvió á cerrar los ojos Gunther á esta dulce esperanza; pero Zachoeus le tocó por otro lado.

—Vamos, conde, le di'o, no es oro solo lo que esperamos esta noche, levantáos pronto

y venid á ver al heredero de Bluthaupt!...

Gunther hizo un esfuerzo para levantarse: pero apenas estuvo en pié, cuando su cabeza vaciló y sus ojos se cerraron ofuscados.

Oh! oh! murmura cayendo abrumado en su poltrona... Tendré oro y un hijo... creo que voy á morir de alegría!

En seguida cogió con mano temblorosa el cubilete que estaba á su lado.

Estoy bien débil! prosiguió con voz apenas inteligible... jamás lo he estado tanto... mi helada sangre se detiene en las venas... un poco de vida, doctor... veo la muerte á mi lado, cuando se pasa mucho tiempo sin beber vuestro específico...

Y le mostraba el cubilete que tenia entre sus descarnadas manos,

—Dad de beber á nuestro señor, meinher Van-Praet, repuso de lejos el doctor; no puedo separarme del lado de la señora condesa.

El holandés tomó el bote en que se calentaba el elixir de vida, y puso duplicada dosis en el cubilete.

El conde bebió con la acostumbrada avidéz: toda la sangre que le quedaba se agolpó á sus mejillas coloreándolas un momento.

—La dosis era demasiado fuerte! dijo Nesmer.

—Bah! repuso el holandés, lo que es bueno no hace mal!...

Gunther se levantó galvanizado, y pudo llegar por sí solo hasta la cama de la condesa cuyas cortinas cayeron detrás de él.

En aquel momento Margarita lanzó un grito mas agudo.

—¡Es varon! dijo Mira.

—Un hijo! un hijo! un hijo! repetia el viejo Gunther medio loco. Abrid esas cortinas; encended todos los candelabros de las schloss haced que vengan todos mis vasallos desde el último para que saluden de rodillas al heredero de Bluthaup.

Nesmer y Van-Praet obedecieron la primera de aquellas peticiones: las cortinas de la cama se descorrieron, la luz de la lámpara dejó ver á Margarita boca abajo sobre el lecho, y blanca como una estatua de alabastro.

— Ya dejó de gritar!... ya dejó de moverse!

El doctor tenia entre sus brazos un niño varon.

Gertraud concibió nuevas esperanzas al ver al hijo de su querida señora, y daba gracias á Dios.

Nesmer y Van-Praet fueron por la cuna que estaba adornada de gasa y de guirnaldas.

—Un hijo! un hijo! repetia el viejo Gunther cada vez mas pálido, y temblando de nuevo... se llamará Gunther como yo... la felicidad acompaña á ese nombre..

Flaqueáronle las rodillas, y tuvo que apoyarse en una de las columnas del lecho.

El doctor le espiaba con la vista fija, y lleno de atención.

Zachocus y Van-Praet, á un gesto de Mira, mirando al anciano, cuyo rostro se descomponía por momentos.

—Ya veis que la dosis era buena, repuso el holandés con su placentera sonrisa.

—Quién se interpone entre mi hijo y yo? dijo en aquel momento el viejo Bluthaupt, cuya vista se iba ya amortiguando: dejadme ver al hijo de mi querida Margarita... ved como no sufre ya... qué bella es, y cuán tranquilamente descansa!

El doctor envolvió al niño en los pañales, y le puso en la cuna.

Gertraud que se habia reanimado, se acercó despacito y sin que nadie la viera; solo le separaba de Margarita el doctor Mira, siempre fija la vista con aire sombrío sobre el viejo Bluthaupt.

Gunther parecia agoviarse bajo aquella mirada.

Sus descoloridos lábios se abrían para articular confusos sonidos. Su pupila desaparecía entre el blanco de sus ojos.

—Solo la tendrá dos minutos! murmuró el doctor.

Gertraud, que comprendió aquellas palabras se levantó aterrorizada.

El anciano no podia sostenerse y seguia murmurando palabras.

—Oro y un hijo! noche feliz para la raza de Bluthaupt!

Su mano abandonó la columna y cayó pesadamente sobre el entarimado, que retumbó al golpe.

Gertraud se lanzó para socorrerle, mas solo encontró una masa inerte y sin vida.

Un súbito pensamiento cruzó por la imaginacion de la jóven: antes de que los tres asociados hubieran podido prevenirse, se levantó de un salto lanzándose hácia su señora.

—Muerta tambien! exclamó retirándose .. muertos los dos!

Iba ya á gritar, socorro, cuando el administrador que lo habia observado, la cogió por el cuerpo; Van-Praet la puso un pañuelo en la boca mientras que Mira la ataba los pies y las manos.

En esta forma la dejaron en el hueco de la ventana donde no ha mucho estaba sentada con Hans.

Despues volvieron á la chimenea los tres compañeros.

